Los partidos políticos

Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna

Robert Michels 2

Amorrortu editores

Los partidos políticos

Los partidos políticos

Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna

Robert Michels, Vol. II

Amorrortu editores
Buenos Aires

Director de la biblioteca de sociología, Luis A. Rigal
Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy, Robert Michels
Primera edición en inglés, 1962; segunda edición, 1966
Primera edición en castellano, 1969; segunda edición, 1972
Traducción, Enrique Molina de Vedia
Revisión técnica, Luis A. Rigal

Unica edición en castellano autorizada por *The Free Press*, Nueva York, y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley nº 11.723.
© Todos los derechos reservados por Amorrortu editores S. C. A., Luca 2223, Buenos Aires.

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

Tercera parte
El ejercicio del poder y su influencia psicológica sobre los líderes

1. Metamorfosis psicológica de los líderes

La apatía de las masas y su necesidad de guía tienen como contraparte, en los líderes, un apetito natural por el poder. De esta manera el desarrollo de la oligarquía democrática se acelera por las características generales de la naturaleza humana. Lo que comenzó por la necesidad de organización, administración y estrategia se completa por determinismo psicológico.

El líder normal de los partidos de la clase trabajadora no tiene una calidad moral en general más alta que los líderes comunes de los otros partidos. Los enemigos declarados del socialismo han admitido esto sin reservas, algunas veces. Sin embargo, no se puede negar que el ejercicio permanente del liderazgo ejerce sobre el carácter moral de los líderes una influencia que es esencialmente perniciosa. Pero esto, desde cierto punto de vista, quizá sea bueno. Las amargas palabras que Labruyère aplicó a los grandes hombres de la corte de Luis XIV: que la manía imitativa y la veneración que les manifestaban las masas hubiera llegado a una idolatría absoluta, si a cualquiera de ellos se le hubiera ocurrido la idea de ser simplemente un hombre bueno, a la vez que un gran hombre; estas palabras, *mutatis mutandis*, son aplicables con igual verdad a los líderes de los vastos movimientos democráticos de nuestros días.[1]

En la mayor parte de los casos, y sobre todo al comienzo de su carrera, el líder está sinceramente convencido de la excelencia del principio por el que aboga. Le Bon escribe con buena razón: «En un tiempo el conductor era el conducido. Estuvo hipnotizado por la idea de la cual después llegó a ser apóstata.»[2] En muchos casos el líder, al

1 Labruyère, *Caractères*, París: Penaud, pág. 156.
2 Traducido de Gustave le Bon, *Psychologie des Foules*, ed. cit., pág. 106. *Cf.* también S. G. Hobson, «Boodle and Cant», *International Socialist Review*, Chicago, 1902, II, nº 8, pág. 585.

principio nada más que una simple molécula de la masa, se desprende de ella involuntariamente, sin preguntarse siquiera hacia dónde lo lleva su acto instintivo, sin motivo personal alguno. Una visión más clara, un sentimiento profundo y un deseo ardoroso de bien general lo impulsan hacia adelante; ha sido inspirado por la fortaleza y la gravedad de su carácter, y por una cálida simpatía hacia sus congéneres. Es evidente que esto será cierto, sobre todo, donde el líder no encuentra una organización sólida ya establecida, capaz de ofrecer empleo remunerativo, sino donde sus primeros pasos estarán dirigidos a fundar su propio partido. Pero no hay que interpretar esto en el sentido de que dondequiera que haya un partido ya bien organizado, el líder procura desde el comienzo satisfacer sus intereses personales.

De ninguna manera es siempre un deseo deliberado lo que lleva a una persona a ganar autoridad oficial sobre las masas. Podemos expresar esto con más claridad empleando términos franceses conocidos, y diciendo que no todo *arrivé* empezó siendo un *arriviste*. Pero quien alcanzó una vez el poder, ya no estará dispuesto a regresar a la situación relativamente oscura que ocupó antes. El abandono de una situación pública conquistada a costa de grandes esfuerzos, después de muchos años de lucha, es un lujo que solo un *grand seigneur* o un hombre de dotes excepcionales y espíritu de autosacrificio, pueden soportar. Tal renunciamiento es demasiado duro para el hombre medio. La conciencia de poder produce siempre vanidad: una convicción indebida de grandeza personal. El deseo de dominar, para bien o para mal es universal.[3] Estos son hechos psicológicos elementales. En el líder la conciencia de su valía personal, y de la necesidad de guía que siente la masa, se combinan para inducirlo a reconocer su propia superioridad (real o supuesta) y suscitan, además, ese espíritu de mando que existe en germen en todo hombre nacido de mujer. Con esto comprendemos que todo poder humano procura aumentar sus prerrogativas. Quien ha adquirido poder se esforzará siempre por consolidarlo y extenderlo, por multiplicar las murallas que defienden su

3 «El amor al poder, a la independencia y a la libertad, son pasiones propias del hombre» (Holbach, *Systèmes sociales, ou Principes naturelles de la Morale et de la Politique*, París: Niogret, 1822, vol. 1, pág. 196).

posición, y por sustraerse al control de las masas. Bakunin, el fundador del socialismo anarquista, afirmaba que la posesión de poder transformó en tiranos aun a los más devotos amigos de la libertad.[4] Es verdad que el ejercicio del poder produce un cambio profundo e indeleble en el carácter. Esto está admirablemente descripto por Alphonse Daudet cuando escribe: «Nuestra naturaleza se vuelve hacia su peor lado, muy pronto, cuando de política se trata: el entusiasmo se hace hipocresía; la elocuencia, verbosidad y engaño; el ligero escepticismo, fraude; el amor a la verdad, codicia de lucro y lujo a cualquier precio; la sociabilidad y la necesidad de agradar se transforman en flojedad, debilidad y falsedad.»[5] Para conservar su influencia sobre las masas los líderes estudian a los hombres, descubren sus debilidades y sus pasiones, y se aplican a hacer que sirvan para su propio beneficio.

Cuando los líderes no son personas de medios, y cuando no tienen otras fuentes de ingreso, se aferran firmemente a sus puestos por razones económicas, y llegan a considerar las funciones que ejercen como propias por derecho inalienable. Esto es especialmente cierto respecto de los trabajadores manuales, quienes, en cuanto llegan a líderes, pierden su aptitud para el oficio anterior. Para ellos la pérdida de su puesto sería un desastre financiero y, en casi todos los casos, resultaría casi imposible que volvieran a su antigua forma de vida. Ya no sirven para otro trabajo que no sea la propaganda. Sus manos han perdido las callosidades del obrero, y solo están expuestas a padecer los calambres del escritor.

También los líderes salidos de la burguesía se agotan después de haber dedicado unos años al servicio del partido socialista. Por entusiasmo juvenil se enrolaron con los trabajadores organizados, y pronto alcanzaron posiciones dominantes. La vida que llevaron desde entonces, por grandes que parezcan sus ventajas en algunos aspectos, fue dura y fatigosa y, como todas las carreras donde es posible adquirir fama, muy agotadora del sistema nervioso. Estos hombres envejecen antes de tiempo. ¿Qué pueden hacer? Se han distanciado de su profesión original, la cual también está fuera de relación con la vocación de

4 Bakunin, *Il Socialismo e Mazzini*, Roma-Florencia: F. Serantoni, 1905, pág. 22.
5 Traducido de Léon Daudet, *Alphonse Daudet*, ed. cit., pág. 179.

político profesional que eligieron. Es verdad que el abogado puede continuar practicando su profesión, y aun dedicar casi todo su tiempo a ella, sin verse obligado a abandonar el partido. La lucha política y la vida del abogado tienen más de un punto de contacto, pues ¿no es acaso la lucha política un acto permanente de abogacía? El abogado que desempeña un papel importante en la vida pública encontrará muchas oportunidades para satisfacer su amor a la oratoria y a la polémica, y tampoco le faltarán aquéllas para mostrar la fuerza de sus pulmones y la expresividad de sus gestos. Pero todo es muy diferente con los hombres de ciencia. Estos, si proyectan tomar parte activa en la vida del partido, ya sea como periodistas, propagandistas o diputados parlamentarios, descubren que sus facultades científicas sufren una atrofia lenta pero progresiva. Absorbidos por la brega política cotidiana, mueren para su disciplina, pues ya no tienen tiempo para el estudio serio de los problemas científicos, ni para el desarrollo constante de sus facultades intelectuales.

Pero existen, además, otras razones para la transformación mental que experimentan los líderes con el transcurso de los años.

En lo que se refiere a líderes de origen burgués en los partidos de la clase trabajadora, cabe decir que han adherido a la causa del proletariado, ya sea por razones morales o por entusiasmo, o por convicción científica. Cruzaron el Rubicón cuando eran aún estudiantes jóvenes, llenos de optimismo y ardor juvenil. Después de pasarse al otro lado de la barricada para conducir a los enemigos de la clase donde nacieron, han luchado y trabajado, ora sufriendo derrotas, ora obteniendo victorias. La juventud pasa, sus mejores años han transcurrido al servicio del partido o del ideal. Envejecen, y como se fue la juventud se van sus ideales, dispersos por las contrariedades de las luchas cotidianas, y no pocas veces desplazados por experiencias recién adquiridas, que están en pugna con las viejas convicciones. Así ha llegado a ocurrir que muchos de los líderes están divorciados, en su fuero íntimo, del contenido esencial del socialismo. Algunos de ellos se empeñan en una difícil lucha interna contra su propio escepticismo; otros han vuelto, consciente o inconscientemente, a los ideales de su juventud presocialista.

Sin embargo, para aquellos que experimentan esta des-

ilusión, ya no hay vía practicable de retroceso. Están encadenados a su propio pasado. Tienen familia, y deben alimentarla. Además, sienten que es esencial para su buen nombre político perseverar en la brega. De este modo siguen leales, exteriormente, a la causa a la que han sacrificado los mejores años de su vida; pero al renunciar al idealismo se han hecho oportunistas. Estos antiguos creyentes, otrora altruistas, cuyos fervientes corazones aspiraban solo a brindarse libremente, se han transformado en escépticos y egoístas cuyos actos no tienen más guía que el frío cálculo.

Como ya lo hemos visto, estos nuevos elementos no se incorporan al partido con el propósito declarado, o aun subconsciente, de llegar algún día al liderazgo; sus únicos motivos han sido el espíritu de sacrificio y el amor a la lucha. Visionarios, ven un hermano en cada camarada, y un paso hacia el ideal en cada reunión partidaria. Sin embargo, puesto que en virtud de su superioridad (en parte congénita y en parte adquirida) han llegado a líderes, con el correr de los años están presos entre todos los apetitos que suscita la posesión del poder, y a la postre es imposible distinguirlos de aquellos de sus colegas que se hicieron socialistas por ambición, de los que desde un primer momento contemplaron deliberadamente a las masas solo como un instrumento que podían utilizar para alcanzar la satisfacción de sus propias ambiciones personales.

No se puede negar que el factor de la individualidad desempeña su parte en todo esto, pues las diferentes individualidades reaccionan de manera diferente en idéntico ambiente. Del mismo modo que las mujeres y las niñas actúan de manera distinta en situaciones eróticas similares, de acuerdo con sus grados variables de irritabilidad sexual congénita y las diferencias inducidas en ellas por la educación moral, y se conservan inmaculadas, se hacen *demi-vierges*, o ceden a los requerimientos amorosos, así también las cualidades específicas de los líderes, en la medida que son adquiridas y no inmanentes, se manifiestan de manera distinta en los diferentes individuos frente a las múltiples tentaciones a que los expone la vida partidaria. La satisfacción que experimentan aquellos que han alcanzado la meta, varía mucho en intensidad de persona a persona. Hay variaciones semejantes de adaptabili-

dad a un medio nuevo y antidemocrático, o a un medio hostil a las ideas que el individuo alienta en su corazón. Algunos socialistas, por ejemplo, se sienten tan intimidados por el medio parlamentario que se avergüenzan de usar allí expresiones como «lucha de clases» y «colectivismo», aunque deben sus bancas a la insistencia incansable sobre estas ideas. Entre los camaradas, otros encuentran en todas las circunstancias de su nueva vida, esa honestidad y esa antigua y valiente convicción que no pueden inculcar las leyes formales. Es absurdo afirmar, como Giuseppe Prezzolini, que la atmósfera parlamentaria hace imposible que un diputado conserve su pureza socialista, del mismo modo que no hubiera podido permanecer casto un José que visitara burdeles con frecuencia.[6] Esta opinión es falsa, al menos por la razón de que en esto, como en todos los fenómenos sociales, tenemos que considerar el factor personal tanto como el factor ambiental. Lo cierto es, empero, que en el curso de la evolución del partido, a medida que el conducido se transforma en conductor subordinado, y luego en líder de primera fila, experimenta una evolución mental que a menudo determina una transformación completa de su personalidad. Cuando ocurre esto el líder suele no ver en su propia transformación nada más que un reflejo de una transformación del mundo que lo rodea. Los tiempos han cambiado, nos dice, y en consecuencia hacen falta una táctica nueva y una teoría nueva. La mayor madurez de juicio corresponde a la mayor madurez de la nueva era. La teoría reformista y revisionista de la Internacional del partido socialista es, en gran medida, el fruto de la necesidad psicológica de dar una explicación y una excusa a la metamorfosis que tiene lugar en los líderes. Hace pocos años uno de los líderes de los clericales italianos, después de declarar que el reformismo triunfante, por su carácter evolucionista y legalista, era en este sentido preferible al sindicalismo estricto, continuó diciendo que, en su opinión, la base del socialismo reformista seguía siendo la concepción materialista del hombre, de la vida y de la historia, solo que, más corrompida por el contacto con el espíritu utilitario y epicúreo de la burguesía librepensa-

6 G. Prezzolini, *La Teoria sindacalista*, Nápoles: Perrella, 1909, pág. 65.

dora, había devenido más profundamente anticristiana que las ideas de los ultrarrevolucionarios.[7] Hay un fondo de verdad en esta idea: por mucho que nos veamos obligados a reconocer que los reformistas a veces se manifiestan como una rebelión sana contra el *apriorismo* del dogma marxista ortodoxo y como una reacción científica contra la fraseología de oradores de barricada seudorrevolucionarios, sin embargo es innegable que el reformismo tiene una conexión lógica y causal con el socialismo insípido y *blasé* y con las tendencias decadentes que se manifiestan de manera tan clara en un amplio sector del mundo literario de la burguesía moderna. En muchos casos, en realidad, el reformismo es nada más que una expresión teórica del escepticismo de los desilusionados, de los desplazados, de los que han perdido la fe; es el socialismo de los no socialistas con un pasado socialista.

El pasaje brusco de la oposición a la participación en el poder es lo que ejerce mayor influencia en la mentalidad de los líderes. Es evidente que en un período de proscripción y persecuciones de la nueva doctrina y de sus defensores, por parte de la sociedad y el Estado, la moralidad de los líderes partidarios se mantendrá a un nivel mucho más alto que en un período de triunfo y de paz, aunque más no sea porque en la primera situación, los sujetos de temperamento egoísta y los inspirados por ambiciones personales mezquinas se mantendrán lejos del partido, pues no desean la corona del mártir. Estas consideraciones no solo se aplican a los viejos líderes que han sido miembros del partido durante sus días de tribulaciones, y cuyas cualidades, aunque no corrompidas por completo por el sol del favor gubernamental (hasta el punto de llevarlos a abandonar la causa del proletariado), cambian tanto que se hacen irreconocibles para las masas; son igualmente ciertas para los líderes nuevos que no aparecieron en escena hasta que comenzó a brillar el sol sobre el partido. Mientras la lucha en favor de los oprimidos no da más que una corona de espinas a los que se embarcan en ella, los miembros de la burguesía que se afilian al socialismo deben desempeñar en el partido funciones que requieren gran desinterés personal. Los afiliados burgue-

7 Filippo Media, *Il Partito socialista in Italia dall'Internationale al Riformismo*, Florencia: Lib. Ed. Florentina, 1909, pág. 46.

ses no son un peligro para el socialismo hasta que el movimiento laborista, al abandonar sus principios, entra en los resbaladizos senderos de una política de componendas. En el congreso internacional de Amsterdam, Bebel exclamaba con perfecta verdad, en respuesta a Jaurès: «Cuando un partido socialista establece una alianza con un sector de la burguesía, e instituye una política de cooperación con el gobierno, no solo rechaza a sus mejores militantes propios, al empujarlos hacia las filas de los anarquistas, o hacia la acción aislada, sino que también atrae hacia sí a una nube de burgueses de muy dudoso valor.» [8] En Italia, durante el período de persecuciones, todos los investigadores científicos dieron testimonio notable de las grandes cualidades morales de los líderes socialistas. Sin embargo, tan pronto como el partido socialista (hacia 1900) comenzó a entablar amistad con el gobierno, se levantaron voces que deploraban, a diestro y siniestro, el deterioro de la composición del partido, y denunciaban a los muchos elementos que ingresaban a él simplemente porque lo consideraban el mejor medio de asegurarse una parte de las prebendas de la administración pública.[9] Dondequiera que los socialistas conquistaban municipalidades, dondequiera que administraban bancos populares y sociedades cooperativas y distributivas, dondequiera que disponían de cargos rentados, no podíamos dejar de observar una declinación notable de su nivel moral, ni de advertir que los ignorantes y los ambiciosos constituían la mayoría entre ellos.

8 Del informe en *Het Volk*, V, nº 1.341. En el «Protokoll» alemán (sumamente deficiente, digámoslo al pasar) este fragmento no aparece. La observación de Bebel está en franca contradicción con lo que afirmó muchas veces en el Reichstag, que en su opinión llevar a cabo el socialismo después de la victoria iba a ser muy facilitado por la adhesión inevitable, a las diversas ramas de la nueva administración, de muchos elementos competentes de la burocracia oficial. (*Cf.* August Bebel, *Zukunftstaat und Sozialdemokratie*, pág. 13; discurso en el Reichstag, febrero 3, 1893.)

9 *Cf.* R. Michels, *Proletoriato e Borghesia*..., ed. cit., pág. 348; Romeo Soldi, «Die politische Lage in Italien», *Neue Zeit*, XXI, nº 30, pág. 116; Giovanni Lerda, «Sull'organizzazione politica del Partito socialista italiano», informe al congreso socialista italiano de 1902, Imola: Coop. Tip.-Ed., 1902, pág. 10; Filippo Turati, «Il Partito socialista e l'attuale momento politico», 3ª ed., *Critica Sociale*, Milán, 1901.

2. Ideología bonapartista

Napoleón I, como jefe del Estado, quiso que lo consideraran como el elegido del pueblo. En su actividad pública el emperador se jactaba de deber su poder solo al pueblo francés. Después de la batalla de las Pirámides, cuando su gloria llegó a la cima, reclamó imperiosamente que se le diera el título de *premier représentant du peuple*, aunque hasta entonces el título de «representante popular» había estado reservado con exclusividad a los miembros de los organismos legislativos.[1] Más tarde, cuando fue llevado por plebiscito al trono de Francia, declaró que juzgaba que su poder residía pura y simplemente en las masas.[2] La interpretación bonapartista de la soberanía popular era una dictadura personal conferida por el pueblo, de acuerdo con leyes constitucionales.

El cesarismo de Napoleón III se basaba, en mayor medida aún, sobre el principio de la soberanía popular. En su carta a la Asamblea Nacional, redactada en Londres el 24 de mayo de 1848, el pretendiente a la corona reconocía a la República Francesa surgida de la revolución de febrero y fundada sobre el sufragio universal. Al mismo tiempo reclamaba para sí, y a expensas del rey exiliado Luis Felipe, un derecho hereditario a la insurrección y al trono. Este reconocimiento y este derecho derivaban según él del mismo principio. Escribió con orgullo y humildad simultáneos: «En presencia de un rey elegido por doscientos diputados, puedo recordar que soy el heredero de un imperio fundado sobre el consentimiento de cuatro millones de franceses; ante la soberanía nacional (resultado del sufragio universal) no quiero ni puedo reclamar otros derechos que los de ciudadano francés.»[3] Pero

1 Luis Napoleón Bonaparte, *Idées napoléoniennes*, 1839; ed. italiana, Turín: Pelazza, 1852, pág. 74.
2 *Ibid.*, pág. 119.
3 Eugène Tenot, *Paris en Décembre 1851. Etudes historiques sur le Coup d'Etat*, París: Le Chevalier, 1868, pág. 10.

Napoleón III no se limitó a reconocer en la soberanía popular a la fuente de su poder: además, hizo que esta soberanía fuera la base teórica de todas sus actividades prácticas. Se hizo popular en Francia al declarar que no se consideraba simplemente un órgano ejecutivo de la voluntad colectiva manifestada en las elecciones, y que estaba enteramente a disposición de esa voluntad, presto en un todo a aceptar sus decisiones. Con gran astucia repitió continuamente que no era nada más que un instrumento, una creación de las masas. Mientras era todavía presidente declaró en un discurso que estaba preparado para todo lo que las circunstancias pudieran dictarle, ya fuera la *abnégation* o la *persévérance*; o, en otras palabras, que estaba pronto para irse o para quedarse. Ollivier, el Guardasellos, expresaba el más puro espíritu bonapartista cuando afirmó en la Cámara, en una de las tormentosas sesiones del verano de 1870: «Os pertenecemos; nos rechazaréis cuando queráis, siempre estaremos aquí para atender vuestros reproches y vuestras imprecaciones.»[4]

El bonapartismo reconocía la validez de la voluntad popular al extremo de conceder a esa voluntad el derecho de la autodestrucción: la soberanía popular podía suprimirse a sí misma. Sin embargo, si consideramos la cuestión desde un punto de vista puramente humano, la soberanía popular es inalienable. Además, si pensamos en las generaciones venideras, no parece lógico ni justo que los de esta generación reclamen el derecho moral de renunciar en nombre de sus descendientes. En consecuencia, los demócratas de la época napoleónica insistieron con máxima energía en que el poder de la soberanía popular estaba limitado a este respecto: no alcanzaba al derecho de abdicación. El bonapartismo es la teoría del dominio individual originado en la voluntad colectiva, pero que tiende a emanciparse de esa voluntad y volverse, a su turno, soberano. En su pasado democrático encuentra una defensa contra los peligros que pueden amenazar su presente antidemocrático. En el bonapartismo, la ley de César (como dijo un testigo de los últimos años del Segundo Imperio) se transforma en un órgano regular de la soberanía popular. «Será la democracia personificada: la na-

4 Garnier Pagès, *L'Opposition et l'Empire. Dernière Séance du Corps Législatif, 1870*, Paris: Bibl. Démocratique, 1872, pág. 157.

ción hecha hombre.»[6] Es la síntesis de dos conceptos antagónicos: la democracia y la autocracia.
Una vez electo, el sujeto que el pueblo escoge no puede ser resistido en ninguna forma. Personifica a la mayoría, y toda oposición a su voluntad es antidemocrática. El líder de esa democracia es inamovible, pues la nación, después de haberse pronunciado, ya no puede contradecirse. Además, es infalible, pues «quien ha sido elegido por seis millones de votos lleva la voluntad del pueblo; no lo traiciona». Es razonable y necesario que los adversarios del gobierno sean exterminados en nombre de la soberanía popular, pues el elegido del pueblo actúa legalmente como representante de la voluntad colectiva, puesto en ese lugar por una decisión espontánea.[8] Son los propios electores, se nos asegura, quienes reclaman del elegido del pueblo que aplique severas medidas represivas, que emplee la fuerza, que concentre toda la autoridad en sus propias manos.[7] Una de las consecuencias de la teoría de la voluntad popular sometida al ejecutivo supremo, es que los elementos que intervienen entre este último y aquéllos —es decir, los funcionarios públicos— deben ser mantenidos en un estado de dependencia, lo más estricta posible, de la autoridad central, la cual, a su vez, depende del pueblo.[8] Una manifestación mínima de libertad por parte de la burocracia sería equivalente a una rebelión contra la soberanía de los ciudadanos. El rasgo más característico de este concepto es la idea de que el poder del jefe del Estado reside exclusivamente en la voluntad directa de la nación. El bonapartismo no reco-

5 Edouard Laboulaye, *Paris en Amérique*, 24ª ed., París: Charpentier, 1869, pág. 381.
6 Tales fueron las expresiones usadas por Luis Napoleón, en un discurso en Lyon, inmediatamente después de haber sido elegido presidente vitalicio de la República (E. Tenot, *Paris en Décembre 1851*, ed. cit., pág. 26). Cuando asumió por primera vez la presidencia en diciembre de 1848, al hablar en la Cámara, anunció solemnemente el principio: «Consideraré enemigos del país a todos aquellos que quieran cambiar por medios ilegales lo que toda Francia ha establecido.» (Traducido de V. Hugo, *Napoléon le Petit*, ed. cit., pág. 16.)
7 Napoleón III sostenía que solo por los instintos democráticos de Napoleón I, el emperador no había abolido los organismos legislativos. El pueblo no habría puesto objeción alguna a esa abolición (*Idées napoléoniennes*, ed. cit., pág. 71).
8 *Ibid.*, pág. 38.

noce ningún vínculo intermedio. El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 representaba una emancipación del pueblo del yugo del parlamento, y tuvo por corolario necesario un plebiscito. Victor Hugo comparó la relación entre el parlamento y el ministerio bajo Napoleón III, con la relación entre el amo y los sirvientes: el amo (el ministerio) designado por el emperador, y los sirvientes (el parlamento) elegidos por el pueblo.[9] Esta afirmación, aunque indiscutible en los hechos, es teóricamente inexacta. En teoría todo acto del bonapartismo era perfectamente legítimo, aunque llegara a derramar la sangre de los ciudadanos. El plebiscito era un baño purificador que daba sanción legítima a toda ilegalidad. Napoleón III, cuando recibió el anuncio formal de su triunfo en el plebiscito, declaró que si bien había infringido las leyes en el golpe de Estado, fue solo para reencontrar los caminos de la legalidad: *Je ne suis sorti de la légalité que pour rentrer dans le droit*. Siete millones de votos lo absolvieron.[10] Esta sanción por plebiscito, repetida tres veces por el pueblo francés en apoyo del gobierno ilegal de Napoleón III —confirmada, como lo fue, por demostraciones innumerables y bulliciosas de simpatía popular— dio a los republicanos acomodaticios un buen pretexto para pasarse del bando de la oposición al de la monarquía. ¿Acaso este cesarismo plebiscitario no estaba establecido sobre la misma base que la república de sus sueños? Emile Ollivier dividió las formas de gobierno en dos grandes categorías: de gobierno personal y nacional. En el caso del gobierno nacional, el gobernante no es sino «un delegado de la nación para el ejercicio de los derechos sociales».[11] De esta manera su conciencia republicana se tranquilizaba, y su conversión al bonapartismo podía presentarse como lógica y en conformidad con sus principios.

La historia de los partidos y los gremios democráticos y revolucionarios modernos muestra fenómenos similares a los que venimos analizando. No debemos buscar muy lejos las razones: en las multitudes democráticas encontró el bonapartismo un suelo notablemente favorable, pues dio a las masas la ilusión de ser el amo de sus amos;

9 V. Hugo, *Napoléon le Petit*, Londres: Jeffs., 1852, págs. 79, 80.
10 Emile Ollivier, *Le 19 janvier. Compte Rendu aux Electeurs de la III Circonscription de la Seine*, 7ª ed., París, 1869, pág. 119.
11 E. Tenot, *Paris en Décembre 1851*, ed. cit., págs. 206, 207.

además, al introducir la práctica de la delegación dio a esta ilusión un color legal que es agradable para quienes luchan por sus «derechos». La delegación, y la abdicación del pueblo del ejercicio directo del poder, se cumplen en concordancia estricta con todas las leyes de un acto deliberado de la voluntad popular, y sin esa intervención divina metafísica que pregona en su propio beneficio la detestada monarquía hereditaria y legítima. El elegido del pueblo parece así investido, en sus funciones, por un acto espontáneo de la voluntad popular; parece ser la creación del pueblo. Esta manera de considerar todas las relaciones entre las masas y los líderes agrada al *amour propre* de todo ciudadano, quien se dice: «Sin mí no sería lo que es; lo he elegido; me pertenece.»

Hay otra razón, a un tiempo psicológica e histórica, para que las masas acepten sin protesta cierto grado de tiranía por parte de sus líderes electos: la masa se somete con más facilidad a la dominación cuando cada una de sus unidades comparte la posibilidad de aproximarse al poder, y aun de adquirir cierto poder para sí. Los burgueses y los campesinos franceses, a mediados del siglo XIX, imbuidos de ideas democráticas, detestaban la monarquía legítima, pero daban de buen grado sus votos a Napoleón III, al recordar cómo muchos de sus padres habían llegado a ser grandes dignatarios bajo su glorioso tío.[12] Del mismo modo, en el caso de los partidos políticos, el peso de una oligarquía rara vez se siente cuando los derechos de las masas están codificados, y cuando cada miembro puede participar del poder en abstracto. En virtud de la naturaleza democrática de su elección, el líder de una organización democrática tiene más derecho que el líder nato de la aristocracia a considerarse a sí mismo una emanación de la voluntad colectiva, y, por ende, a reclamar obediencia y subordinación a su voluntad personal. Como lo expresa un periódico socialista: «El ejecutivo del

12 Alexandre Herzen, *De l'autre Rive*, 3ª ed., Ginebra, 1871, pág. 119. En la comedia de Bayard y Vanderburgh, *Le Gramin de Paris*, las palabras del general son típicas del papel del napoleonismo entre los franceses del pueblo: «Éramos hijos de París... impresores... hijos de carreteros... teníamos coraje... quisimos abrirnos paso... quizá nos hubiéramos quedado en el camino... ¡sin el Emperador!... que apareció allí... que nos envolvió en su torbellino... ¡La oportunidad lo era todo!» (Traducido por Velhagen, Bielefeld, 4ª ed., 1861, pág. 77.)

partido es la autoridad impuesta por el partido en su totalidad, e incorpora así la autoridad del partido. La primera exigencia de disciplina democrática es el respeto al ejecutivo.»[13] La obediencia absoluta que la masa organizada debe a sus líderes es el fruto de las relaciones democráticas que hay entre los líderes y la masa, y no es más que la subordinación colectiva a la voluntad colectiva.

Los *propios* líderes, cuando se les reprocha una actitud antidemocrática, apelan a la voluntad de la masa, de donde proviene su autoridad, por elección, y dicen: «Puesto que las masas nos han elegido y reelegido como líderes, somos la expresión legítima de su voluntad y actuamos solo como sus representantes.»[14] Un principio de la vieja aristocracia era que desobedecer las órdenes del monarca era pecar contra Dios. La democracia moderna sostiene que nadie puede desobedecer las órdenes de los oligarcas, pues al hacerlo la gente peca contra sí misma y desafía su propia voluntad, transferida espontáneamente por ellos a sus representantes, e infringe así el principio democrático. En las democracias los líderes basan sus derechos al mando sobre la omnipotencia democrática de las masas. Los empleados del partido deben sus puestos a los camaradas, y dependen por entero de su buena voluntad. Por eso podemos decir que en una democracia todo individuo manifiesta, aunque indirectamente, las órdenes que le llegan de arriba.[15] De esta manera, en teoría es claro e indiscutible el razonamiento que defiende y justifica el reclamo de obediencia por parte de los líderes. En la práctica, sin embargo, la elección de los líderes —y sobre todo su reelección— responde a métodos tales, y sufre la influencia de sugestiones y otras formas de coerción tan poderosas, que limitan mucho la libertad de elección de

13 Düsseldorfer *Volkszeitung*, noviembre 13, 1905.

14 Este argumento es reiteradamente empleado por los oradores socialistas, quienes argumentan que el mero hecho de que los líderes sigan siendo líderes demuestra que tienen el apoyo de las masas: de otro modo no estarían donde están. (*Cf.* el discurso de Karl Legien en el congreso socialista de Jena: «Protokoll», *Vorwärts*, Berlín, 1905, pág. 265; también P. J. Troelstra, *Inzake Partijleiding. Toelichtingen en Gegevens*, ed. cit., pág. 97.)

15 Debemos a Georges Sorel el redescubrimiento de las relaciones entre la democracia en general y el absolutismo, y su punto de contacto en la centralización. *Cf.*, por ejemplo, sus *Les Illusions du Progrès*, París: Rivière, 1908, págs. 9 y sigs.

las masas. En la historia de la vida del partido es innegable que el sistema democrático se reduce, en último análisis, al derecho de las masas a elegir, con intervalos preestablecidos, amos a quienes en el ínterin deben obediencia incondicional.

En esta situación se vuelve general, tanto en los líderes de los partidos políticos democráticos como en los dirigentes gremiales, el mismo hábito de pensamiento. No se limitan a exigir que las masas les rindan obediencia, sino que deben ejecutar ciegamente y sin murmuraciones, las órdenes que ellos dictan en forma deliberada y con plena comprensión de las circunstancias. Para los líderes es enteramente inconcebible que las acciones de la autoridad suprema puedan estar sujetas a crítica, por su íntima convicción de hallarse por encima de toda crítica, es decir, por encima del partido. Engels, que estaba dotado de un sentido agudo de la esencia de la democracia, encontraba deplorable que los líderes del partido socialista alemán no se acostumbraran a la idea de que el mero hecho de estar instalados en el cargo no les daba derecho a ser tratados con más respeto que los restantes camaradas.[16]

Los líderes encuentran especialmente exasperante que los camaradas, no contentos con la mera crítica, actúen en oposición a sus advertencias. Cuando hablan de sus diferencias con aquellos a quienes consideran inferiores en educación y en inteligencia, no pueden contener su indignación moral ante tamaña falta de disciplina. Si las masas actúan desoyendo el consejo de los líderes a quienes ellas mismas eligieron, se las acusa de gran falta de tacto y de inteligencia. En la conferencia de líderes gremiales, que duró del 19 al 23 de febrero de 1908 —conferencia que señala una etapa importante en la historia del movimiento laborista alemán—, Paul Müller, empleado de un sindicato, se quejaba abiertamente de que sus camaradas revolucionarios del partido socialista procuraban «apartar a los miembros de los gremios de los líderes que habían elegido por sí mismos. Han sido incitados directamente a la rebelión contra sus líderes. Se los ha urgido abiertamente a quebrar la disciplina. ¿Qué otras expresiones cabe em-

16 F. Engels, en una carta fechada el 21 de marzo de 1891; y también Karl Marx, en una carta fechada el 19 de septiembre de 1879 (*Briefe u. Auszüge aus Briefen...*, ed. cit., págs. 301 y 166).

plear, cuando se nos dice en las reuniones que los miembros deben luchar contra sus líderes?» [17]

Dondequiera que se manifiesta una nueva corriente de oposición dentro del partido, los líderes procuran desacreditarla inmediatamente con el cargo de demagogia. Si los camaradas están descontentos con los líderes y apelan directamente a las masas, esta apelación —por nobles que sean sus motivos, por sinceras que sean las convicciones de quienes la formulan, por justificada que parezca con relación a los derechos democráticos fundamentales— es repudiada por inútil, y aun censurada como un intento perverso de destrozar el partido, obra de vulgares intrigantes. A este respecto debemos recordar que los líderes, que tienen en sus manos todo el mecanismo del poder, cuentan con la posibilidad de adoptar una aureola de legalidad, en tanto que las masas —o líderes subordinados— que se rebelan, siempre pueden ser presentadas como dentro de la ilegalidad. «El interés general» es la frase mágica con la que los líderes pueden inmovilizar siempre, y desde el principio, a toda oposición incómoda. En esas circunstancias se muestran notablemente propensos a emplear argumentos tomados de la esfera militar. Afirman, por ejemplo, que aunque solo sea por razones tácticas, y para conservar la cohesión necesaria frente al enemigo, los miembros del partido no deben negar nunca la confianza total a los líderes que han elegido libremente por sí mismos. En Alemania, sobre todo, aparece un espíritu autoritario en las organizaciones gremiales, con fuerza especial, y los líderes están dispuestos a atribuir a sus adversarios la «intención criminal» de tratar de «disolver la disciplina gremial». Aun los líderes socialistas formulan cargos similares contra sus adversarios. Si tuviéramos que traducir una acusación tal, del lenguaje de los líderes gremiales al de los funcionarios gubernamentales, el cargo sería «incitar a la rebelión contra la autoridad constituida». Si los críticos no son funcionarios del partido, si son meros simpatizantes o amigos, a los ojos de los líderes atacados aparecen entonces como personas intrusas e incompetentes, sin derecho alguno a formular una opinión sobre el tema: «¡No hay que per-

17 *Partei u. Gewerkschaften*, reproducción textual de los párrafos P y G del «Protokoll», pág. 4.

turbar en ninguna circunstancia la fe del pueblo! Tal es el principio de acuerdo con el cual toda crítica vehemente de los errores objetivos del movimiento es estigmatizada como ataque al propio movimiento, en tanto que los elementos de la oposición dentro del partido suelen ser execrados como enemigos que desean su destrucción.»[18]

La conducta general de los líderes de los partidos democráticos y la fraseología típica que emplean (cuyos ejemplos podríamos multiplicar) bastan para ilustrar cuán fatal resulta la transición de una autoridad derivada del «favor del pueblo» a un derecho basado sobre «la gracia de Dios»; en otras palabras, al sistema que en la historia francesa conocemos con el nombre de bonapartismo. Un derecho de soberanía nacido del plebiscito pronto se transforma en un dominio permanente e inviolable.

18 Rosa Luxemburg, al escribir acerca de los líderes de los gremios en *Massenstreik, Partei u. Gewerkschaften*, pág. 61.

3. Identificación del partido con el líder (*Le Parti c'est moi*)

Hemos demostrado que en su lucha contra los enemigos internos del partido los líderes del movimiento laborista adoptan una táctica y una actitud que difieren muy poco de las de los gobiernos «burgueses» en su lucha contra los elementos «subversivos». La terminología que emplean las autoridades, *mutatis mutandis*, es idéntica en los dos casos. Lanzan las mismas acusaciones contra los rebeldes, y utilizan los mismos argumentos en defensa del orden establecido: en un caso apelan a la preservación del Estado, en el otro a la del partido; en ambos casos, también, aparece la misma confusión de ideas cuando se trata de definir las relaciones entre cosas y personas, individuo y colectividad. El espíritu utilitario de los funcionarios representativos del partido socialista alemán (espíritu que caracteriza inevitablemente toda organización fuerte) manifiesta varias analogías notables con el espíritu autoritario de los funcionarios que representan al Imperio Alemán. Por una parte tenemos a Guillermo II aconsejando a los *malcontents* —es decir, a aquellos de sus súbditos que no consideran que todo es para bien en el mejor de los imperios posibles— que se sacudan el polvo de los pies y se marchen a otro sitio. Por la otra, tenemos a Bebel, quien exclama que ya es hora de concluir, de una vez por todas, con los eternos descontentos y sembradores de discordia dentro del partido, y expresa la opinión de que si la oposición es incapaz de mostrarse satisfecha con la conducción tal como la ejerce el ejecutivo, mejor haría en «tomar las de Villadiego».[1] Entre estas dos actitudes, ¿podemos ver alguna otra diferencia que no sea la que distingue a una organización voluntaria (el partido), a la cual está uno en libertad de ingresar o no ingresar, según le plazca, de una organización coercitiva (el

1 August Bebel, discurso en el congreso de Dresde, «Protokoll», pág. 308.

Estado), a la cual todos pertenecen por el hecho de nacer?[2] Quizá quepa decir que no hay un solo líder partidario que deje de pensar y de actuar, y deje de afirmar —si tiene carácter franco y temperamento vivo— siguiendo el ejemplo de *Le Roi Soleil: Le Parti c'est moi.*

El burócrata se identifica completamente con la organización, y confunde sus propios intereses con los de ella. Toma toda crítica objetiva al partido como una afrenta personal. Esta es la causa de la incapacidad evidente de todos los líderes partidarios para prestar una atención serena y justa a las críticas hostiles. El líder se declara personalmente ofendido, y en parte lo hace de buena fe, pero también en parte deliberadamente, para cambiar de campo de batalla, y poder presentarse como el objeto inofensivo de un ataque injustificable, y despertar en las masas esa antipatía intelectual contra sus adversarios en cuestiones teóricas, que siempre sienten aquellos cuyas acciones son dictadas por el rencor personal. En cambio, si el líder es atacado personalmente, su primera preocupación es hacer que parezca que el ataque se dirige contra el partido en su totalidad. Y esto no lo hace solo en el terreno diplomático, para asegurarse el apoyo del partido y arrollar al agresor con el peso de los números, sino

2 He mencionado muchas veces a lo largo del texto el nombre de Bebel, cuando quise ilustrar con ejemplos típicos la conducta de los líderes hacia las masas. Sin embargo, sería erróneo considerar a Bebel como un líder típico: fue exaltado a un nivel superior al de la mayor parte de los líderes, no solo por sus grandes dotes intelectuales, sino también por su profunda sinceridad, fruto de un temperamento fuerte y sano, que a menudo lo llevó a decir abiertamente cosas que otros hubieran callado, y a hacer abiertamente cosas que otros hubieran ocultado. Por esta razón el «Kaiser Bebel» estuvo expuesto muchas veces a la sospecha de ser excepcionalmente autocrático en su conducta y poco democrático en sus sentimientos. Sin embargo, un análisis profundo del carácter de Bebel y de su conducta en varias ocasiones memorables demostraría que junto a una acentuada tendencia a la autoafirmación y un gusto por las formas intrínsecas de gobierno, mostró sólidos principios democráticos, que lo distinguieron del término medio de sus colegas, tanto como lo distinguía de ellos su franqueza para poner siempre de manifiesto su temperamento dictatorial. No es éste el lugar adecuado para hacer tal análisis, pero he creído necesario evitar una falsa interpretación de mis referencias a Bebel, mediante una alusión breve a la complejidad del carácter de este hombre notable. En último análisis Bebel no fue más que un representante de su partido, pero un representante en quien la nota individual nunca fue suprimida por las exigencias del liderazgo ni de la demagogia.

también porque toma, con ingenuidad, la parte por el todo. Con frecuencia esto no es solo el fruto de un fanatismo ciego, sino también de una firme convicción. Según Netchajeff, el revolucionario tiene el derecho de explotar, engañar, robar y, en caso de necesidad, arruinar totalmente a todos aquellos que no acepten en forma incondicional sus métodos y sus objetivos, pues debe considerarlos una mera *chair à conspiration*. Su único objetivo debe ser asegurarse el triunfo de sus ideas esenciales, sin respeto alguno por las personas: *La Révolution c'est moi!* Bakunin pronunció una sólida crítica contra esta forma de razonamiento cuando dijo que su fuente escondida estaba en la ambición de Netchajeff, inconsciente pero detestable.
El despotismo de los líderes no proviene solamente de un ansia vulgar de poder ni del egoísmo incontrolado, sino que muchas veces es resultado de la creencia profunda y sincera en la propia valía y en los servicios prestados a la causa común. La burocracia más fidedigna y eficiente en el cumplimiento de sus deberes, también es la más dictatorial. Digamos, citando a Wolfgang Heine: «Carece de validez la objeción de que la incorruptibilidad y eficiencia de nuestros funcionarios partidarios, y su amor a la gran causa, bastan para levantar una barrera contra el establecimiento de la autocracia dentro del partido. Lo contrario es cierto: los funcionarios de gran eficiencia técnica, que procuran sin egoísmo el bien general, como aquellos con los que tenemos la fortuna de contar en el partido, están más inclinados que nadie a considerar como leyes inalterables cuanto les parece debido y correcto, por ser muy conscientes de la importancia de sus propios servicios, y a suprimir las tendencias antagónicas, en favor del interés general; así ponen trabas al saludable avance del partido.»[3] Del mismo modo, cuando tenemos que tratar con funcionarios excelentes e incorruptibles del Estado, como los del Imperio Alemán, la sustitución megalomaníaca de cosas por personas obedece en parte a la recta conciencia de los funcionarios y a su gran devoción por el deber. Entre los miembros de esa burocracia es difícil encontrar a uno que no piense que un pinchazo de alfiler dirigido contra su propia persona es

3 W. Heine, «Demokratisch Randbemerkungen zum Fall Göhre», *Soz. Monatsh.*, VIII (X), fasc. IV, pág. 284.

un crimen contra todo el Estado. Por esa misma razón se mantienen unidos *comme les doigts de la main.*
Cada uno de ellos se considera la personificación de un fragmento del Estado, y siente que esa porción sufrirá si es menoscabada la autoridad de cualquier otro sector. Además, el burócrata tiende a imaginar que conoce las necesidades de las masas mejor que ellas mismas: opinión que puede ser muy sólida en casos particulares, pero que la mayor parte de las veces no es más que una forma de megalomanía. Es indudable que el funcionario partidario está menos expuesto que el estatal a los peligros de fosilizarse, pues casi siempre ha actuado como orador en público, y así conserva cierto grado de contacto con las masas. Por otra parte, el aplauso que procura y recibe en esas ocasiones no puede dejar de estimular su vanidad personal.
Cuando en cualquier organización la oligarquía ha alcanzado un estado avanzado de desarrollo, los líderes comienzan a identificar consigo, no sólo las instituciones partidarias, sino también la propiedad del partido. Este fenómeno es común tanto en el partido como en el Estado. En el conflicto entre los líderes y la masa de los gremios alemanes respecto del derecho de huelga, los líderes han afirmado más de una vez que la decisión de estas cuestiones está reservada moral y legalmente a ellos, porque son ellos quienes proporcionan los recursos financieros que permiten a los obreros mantener la huelga. Esta opinión no es sino la última consecuencia de aquella forma de pensamiento oligárquica que conduce inevitablemente a un olvido completo de los verdaderos principios democráticos. En Génova, uno de los líderes laboristas,[4] cuya influencia había crecido en forma paralela a la

4 El abogado Gino Murialdi, quien en su juventud había hecho muchos sacrificios por el movimiento. Recibía un sueldo regular de los gremios y las sociedades cooperativas, pero esto no le impidió aceptar dinero de los empleadores al negociar con ellos como representante de los obreros. Cuando se lo llamó a rendir cuenta de esto, dijo que con sus exigencias había obtenido muchas ventajas brillantes para los obreros, y que no veía razón por la cual no debiera asegurarse para sí un pequeño provecho extra a costa de los empleadores. Las acciones de Murialdi llevaron a un violento debate entre él y otros líderes de Génova, y determinaron finalmente su expulsión del partido socialista. (*Cf. Avanti*, año XIII, 1909, nos. 1 y 42.)

potencia del proletariado organizado de la ciudad, y que por disfrutar de una confianza ilimitada de sus camaradas, había adquirido los más diversos poderes y desempeñado numerosos puestos en el partido, se consideraba justificado cuando como representante de los obreros, suscribía contratos con capitalistas y ratificaba cuestiones similares, llevando harina para su molino además de cuidar los intereses de sus representados.

Cuarta parte
Análisis social del liderazgo

1. Introducción. La lucha de clases y su influencia desintegradora sobre la burguesía

No es fácil agitar a las masas. Ante sus ojos ocurren grandes acontecimientos y se producen revoluciones en la vida económica sin que su mente experimente modificaciones profundas. Reaccionan con mucha lentitud a la influencia de las nuevas condiciones.

Durante décadas, y aun siglos, las masas siguen soportando pasivamente condiciones políticas vetustas que mucho impiden el avance moral y legal.[1] Países que desde el punto de vista económico están muy adelantados, muchas veces siguen soportando durante largo tiempo un régimen político y constitucional que procede de una fase económica anterior. Esto es especialmente digno de notar en Alemania, donde una forma de gobierno aristocrática y feudal, fruto de condiciones económicas que el país ha superado, aún no ha sido capaz de adaptarse a un desarrollo económico del más avanzado carácter capitalista.

Estos fenómenos históricos, que a primera vista parecen paradójicos, proceden de causas de dos órdenes diferentes: en primer lugar puede ocurrir que las clases o subclases que representan una forma económica extinguida, sobrevivan a la época en que fueron exponentes auténticos de las relaciones económicas entonces dominantes; han logrado salvar del naufragio bastante prestigio moral y fuerza política efectiva para conservar su dominio en la nueva fase del desarrollo económico y civil, y hacerlo aun en oposición a la voluntad expresada por la mayoría del

1 «Impensadamente, a veces con un lamento pero a menudo sin tener idea de la posibilidad de algo mejor, las naciones han soportado durante siglos, y continúan soportando, todos los pesos y todas las vergüenzas impuestos por la tiranía, como los animales inferiores, que aceptan con satisfacción y aun con gratitud el pienso de la mano del amo al que pertenecen, quien los utiliza y los castiga a su antojo» (Carl von Rotteck, *Allgemeine Geschichte* . . . , ed. cit., pág. 81).

pueblo. Estas clases consiguieron mantenerse en el poder por la fuerza de su propia energía política, y con la ayuda de numerosos elementos, extraños en esencia a ellas, pero que pueden hacer que sirvan en su provecho, mediante influencias sugestivas. Sin embargo, lo más común es que encontremos que las clases que representan un orden económico pasado siguen manteniendo su predominio social, únicamente porque las clases que representan la economía actual o futura todavía no han logrado adquirir conciencia de su fuerza, de su importancia política y económica, ni de los daños que sufren a manos de la sociedad. Además hay un sentido de fatalismo y una amarga convicción de impotencia, que ejercen una influencia paralizadora en la vida social. Mientras una clase oprimida esté influida por este espíritu fatalista, mientras no logre desarrollar un sentido adecuado de injusticia social, será incapaz de aspirar a la emancipación. Lo que en el curso de la historia ha constituido el factor primordial de las luchas de clases no ha sido la simple *existencia* de condiciones de opresión, sino *el reconocimiento de estas condiciones por parte de los oprimidos.*

La mera existencia del proletariado moderno no es suficiente, por sí misma, para producir un «problema social». A fin de que la lucha de clases deje de ser una teoría nebulosa donde la energía queda para siempre en forma latente, debe ser agitada por la conciencia de clase.

Es obra involuntaria de la burguesía despertar la conciencia de clase en el proletariado, que se dirige forzosamente contra esa misma burguesía. La historia está llena de situaciones irónicas como ésta. El destino trágico de la burguesía es instruir a la clase cuyo punto de vista económico y social la convierte en su enemigo mortal. Como lo demostró Karl Marx en su *Manifiesto comunista*, la principal razón de ello reside en la lucha incesante que debe sostener la burguesía «a un tiempo con la aristocracia, con los sectores de su propia clase cuyos intereses se oponen al progreso industrial, y con la burguesía de los otros países». Incapaz de llevar adelante esta lucha con eficacia, sin otra ayuda para sus fuerzas, la burguesía está obligada continuamente «a apelar al proletariado, a requerir su auxilio, y a lanzarlo así dentro del caos político, y entonces pone en manos del proletariado el arma que

más tarde se volverá contra la propia burguesía». [2] También en otro aspecto la burguesía aparece como instructora, maestra de esgrima de la clase trabajadora. De su contacto cotidiano con el proletariado resulta una deserción de un pequeño número de personas que dedican sus energías al servicio de las clases trabajadoras para enardecerlas en la lucha contra el orden existente, para hacer que sientan y comprendan los defectos del régimen económico y social que prevalece. Es verdad que nunca es grande el número de quienes se separan de la burguesía para sumarse a la causa del proletariado, pero quienes así lo hacen están entre lo mejor de la burguesía. En cierto sentido, cabe considerarlos superhombres, elevados por encima de la mediania de su clase, acaso por amor a sus vecinos, acaso por compasión, acaso por indignación moral contra la injusticia social o por una profunda comprensión teórica de las fuerzas que actúan en la sociedad, o quizá —finalmente— por su mayor energía y coherencia lógica para llevar a la práctica sus principios. En todo caso, esos burgueses que desertan de la clase donde nacieron, dan una dirección deliberada a los instintos aún latentes en el proletariado, y así precipitan la emancipación de toda la clase proletaria, son individualidades excepcionales.

Al principio la masa proletaria solo percibe por instinto la opresión que la sepulta, pues carece por completo de la instrucción que podría darle la clave para comprender los procesos históricos, tan confusos y laberínticos en apariencia. Parecería ser una ley histórico-psicológica, que cualquier clase que ha sido debilitada y llevada a perder toda esperanza en sí misma, por una prolongada falta de educación y por estar privada de derechos políticos, no puede alcanzar la posibilidad de acción enérgica hasta que recibe instrucción relativa a sus derechos éticos y a su fuerza política y económica, no solo de miembros de su propia clase, sino también de los que pertenecen a lo que en términos vulgares se suele llamar una clase «superior». Todos los grandes movimientos de clases de la historia comenzaron hasta ahora mediante esta simple reflexión: no somos los únicos, nosotros que pertenecemos a las

2 Karl Marx, *The Communist Manifesto*, 6ª ed., *Vorwärts*, Berlín, 1901, pág. 16.

masas sin educación ni derechos legales, quienes creemos que se nos oprime, sino que también comparten esa convicción quienes conocen mejor los mecanismos sociales y están por eso más capacitados para juzgar; puesto que también la gente culta de las clases superiores ha concebido el ideal de nuestra emancipación, ese ideal no es mera quimera.

La teoría socialista surgió de las meditaciones de los filósofos, los economistas, los sociólogos y los historiadores. En los programas socialistas de los diferentes países cada palabra representa una síntesis de la labor de muchos hombres eruditos. Los padres del socialismo fueron, con pocas excepciones, ante todo hombres de ciencia, y en segundo lugar políticos, en el estricto sentido de la palabra. Es verdad que antes de estos hombres hubo movimientos proletarios espontáneos iniciados por una aspiración instintiva hacia un nivel de vida intelectual y económico más alto; pero estos movimientos se manifestaron más bien como la consecuencia lógica de un descontento impensado aunque legítimo, y no como fruto de un sentimiento genuino de rebelión inspirado por una clara conciencia de opresión. Solo cuando la ciencia se puso al servicio de la clase trabajadora, el movimiento *proletario* se transformó en movimiento *socialista*, y esa rebelión instintiva, inconsciente y desorientada dejó el lugar a una aspiración consciente, relativamente clara y dirigida hacia fines bien definidos.

Todas las primeras luchas de clases mostraron fenómenos similares. Todos los grandes movimientos de clases de la historia han respondido a la instigación, a la cooperación y a la conducción de hombres salidos precisamente de la clase contra la cual iba dirigido el movimiento. Espartaco, que incitó a los esclavos a rebelarse en defensa de su libertad, aunque es verdad que su origen era servil, había sido liberado y era poseedor de propiedades en Tracia. Thomas Münzer, a quien se debió gran parte de la agitación de la guerra de los campesinos de Turingia, no era campesino, sino hombre instruido. Florian Geier era un caballero. Los conductores más distinguidos del movimiento de emancipación del *tiers état* (tercer estado) en los albores de la Revolución Francesa, Lafayette, Mirabeau, Roland y Sieyès, pertenecían a las clases privilegiadas, y Philippe-Egalité, el regicida, era nada menos que

miembro de la casa real. La historia del movimiento laborista moderno no registra ninguna excepción a esta regla. Cuando el historiador alemán Theodor Lindner afirma [3] que el movimiento socialista contemporáneo fue siempre «despertado a la vida» por sujetos que no eran trabajadores, su enunciado resulta criticable, ya que evoca en nuestra mente la acción de la varita mágica del nigromante: «¡Que haya un movimiento laboristal y hubo un movimiento laborista.» La afirmación de Lindner es tan inexacta como incompleta, porque deja de reconocer que ese «despertar a la vida» no puede producir algo de la nada, ni puede ser la obra de uno de esos «grandes hombres» a quienes cierta escuela de historiadores convierte en piedras angulares de su teoría de la causalidad histórica; el advenimiento de los movimientos laboristas presupone forzosamente cierto grado de desarrollo social y económico, sin el cual no puede haber principio de movimiento; pero la opinión de Lindner, aunque mal expresada, es cierta en cuanto los heraldos del movimiento laborista moderno proceden sobre todo de las «clases cultas».

Los grandes precursores del socialismo político y representantes principales del socialismo filosófico, Saint-Simon, Fourier y Owen; los fundadores del socialismo político, Louis Blanc, Blanqui y Lassalle; los padres del socialismo económico y científico, Marx, Engels y Rodbertus, todos fueron intelectuales burgueses. Por comparación es insignificante la importancia en el campo internacional, tanto en lo teórico como en lo práctico, de Wilhelm Weitling, el aprendiz de sastre, y Pierre Leroux, el filósofo autodidacto. Unicamente Proudhon, el obrero impresor, figura solitaria, alcanzó una posición de grandeza sobresaliente en este ámbito. Aun entre los grandes oradores que durante los años recientes han abrazado la causa del trabajo, los ex burgueses constituyen la gran mayoría, en tanto que los hombres de origen obrero son excepcionales. Podríamos llenar páginas y más páginas con los nombres de políticos socialistas destacados, salidos de la burguesía, en tanto que no necesitaríamos tomar aliento para recitar la lista completa de los líderes políticos provenientes de una verdadera clase trabajadora, cuyos nom-

3 Theodor Lindner, *Geschichte philosophie*, 2ª ed., Stuttgart: Cotta, 1904, pág. 132.

bres estarán inmortalizados en la historia de su clase. Tenemos a Bénoît Malon, August Bebel y Eduard Anseele; pero ninguno de ellos —aunque grandes líderes en la práctica para la clase trabajadora, y organizadores enérgicos— puede ser mencionado entre los teóricos creadores del socialismo.

La presencia de elementos burgueses en el movimiento proletario organizado para constituir un partido político, es un hecho histórico y observable dondequiera que estudiemos con atención el movimiento político de la clase trabajadora internacional. Este fenómeno se reproduce en cualquier parte que el árbol socialista eche nuevas raíces, como podemos verlo, por ejemplo, en el Japón y en el Brasil.

Además, este fenómeno ha de ser considerado como consecuencia lógica de la evolución histórica. Más todavía: es posible demostrar no solo la presencia de ex burgueses en el partido del proletariado militante, sino también el papel predominante que desempeñan en el movimiento de emancipación proletaria, y que es resultado de una necesidad histórica.

Cabe suscitar la cuestión —en realidad ya ha sido analizada— de si la presencia de gran número de refugiados burgueses entre los militantes proletarios no constituye un mentís a la teoría de la lucha de clases. En otras palabras, tenemos que preguntarnos si el anhelado orden social futuro, donde todas las distinciones de clases habrán sido abolidas (pues tal es el propósito común, formulado de manera más o menos definida, por todos los otros reformadores progresistas y socialistas, culturistas éticos, anarquistas, neocristianos, etc.), no podría realizarse mediante una transformación psíquica gradual de la burguesía, que adquiriera conciencia progresiva de la injusticia de sus privilegios económicos y sociales particulares. Esta consideración nos lleva naturalmente a preguntarnos si en realidad es necesaria la aguda línea de ruptura que existe en el campo político entre los partidos de clase que representan intereses de clase, o si no es una especie de juego cruel y, en consecuencia, inútil y agraviante. Rudolph Penzig, editor de *Ethische Kultur*, en un debate con el autor llegó a afirmar que los desertores de la burguesía hacia las filas socialistas eran «precursores».[4]

4 Rudolph Penzig, *Die Unvernunft des Klassenkampfes*, escrito en

De esta expresión se deduce una inferencia lógica: la convicción de que esos pioneros burgueses serán seguidos por toda la masa de la burguesía, que se pasará, así, al bando de quienes en lo económico y lo social son sus enemigos mortales. Podríamos inclinarnos a hablar de esto como de una teoría de *harakiri* si no supiéramos que el *harakiri* no se practica, por lo común, como acto deliberado y voluntario, sino en obediencia a órdenes superiores, a una coerción exterior. Examinemos brevemente la solidez de la teoría en cuestión.

El poeta socialista Edmondo de Amicis enumera los factores que considera más efectivos para la victoria final del socialismo. Está el sentido general de cansancio que sigue, a su juicio, a una gran crisis industrial, y el profundo disgusto experimentado por las clases pudientes frente a una lucha interminable; también está la ansiedad que sienten esas mismas clases por evitar a toda costa una revolución que las conduce a una muerte miserable, a sangre y fuego; está, por último, la necesidad indefinida, que alcanza también a la burguesía, de rejuvenecimiento e idealismo, y de evitar «el horror de vivir entre las ruinas de un mundo que se extingue».[5] Cincuenta años antes Heinrich Heine, quien no llegó a ser un luchador en favor del socialismo por falta de coraje para expresar sus ideas políticas, insinuó un pensamiento parecido. En sus cartas desde París acerca de la política, el arte y la vida nacional, con fecha 15 de junio de 1843 escribió: «Aquí quisiera llamar la atención especial acerca del hecho de que para el comunismo es una ventaja incalculable que el enemigo contra el cual lucha, a pesar de toda su fuerza, no tiene una base moral. La sociedad moderna se defiende, simplemente, porque tiene que hacerlo, sin convicción en sus propios derechos y aun sin respeto por sí misma, al igual que aquella sociedad antigua que se desmoronó con la venida del hijo del carpintero.»[6]

En muchos aspectos, las opiniones de estos dos poetas son aceptables. Y aun parece bastante dudoso que una socie-

respuesta a R. Michels, «Endziel, Intransigenz, Ethik», *Ethische Kultur*, diciembre 26, 1903, XII, nº 52.

5 Edmondo de Amicis, *Lotte civili*, Florencia: Nerbini, 1899, pág. 294.

6 Heinrich Heine, *Lutetia* in *Sämtliche Werke*, Hamburgo: Hoffmann u. Kampe, 1890, X, pág. 93.

dad burguesa moribunda no se defienda hasta el final, y procure sostener (con la fuerza de las armas si fuera necesario) sus propiedades y sus prerrogativas, por muy minadas y amenazadas que estuvieran, con la esperanza de postergar al menos la victoria final del proletariado. También resulta discutible la opinión emitida por Heine en 1843, en el sentido de que en la burguesía de su época cundía la desconfianza general: como todos sabemos, la resistencia burguesa sigue hasta nuestros días animada por una vigorosa convicción en su propia rectitud. Pero el pensamiento fundamental de De Amicis y Heine es correcto en el sentido de que una sociedad que carece de una fe ardiente en sus propios derechos ha llegado ya a su agonía política. La capacidad para la defensa obstinada y perseverante de sus privilegios, supone en la clase privilegiada la existencia de ciertas cualidades y, en especial, una energía inexorable que acaso triunfe, en verdad, con la ayuda de la crueldad y la inconsciencia, pero que será enormemente más próspera si se basa sobre una fe vigorosa en su propia rectitud. Como lo ha señalado Pareto,[7] si las ideas humanitarias invaden a la clase dominante y la llevan a dudar de su propio derecho moral a existir, esto desmoraliza a sus miembros y los vuelve incapaces para defenderse.

La misma ley actúa de una manera similar cuando los hombres están absolutamente convencidos de su derecho sagrado a la existencia. Y lo mismo es válido para los conglomerados nacionales: cuando a una nación le falta el sentido de ese derecho, sobrevienen inevitablemente su decadencia y su ruina. Podemos considerar como una ley histórica establecida que las razas, los sistemas legales, las instituciones y las clases sociales están destinados inevitablemente a la destrucción desde el momento en que quienes los representan han perdido la fe en su propio futuro. Los polacos, dispersos y desmembrados por otras tres potencias, han conservado su nacionalidad y la fe en sí mismos y en sus derechos. No hay poder en el mundo, para no mencionar el microcosmos ruso-prusiano, capaz de aniquilar al pueblo polaco mientras sus corazones conserven la conciencia de su derecho a la existencia

7 Vilfredo Pareto, *Les Systèmes socialistes*, ed. cit., vol. I, págs. 37 y 57.

nacional. Los *wends*, en cambio, pueblo eslavo como el polaco, por la naturaleza del momento histórico en que fueran subyugados, y por las circunstancias peculiares de este episodio histórico, no lograron conservar intacta la conciencia de su existencia nacional, si alguna vez la tuvieron. Incluso donde conservaron su lengua —como ocurre en Spreewald— han sido profundamente asimilados por el sistema alemán y, como *wends*, en nuestros días han desaparecido sin dejar vestigios de la historia de la civilización. Aunque habitan una vasta región de Alemania, en muchos casos perdieron por completo todo sentido de su origen eslavo y se han hecho los más ardientes pangermanistas aunque solo son alemanes en virtud de la ficción legal del Estado y de las costumbres e idioma impuestos por sus antiguos conquistadores.

Ninguna lucha social de la historia fue ganada para siempre a menos que se lograra con anterioridad debilitar moralmente a los vencidos. La Revolución Francesa fue posible solo porque los ardientes escritores prerrevolucionarios, Voltaire, D'Alembert, Rousseau, Holbach, Diderot, etc., que demostraron tan palmariamente «la inmoralidad» de los privilegios económicos de las clases dominantes del antiguo régimen, ya habían desmoralizado (en el sentido psicológico del término) a una parte considerable de la nobleza y del clero. Louis Blanc señala, a propósito de la Revolución Francesa: «El resultado estremecedor de la *Enciclopedia*, ese gran laboratorio de ideas del siglo XVIII, fue que en 1789 solo faltara tomar posesión material de un campo ya conquistado moralmente.»[8]

La unificación de Italia, desmembrada antes en siete estados, se realizó con mínimo derramamiento de sangre (si exceptuamos las bajas en las luchas contra los extranjeros) y después de la fundación del reino apenas si hubo algún habitante de la península que derramara una lágrima por el destino de las dinastías caídas; actitud mental que contrasta con lo ocurrido en Alemania en el período histórico correspondiente. La razón de la diferencia fue que en Italia la unificación del pensamiento había precedido en mucho a la unificación administrativa. En la guerra de secesión de los Estados Unidos, no fue solo la fuerza

8 Traducido de Louis Blanc, *Organisation du travail*, 4ª ed., París: Cauilli 1845, pág. XIII.

armada de los estados del norte lo que decidió la cuestión, sino también la conciencia del error moral que hacia el fin de la guerra comenzó a circular entre un gran número de propietarios de esclavos en los estados del sur.[9] Podríamos citar tantos ejemplos de esto como quisiéramos. El fin de la agitación es sacudir la confianza de los adversarios, convencerlos de la validez superior de nuestras propias razones. El socialismo no puede negar ni subestimar la enorme fuerza de la retórica, ese enorme poder de persuasión, pues a ese instrumento le debe sus grandes triunfos; pero la fuerza de persuasión tiene un límite natural impuesto por las relaciones sociales. Donde se la emplea para influir sobre las convicciones de las masas populares o de las clases sociales, e inducirlas a tomar parte en un movimiento encaminado hacia su propia liberación, es fácil, en condiciones normales, alcanzar resultados positivos; pero esos propósitos de persuasión fracasan miserablemente, como podemos verlo una y otra vez en la historia de las luchas sociales, cuando se dirigen a las clases privilegiadas para inducirlas a abandonar, en su propio perjuicio como clase y como individuos, las posiciones preeminentes que ocupan en la sociedad.

El ser humano no es un autómata económico: su vida es un conflicto permanente entre sus necesidades financieras y los intereses que lo ligan a una determinada clase o casta, por una parte, y por la otra las tendencias extrañas a las consideraciones de clase, a la órbita de las luchas sociales, que pueden despertar en él pasiones capaces de desviarlo de la ruta puramente económica y atraerlo hacia la órbita gravitatoria de algún astro ideal, llevándolo a actuar de manera más en consonancia con su propio carácter individual. Ahora bien: esto solo es aplicable al ser humano como individuo. La masa es indudablemente un autómata económico, si exceptuamos ciertas influencias patológicas a las que está expuesta, y que pueden conducir a sus miembros a actividades reñidas con las ventajas puramente materiales. Las manifestaciones comunes de los miembros están marcadas con el sello del interés económico de la masa, del mismo modo que cada oveja del rebaño lleva la marca de su dueño. No es forzoso

9 Woodrow Wilson, *A History of the American People*, Nueva York y Londres: Harper, 1903, vol. IV, pág. 311.

que el sello sea útil para el individuo que lo lleva, ni que corresponda a sus fines personales; ni más ni menos que la marca que lleva la oveja en el lomo, y que a menudo la conduce al matadero. Pero en el rebaño humano el sello económico extiende su influencia a la vida física. El tipo de trabajo y los intereses impuestos por las condiciones económicas hacen que el espíritu y el cuerpo dependan por igual de la ocupación.

Sin duda es cierto que la doctrina socialista se ha impuesto en muchos hijos de familias burguesas, y ha penetrado en sus mentes de modo tan profundo, que los llevó a abandonar todo lo demás: dejar padre y madre, amigos y parientes, posición social y respeto. Sin pena y sin vacilaciones han consagrado sus vidas a la emancipación de la humanidad tal como la concibe el socialismo. Pero éstos son solamente casos aislados y no grupos compactos que representan una clase económica entera. La clase a la que pertenecían los desertores no se ha debilitado en modo alguno por la deserción. Una clase, considerada en su conjunto, nunca cede espontáneamente sus posiciones ventajosas. No hay a sus ojos razón moral bastante poderosa, como para obligarla a abdicar en favor de sus «hermanos más pobres». Esa actitud es impedida por el egoísmo de clase, atributo natural del proletariado tanto como de las otras clases sociales, con la diferencia de que, en el caso del proletariado, el egoísmo de clase coincide, en última instancia —al menos, *in abstracto*— con el ideal de una humanidad que nada sabe de clases. No negaremos que en los diversos estratos de las clases dominantes y pudientes hay diferencias considerables en el grado que se desarrolla este egoísmo de clase. Algunos representantes de los terratenientes, y por sobre todo los *junkers* prusianos, aun hoy declaran con desenfado que debemos tratar como a criminales o locos a quienes reclaman derechos económicos o sociales que amenazan sus propios privilegios de clase. En la sociedad moderna hay otras clases menos hostiles a las reformas, menos torpemente egoístas que esa clase (pequeña en magnitud) de los *junkers* prusianos, pero no por eso más accesibles a las consideraciones de justicia social, excepto en la medida que no sientan lesionados sus intereses de clase. Por eso es perfectamente lógico que el proletariado se constituya en partido de clase y considere que la lucha contra la burguesía en todos

sus estratos, concebida como una sola clase, es el único medio posible de lograr un orden social donde el conocimiento, la salud y la propiedad no sean, como lo son hoy, monopolio de una minoría.

No hay contradicción alguna entre la necesidad que lleva al proletariado a luchar contra la burguesía en el plano de una lucha de clases, y la necesidad que lo lleva a insistir tanto sobre el principio general de los derechos humanos. Indudablemente, la persuasión es un medio excelente en la lucha por la conquista del poder, pues, como ya lo hemos señalado, una clase convencida, aun contra su propia voluntad, de que el ideal de su adversario se basa sobre mejores razones que las suyas propias y está inspirado por objetivos morales más elevados, tendrá menos fuerza para continuar la lucha; habrá perdido esa fe en sus propios derechos que puede dar justificación moral a la resistencia. Sin embargo, la persuasión no es suficiente, pues aunque una clase esté parcialmente paralizada por reconocer que el derecho de una clase hostil a ella es superior al suyo propio, continuará sin embargo la lucha, hipnotizada por su propio egoísmo, y en última instancia apelará a la fuerza, no de las palabras sino de los hechos. El autor cree que todas estas consideraciones bastan para establecer como axioma que el ingreso de elementos burgueses en las filas de los trabajadores organizados como partido de clase responde principalmente a motivos psicológicos, y representa un proceso de selección espontánea. Debe ser considerado como una consecuencia lógica de la fase histórica del desarrollo por la que estamos pasando, pero ante las condiciones especiales que lo inducen, no hay razón para interpretarlo como un síntoma preliminar de una disolución espontánea y general de la burguesía. En resumen, la cuestión de la lucha que se desarrolla entre las dos grandes clases que representan intereses económicos contrarios no se decidirá, probablemente, por el pasaje de individuos o moléculas aisladas de un bando al otro.

2. Análisis de los elementos burgueses en el liderazgo socialista

Los líderes socialistas pueden ser divididos en dos categorías, teniendo en cuenta su origen social: los que pertenecieron antes al proletariado, y los que provienen de la burguesía o, más bien, del estrato intelectual de la burguesía. La clase media inferior, la de los pequeños burgueses, los agricultores menores, los artesanos independientes y los comerciantes, no han aportado más que un contingente insignificante de líderes socialistas. En las condiciones más favorables los representantes de esa clase media inferior siguen el movimiento laborista como testigos simpatizantes y, por momentos, se suman a sus filas. Casi nunca figuran entre los líderes.

De estas dos clases de líderes, los ex burgueses, aunque al principio hubieran sido adversarios naturales del socialismo, en general demostraron estar animados por un idealismo más ferviente que los líderes de origen proletario. La diferencia es fácil de explicar por razones psicológicas. El proletario casi nunca necesita llegar al socialismo por un proceso gradual de evolución; ha nacido socialista, por así decirlo, y miembro del partido; al menos esto es lo que ocurre muchas veces, aunque no se aplica a todos los estratos del proletariado ni a todos los lugares. En los países donde el desarrollo capitalista tiene larga data, existe una genuina tradición socialista en ciertos medios de clase trabajadora, y aun en categorías enteras de obreros. El hijo hereda el espíritu de clase del padre, y sin duda también del abuelo. Llevan el socialismo «en la sangre». A esto hay que agregar las relaciones económicas reales (unidas inseparablemente a la lucha de clases y en las cuales todo individuo, por refractario que sea a la teoría socialista, está obligado a participar) que obligan al proletario a ingresar al partido de los trabajadores. El socialismo, lejos de estar en oposición a sus sentimientos de clase, constituye su expresión más clara y más notoria.

El proletario, el asalariado, el miembro inscripto en el partido, es un socialista por propio interés, personal y directo. La adhesión al socialismo le ocasionará tal vez graves daños materiales, tales como la pérdida de su empleo, y hasta puede hacerle imposible ganar el pan. Sin embargo, sus puntos de vista socialistas son el producto espontáneo de su egoísmo de clase, y soporta con alegría las penurias que pueden acarrearle, porque sufre por una causa común. Lo reconforta el reconocimiento o gratitud más o menos explícitos de sus camaradas. La acción del proletario socialista es una acción de clase, y en muchos casos puede favorecer de manera notable los intereses inmediatos del individuo.

Muy diferente es el caso del socialista de origen burgués: es muy raro que haya nacido en un medio socialista. Por lo contrario, en su familia la tradición es decididamente hostil a los obreros o, al menos, desdeñosa de las aspiraciones del socialismo moderno. Entre los burgueses tanto como entre los proletarios, el hijo hereda el espíritu del padre, pero en este caso es el espíritu de clase de la burguesía. Lo que el joven burgués «lleva en la sangre» no es el socialismo, sino la mentalidad capitalista en alguna de sus diversas variedades, y hereda además un intelectualismo que lo enorgullece de su presunta superioridad. Por una parte tenemos que tomar en cuenta las condiciones económicas donde nace y se educa este hijo burgués hasta su madurez, y por la otra, la educación que recibe en la escuela, todo lo cual lo predispone para no sentir otra cosa que aversión por las luchas de una clase trabajadora que tiene aspiraciones socialistas. En su medio económico aprendió a temer por su bienestar, a temblar por el golpe que algún día asestará a su clase, según piensa, el ataque de las masas organizadas del *quatrième état*. De esta manera su egoísmo de clase se hace más agudo y llega a transformarse en un odio implacable. Su educación, basada sobre la ciencia oficial, contribuye a afirmar y robustecer sus sentimientos de miembro de la clase superior. La influencia que ejercen la escuela y el medio doméstico sobre este vástago de la burguesía tiene tanta fuerza que aun cuando sus padres sean simpatizantes socialistas, y en lo moral y lo intelectual estén entregados a la causa de los trabajadores, lo más común es que los instintos burgueses se impongan sobre las tradi-

ciones socialistas de la familia. Sabemos por experiencia que es muy raro que los hijos de socialistas, cuando han recibido una educación de intelectuales, sigan los pasos de sus padres. Los casos de los hijos de Marx, Longuet, Liebknecht y Molkenbuhr siguen siendo excepcionales. No se puede negar que la rareza de estos ejemplos obedece a los métodos de educación que suelen prevalecer en las familias socialistas, métodos que nada tienen en común con el socialismo. Incluso en aquellos casos en que el medio familiar inmediato no se opone al desarrollo de una conciencia socialista, el joven de origen burgués está muy influido por el medio donde se educa. Aun después de inscribirse en el partido socialista seguirá conservando alguna solidaridad con la clase donde se ha criado; por ejemplo, en sus relaciones con los sirvientes de su casa, seguirá siendo siempre empleador —«explotador», en el sentido sociológico, si no en el vulgar del término—. Para el burgués, la adhesión al socialismo significa un distanciamiento de su propia clase; casi siempre un amplio perjuicio social e ideal y bastante a menudo una verdadera pérdida material. En el caso de los pequeños burgueses, la evolución hacia el socialismo puede ser pacífica, pues por sus condiciones intelectuales y sociales, el pequeño burgués está íntimamente cerca del proletario, y sobre todo del obrero manual mejor pagado, de quien muchas veces no lo separan más que barreras imaginarias compuestas de todo tipo de prejuicios de clase. Pero cuanto más opulenta es la familia a la que pertenece el burgués, tanto más fuerte es su vínculo con las tradiciones familiares; cuanto más alta la posición social que ocupa, tanto más difícil y más penoso le es romper con su medio, y adherir al movimiento laboral.

Para el hijo de un capitalista rico, de un alto funcionario público, o para el integrante de una rancia aristocracia terrateniente, unirse a los socialistas es provocar una catástrofe. Es libre de abandonarse a sueños humanitarios difusos e inofensivos, y aun definirse como «socialista» en una conversación privada; pero tan pronto como descubre su intención real de convertirse en activista del partido, de emprender una acción pública en su favor, de enrolarse de verdad junto a las fuerzas «rebeldes», su propia clase burguesa considera al desertor como un pillo o como un tonto. Su prestigio social

desciende por debajo de cero, y es tan grande la hostilidad desencadenada contra él, que se lo obliga a quebrar todas sus relaciones familiares. Se rompen bruscamente los lazos más íntimos. Los parientes le vuelven la espalda. Ha quemado las naves y roto con el pasado.

¿Cuáles son los motivos que pueden llevar al intelectual a desertar de la burguesía y unirse al partido de los trabajadores? Entre quienes hacen esto, podemos distinguir dos tipos fundamentales.

Ante todo está el hombre de ciencia: sus fines tienen carácter objetivo, pero para el vulgo éstos parecen, a primera vista, faltos de utilidad práctica, y aun fantásticos y extravagantes. El estímulo que lo acicatea es idealista en el sentido siguiente: es capaz de sacrificar todos los otros bienes a la ciencia y sus conquistas. Al actuar de este modo obedece al poderoso impulso de su egoísmo, aunque es un egoísmo ennoblecido. La coherencia científica es una necesidad propia de su naturaleza. La psicología nos enseña que en los seres humanos todo ejercicio o facultad libre produce un sentimiento de placer. Por eso el sacrificio que hace el hombre de ciencia socialista por el partido, sirve para aumentar la suma de sus satisfacciones personales. A pesar de los daños materiales que sufre, como burgués que se incorpora al partido socialista, experimentará un gran contento interior y tendrá su conciencia más tranquila. En algunos casos, también, estos sentimientos tomarán la forma de una ambición por prestar servicios destacados a la causa. En su caso esta ambición es, naturalmente, muy diferente de la ambición grosera de quienes solo procuran mejorar su bienestar personal (siguiendo una carrera, logrando riquezas, etc.).

La segunda categoría incluye a aquellos que están inspirados por una intensa adhesión sentimental hacia el socialismo; quienes arden, por así decirlo, en el fuego sagrado. Estos hombres por lo general se hacen socialistas muy jóvenes, antes de que las consideraciones y las precauciones materiales hayan levantado una barrera en el camino de la obediencia a los impulsos de su temperamento entusiasta y pletórico. Están inspirados por el ardor del neófito y la necesidad de consagrarse al servicio de su especie. Los principales motivos que los animan son un noble desprecio por la injusticia y un amor al débil y al pobre; el deleite del autosacrificio por la realización de

grandes ideas, pues estos motivos a menudo dan coraje y amor combativo a los caracteres más tímidos e inertes. Con todo, en el entusiasmo del socialista de origen burgués suele haber una dosis considerable de optimismo; una tendencia a sobreestimar la importancia de las fuerzas morales del movimiento y, a veces, una fe excesiva en su propia abnegación, junto a un concepto falso del ritmo de la evolución, la proximidad de la victoria final, y la facilidad para alcanzarla. La fe socialista se nutre también en muchos casos de sensibilidades estéticas. Quienes están dotados de aptitudes poéticas y de una imaginación ferviente pueden captar más rápido e intuitivamente la dimensión y la profundidad del sufrimiento humano; además, cuanto mayor es la distancia social de los objetivos imaginados, tanto más se inclinan a dar rienda suelta a su fantasía. Por esta razón, entre las filas de quienes luchan por la emancipación del trabajo encontramos tantos poetas y escritores imaginativos, y tantas personas de naturaleza impulsiva, apasionada y ardiente.[1]

Surge la cuestión de cuál categoría es la más numerosa: si la de quienes se hacen socialistas por una convicción razonada, o los guiados por consideraciones sentimentales. Es probable que entre quienes se hacen socialistas en la juventud, predominen los sentimentalistas, en tanto que entre quienes ingresan al socialismo cuando han alcanzado la madurez, el cambio suele ser dictado por una convicción científica. Pero en casi todos los casos actúan motivos mixtos. En realidad, son muy numerosos los burgueses que siempre han expresado una aprobación moral al socialismo, que han sostenido que es la única solución del problema social que conforma las demandas de justicia, pero que no adoptan efectivamente la doctrina hasta que adquieren la convicción (que a veces los toma en forma bastante inesperada) de que las aspiraciones de su corazón no son solo justas y bellas sino también realizables

1 Aquí solo podemos mencionar unas pocas personalidades notables que son o han sido trabajadores activos en favor del socialismo: William Morris, Bernard Shaw, H. G. Wells, Jack London, George D. Herron, Upton Sinclair; J. B. Clément, Clovis Hugues, Anatole France, Jules Destrée; Cornelie Huygens, Herman Gorter, Henriette Roland-Holst; George Herwegh, Wilhelm Holzamer, Karl Henkell, Emil Rosenow; Edmondo de Amicis, Mario Rapisardi, Diego Garoglio, Angelo Cabrini, G. Romualdi, Virgilio Brocchi, Tomaso Monicelli; Maxim Gorki; Gustav af Geijerstam.

en la práctica. De este modo, las opiniones socialistas de tales personas son una síntesis de sentimiento y ciencia. En 1894 se realizó una encuesta sobre la actitud hacia el socialismo de los más distinguidos artistas y hombres de ciencia italianos. Se les preguntó si su simpatía por los objetivos socialistas, su indiferencia al socialismo o su hostilidad a la doctrina eran el fruto de una investigación concreta de problemas socialistas o eran de un carácter puramente sentimental. La mayoría de los interrogados declaró que su actitud hacia el socialismo era el fruto de una predisposición física, reforzada por convicciones objetivas. Los marxistas darían sin duda una respuesta similar, a pesar de su olímpico desprecio por toda compasión ideológica y sentimental, y a pesar del materialismo que gustan lucir en sus escaparates. En la medida que no están completamente absorbidos por la vida partidaria, o más bien en la medida que no han sido completamente arrollados por los lazos de la vida partidaria, muestran una rigidez de principios que es en esencia idealista.[2]

Por supuesto, no todos los que simpatizan con el socialismo o tienen una convicción racional de la verdad de los principios socialistas, se hacen miembros efectivos del partido. Muchos sienten una extraña repugnancia ante la idea de una asociación íntima con la multitud desconocida, o experimentan un disgusto estético ante la idea de un contacto íntimo con personas que no siempre son limpias o que huelen a sudor. Más numerosos aún son los que se echan atrás por pereza, o por afición exagerada a una vida tranquila, o por miedo más o menos justificado a que la adhesión abierta al partido tenga efectos desfavorables sobre su situación económica. A veces el impulso de unirse al partido obedece a algunas circunstancias externas, insignificantes en sí mismas, pero suficientes para decidirlos a tomar la resolución: acaso sea un ejemplo notable de injusticia social que suscita una emoción colectiva; acaso algún perjuicio personal infligido al propio

2 «Siguen siendo fieles a la finalidad propuesta, fieles sin cuidarse de las dificultades que puedan surgir. "¡Adelante! ¡Pase lo que pasare!", dicen los materialistas, con la mirada siempre fija en su ideal supremo. Este no es solo un idealismo de palabras, enervante y estéril, sino de acción. Es la vida cotidiana ensanchada, ampliada, iluminada por un concepto más alto.» (Traducido de Charles Rappoport, *La Philosophie de l'Histoire comme Science de l'Evolution*, París: Jacques, 1903, pág. V.)

socialista en potencia o a alguien que le sea caro, cuando una súbita explosión de egoísmo completa la lenta tarea de las tendencias altruistas. En otros casos es el destino o la consecuencia de la mala voluntad o estupidez de los seres humanos, lo que lleva al hombre que ya es un socialista secreto a cruzar el Rubicón casi sin advertirlo. Por ejemplo, puede ocurrir algo que lo desacredite ante los ojos de los miembros de su propia clase, al exponer ante todos las ideas socialistas que hasta entonces ocultó celosamente. Son muchas las personas que no se unen al partido de los trabajadores hasta que, después de alguna manifestación imprudente, algún enemigo los denuncia en la prensa burguesa y los coloca así en un dilema: o tienen que dar un desmentido vergonzoso, caer en una retractación humillante, o bien reconocer públicamente las ideas que hasta entonces mantuvieron en secreto. Algunas personas se hacen miembros del partido socialista como las jóvenes que a veces son madres sin quererlo. El nihilista ruso Netchajeff concibió el desenmascaramiento de estas personas tímidas, de mentalidad revolucionaria, como base del esquema de agitación revolucionaria. Afirmaba que era un deber de los revolucionarios comprometer a todos los que compartieran muchas de sus ideas, aunque no todas; así se los obligaría a romper definitivamente con el enemigo, ganándolos por completo para la «causa sagrada».[3] Muchas veces se ha afirmado que la receptividad a las ideas socialistas varía en las diferentes profesiones liberales. Se ha dicho que las ciencias especulativas (en el más estricto sentido del término) tales como la filosofía, la historia, la economía política, la teología y la jurisprudencia están tan profundamente imbuídas del espíritu del pasado, que quienes emprenden su estudio son refractarios *a priori* a la recepción de toda idea subversiva. En la profesión legal, en particular, hay —se sostiene— un amor al orden inculcado, un apego a las cosas tal y como son, un respeto sacro a la forma, una lentitud de procedimiento y estrechez de miras que en conjunto constituyen presumiblemente un correctivo natural para los errores propios de la democracia. En un sentido general, nos dicen, las ciencias deductivas y abstractas tienen un espíritu autoritario y aristocrático, y los estudiosos que

[3] James Guillaume, *L'Internationale*..., ed. cit., vol. II, pág. 62.

toman ese camino se inclinan en favor de opiniones reaccionarias y doctrinarias. En cambio, quienes emprenden el estudio de las ciencias experimentales e inductivas tienen que emplear sus facultades de observación, lo que los conduce gradualmente hacia generalizaciones cada vez más amplias, y por eso debe ser más fácil ganarlos para la causa del progreso. El médico, por sobre todo, cuya profesión es una lucha constante contra la miseria humana, tiene que llevar en la mente el germen de la concepción socialista. El análisis de las profesiones a que pertenecen los intelectuales de los diversos partidos socialistas no confirma esta teoría. Unicamente en Italia y en Francia es grande el número de médicos que encontramos en las filas socialistas, y aun allí son menos que los que se dedican a la ciencia pura, y notoriamente menos numerosos que los abogados. En Alemania las relaciones entre los obreros socialistas y los médicos menos ricos (los empleados en compañías de seguros) distan de ser cordiales. Resumiendo, podemos decir en términos generales que la actitud de los médicos hacia el socialismo es más fría y hostil que la del filósofo abstracto o la del abogado. Quizás una de las razones sea que entre los médicos, más que entre otros intelectuales, prevalece y ha prevalecido durante los últimos cuarenta años una forma de darwinismo y häckelismo de concepción materialista y observancia rigurosa. Podemos encontrar una causa adicional en el escepticismo (que llega muchas veces a un extremo egocentrismo) propio de muchos médicos, como reacción natural contra el olor de los muertos, que impregna su actividad profesional, y como fruto de su experiencia de la malignidad, la estupidez y la flaqueza del elemento humano con el cual los pone en contacto aquélla.

En ciertos países protestantes —Holanda, Suiza, Gran Bretaña y los Estados Unidos— encontramos un número considerable de clérigos entre los socialistas (pero ése no es el caso de Alemania, cuyo Estado es vigilante y poderoso, en tanto que la Iglesia luterana es estricta e intolerante). Estos ministros, nos dicen, se unen al socialismo por un elevado sentido del deber hacia sus vecinos, pero quizá también actúe allí la necesidad —tan imperiosa en el predicador como en el orador popular— de ser oído, seguido y admirado por la multitud: poco importa que sean creyentes o no creyentes.

Aquí podríamos aludir a la abundancia de judíos entre los líderes del socialismo y de los partidos revolucionarios. Hay condiciones raciales específicas que hacen de los judíos líderes natos de las masas, organizadores y propagandistas natos. La primera entre estas condiciones es el fanatismo sectario que, como una infección, puede ser comunicado a las masas con asombrosa frecuencia; luego tenemos una invencible confianza en sí mismo (que en la historia racial judía se evidencia en forma característica en la vida de los profetas); hay una aptitud oratoria y dialéctica notable; una ambición aún más destacada; una necesidad irresistible de estar en el candelero; y finalmente un poder casi ilimitado de adaptación. No hemos conocido durante los últimos setenta y cinco años ninguna corriente de agitación de la vida política popular donde los judíos no hayan desempeñado un papel eminente. No pocos de esos movimientos deben ser caracterizados como su propia obra. Los judíos organizan la revolución, y los judíos organizan la resistencia del Estado y de la sociedad contra la fuerza subversiva. El socialismo y el conservadorismo han sido forjados por manos judías y están impregnados del espíritu judío. En Alemania, por ejemplo, vemos por una parte a Marx y a Lassalle, quienes insuflan las llamas de la revolución, y por la otra, después de 1848, a Julius Stahl, teórico brillante y activo de la reacción feudal. En Inglaterra el judío Disraeli reorganizó las fuerzas del partido conservador. Encontramos judíos a la cabeza de los movimientos que organizan a grupos nacionales antagónicos, animados por un odio recíproco. En Venecia fue Daniel Manin quien levantó el estandarte de la libertad contra los austríacos. Durante la guerra franco-alemana, Gambetta actuó como organizador de la defensa nacional. En Inglaterra, Disraeli fue el inventor del santo y seña «la integridad del Imperio Británico», en tanto que en Alemania los judíos Eduard Simson, Bamberger y Larker fueron los adalides y dirigentes del liberalismo nacionalista, que desempeñó un papel tan importante en la fundación del Imperio. En Austria los judíos constituyen la vanguardia de casi todos los partidos nacionalistas fuertes. Entre los bohemios alemanes, los irredentistas italianos, los nacionalistas polacos y especialmente entre los magiares, los más fanáticos son los individuos de raza judía. Los judíos, en realidad, son capaces de

organizar cualquier tipo de movimiento; aun entre los líderes del antisemitismo no faltan personas de ascendencia judía.

La adaptabilidad y la vivacidad intelectual de los judíos, sin embargo, no son suficientes para explicar el predominio cuantitativo y cualitativo de personas de raza hebrea en el partido de los trabajadores. En Alemania, sobre todo, la influencia de judíos ha sido notoria en el movimiento laborista. Los dos primeros grandes líderes, Ferdinand Lassalle y Karl Marx, eran judíos, y también lo era su contemporáneo Moses Hess. El primer político distinguido de la vieja escuela que se unió a los socialistas, Johann Jacoby, era judío. También lo era Karl Höchberg, el idealista, hijo de un rico mercader en Francfort del Main, fundador de la primera revista socialista publicada en idioma alemán. Paul Singer, que fue casi invariablemente presidente de todos los congresos socialistas alemanes, era judío. Entre los ochenta y un diputados socialistas designados en el Reichstag, en la penúltima elección general, había nueve judíos, y esta cifra es notablemente alta si la comparamos con la proporción de judíos en toda la población de Alemania, y también con el número total de obreros judíos y con el número de judíos miembros del partido socialista. Cuatro de los nueve seguían siendo judíos ortodoxos (Stadthagen, Singer, Wurm y Haase). En varios aspectos los judíos han prestado servicios inestimables al partido: Eduard Bernstein, Heinrich Braun, Jakob Stern, Simon Katzenstein y Bruno Schönlank, como teóricos; Gradnauer, Eisner y Josef Bloch, el editor del *Sozialistische Monatshefte*, como periodistas; Hugo Heimann, en el terreno de la política municipal; Leo Arons, como especialista en cuestiones electorales; Ludwig Frank, como organizador de la juventud socialista. En Austria el predominio de los judíos en el movimiento socialista es notorio; baste mencionar los nombres de Victor Adler, Ellenbogen, Fritz Austerlitz, Max Adler, F. Hertz, Therese Schlesinger-Eckstein, el doctor Diamand, Adolf Braun, etc. En los Estados Unidos tenemos a Morris Hillquitt, A. M. Simons, M. Untermann. En Holanda a Henri Polak, el líder de los obreros de los diamantes; D. J. Wijnkoop, el marxista independiente, y M. Mendels. En Italia, Elia Musatti, Claudio Treves, G. E. Modigliani, Riccardo y Adolfo Momigliano, R. L. Foà, y el hombre de ciencia

Cesare Lombroso. Aun en Francia, aunque aquí el papel de los judíos es menos notorio, podemos mencionar los nombres de Paul Louis, Edgard Milhaud, y los accionistas de *L'Humanité* en 1904. El primer congreso del *Parti Ouvrier* en 1879 fue posible gracias al gran apoyo financiero de Isaac Adolphe Crémieux, quien había sido gobernador de Argel con Gambetta.

En muchos países, en Rusia y Rumania, por ejemplo, pero sobre todo en Hungría y Polonia, el liderazgo de los partidos de la clase trabajadora (excluido el partido revolucionario ruso) está casi exclusivamente en manos de judíos,[4] como lo prueba el examen de los individuos que asisten como delegados a los congresos internacionales. Además, existe una gran exportación espontánea de proletarios judíos desde Rusia, que son líderes de partidos socialistas extranjeros: Rosa Luxemburg y el doctor Israel Helphant (Parvus) fueron a Alemania; Charles Rappoport a Francia; Anna Kulishoff y Angélica Balabanoff a Italia; los hermanos Reichesberg a Suiza; M. Beer y Theodor Rothstein a Inglaterra. Finalmente, para terminar esta larga enumeración, podemos mencionar que entre los líderes más distinguidos de los anarquistas alemanes hay muchos judíos, tales como Gustav Landauer, Siegfried Nacht, Pierre Ramus y Senna Hoj (Johannes Holzmann).

El origen de esta situación predominante (advirtamos que de ninguna manera debe ser considerada como índice de «judaización», como síntoma de dependencia del partido del dinero de los camaradas capitalistas judíos) lo encontraremos, al menos en lo que a Alemania y a los países del este de Europa se refiere, en la posición peculiar que los judíos han ocupado, y en muchos aspectos siguen ocupando. La emancipación legal de los judíos no fue seguida por su emancipación social y moral. En grandes sectores del pueblo alemán predomina el odio a los judíos y el deseo de hostigarlos; el desprecio hacia los judíos es un sentimiento constante. Las oportunidades del judío en la vida pública están muy afectadas: prácticamente se lo excluye de la profesión judicial, de la carrera militar y de los empleos oficiales. Sin embargo en la raza judía sigue prevaleciendo, en todas partes, un antiguo y justificado espíritu de rebelión contra los agravios que padece, y este

4 Menneix, *La France Socialiste*, ed. cit., pág. 69.

sentimiento, idealista en su origen, al animar a los miembros de una raza desapasionada se transforma (más fácilmente que en los individuos de sangre germana) en un repudio desinteresado de la injusticia en general, y se exalta hasta alcanzar el nivel de impulso revolucionario tendiente a un progreso mundial concebido con grandeza.[5] Aun cuando sean ricos, los judíos constituyen, al menos en el este de Europa, una categoría de personas que están excluidas de las ventajas sociales que el sistema político, económico e intelectual predominante asegura al sector correspondiente de la población gentil. La sociedad, en el sentido más estrecho del término, les desconfía, y la opinión pública no los favorece. Además del sentimiento que despierta naturalmente en ellos esta injusticia, muchas veces están afectados por esa tendencia cosmopolita tan desarrollada en los judíos por las experiencias históricas de su raza; ambos factores se combinan para echarlos en los brazos del partido de los trabajadores. Es por estas tendencias que los judíos, guiados en parte por la razón y en parte por consideraciones sentimentales, están tan dispuestos a ignorar las barreras que los burgueses se esfuerzan por levantar contra la creciente marea de la revolución, mediante el cargo de que sus defensores son apátridas.

Por todas estas razones, la inteligencia judía encuentra más corto el camino hacia el socialismo que los gentiles, pero esto no disminuye las obligaciones del partido socialista hacia los intelectuales judíos. Solo hacia los intelectuales, en realidad, pues los judíos que pertenecen a las clases ricas, los comerciantes e industriales, y también los miembros de la pequeña burguesía, aunque a menudo votan a los socialistas en las elecciones, rechazan con firmeza

5 Liebknecht declaró en un discurso: «La esclavitud no solo priva de moral: ilumina la mente, eleva a los más fuertes, crea idealistas y rebeldes. Así encontramos que las naturalezas más potentes y nobles entre los judíos tienen un sentido de libertad y de justicia inspirado por su situación insignificante, y han cultivado un espíritu revolucionario. El resultado es que exista, proporcionalmente, más idealismo entre los judíos que entre los no judíos» (Wilhelm Liebknecht, *Ueber den Kölner Parteitag mit besonderer Berucksichtigung der Gewerkschaftsbewegung*, Bielefeld: Buchdruckerei Volkswacht, 1893, pág. 33). Con respecto a las tendencias revolucionarias idealistas y fanáticas del judaísmo, vea también el lector el brillante análisis de Guglielmo Ferrero en *L'Europa giovane*, Milán: Treves, 1897, págs. 358 y sigs.

la adhesión al partido socialista. Aquí prevalecen los intereses de clase sobre los de la raza. Es muy diferente lo que ocurre con los intelectuales judíos: una encuesta estadística podría demostrar, con seguridad, que no menos de 2 ó 3 por ciento de éstos son miembros del partido socialista. Si el partido socialista manifestó siempre una resistencia indudable al sentimiento antisemita, esto obedeció no solo a la aversión teórica socialista por todo «nacionalismo» y todo prejuicio racial, sino también a la conciencia de todo lo que el partido debe a los intelectuales judíos.

El «socialismo antisemita» hizo su primera aparición hacia 1870. Eugen Dühring, en esa época *Privatdozent* en la Universidad de Berlín, inauguró una cruzada en favor de un socialismo «germánico», opuesto al socialismo «judío» de Marx y sus colaboradores.[6] Este movimiento estaba inspirado por motivos patrióticos, pues Dühring sostenía que la victoria del socialismo marxista no podía dejar de determinar una subordinación completa del pueblo al Estado, para ventaja de los judíos prominentes y sus acólitos.[7] Hacia 1875 Dühring fue el centro de un pequeño grupo de socialistas berlineses, de los cuales Johann Most y el judío Eduard Bernstein eran miembros. La influencia de este grupo, sin embargo, no sobrevivió a la gran polémica que Dühring debió sostener con Friedrich Engels, el hermano espiritual de «Marx, el Judío».[8] La influencia de Dühring sobre las masas socialistas declinó, en realidad, en la misma proporción que se acentuó su antisemitismo, y hacia 1878 se extinguió. En 1894 hubo otro intento de imprimir una tendencia antisemita al socialismo, obra de Richard Calwer, otro socialista con ideas muy nacionalistas, que en esa época pertenecía a la redacción del *Braunschweiger Volksfreund*. «Por cada buen escritor judío —declaraba—, encontraremos al menos media docena que carecen de valor, pero que poseen un extraordinario poder de autoafirmación y una locuacidad inagotable; éstos, sin embargo, no comprenden para nada el socia-

6 *Cf.* Eugen Dühring, *Kritische Geschichte der Nationalœkonomie u. der Sozialismus*, Berlín: Th. Grieben, 1871, págs. 589 y sigs.

7 Eugen Dühring, *Sache, Leben u. Feinde*, Carlsruhe, 1882, pág. 307.

8 *Cf.* la obra de Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, publicada por primera vez, en 1877, en *Vorwärts*, de Leipzig.

lismo.» [9] La campaña de Calwer no tuvo, empero, mejor fortuna que la de Dühring. Un año antes, cuando el antisemitismo de la pequeña burguesía se extendía por el país como movimiento anticapitalista que, originado dentro de un partido político, hacía sus víctimas en todas partes, el congreso de Colonia, reunido en octubre de 1893, tomó una posición definida respecto de este nuevo movimiento. El informe de Bebel (anticipado con satisfacción en círculos antisemitas), aunque lejos de agotar el tema, estaba inspirado en toda su extensión por un amistoso sentimiento hacia los judíos. Bebel decía: «El estudiante judío suele mostrarse muy laborioso durante gran parte de su carrera universitaria, en tanto que el estudiante "germánico" por lo común pasa su tiempo en los bares y restaurantes, en las escuelas de esgrima o en otros lugares que prefiero no especificar aquí en particular» (risas).[10] Wilhelm Liebknecht, en su conocido discurso de Bielefeld,[11] confirmó notablemente la impresión hostil hacia el antisemitismo producida por el congreso. Desde entonces (si exceptuamos ciertas observaciones formuladas en el congreso de Lübeck, en 1901, por el abogado Wolfgang Heine en una polémica contra Parvus y Rosa Luxemburg,[12] observaciones torpes, que no expresaban principio alguno y eran, en el peor de los casos, tontas reminiscencias de su juventud del *Verein deutscher Studenten*), los socialistas alemanes fueron inmunes al virus del odio racial y nunca se preocuparon cuando sus ignorantes adversarios se esforzaban por suscitar un prejuicio popular contra ellos calificándolos como un partido de «judíos y sus satélites».

Cabría agregar aquí algunas observaciones relativas a la adhesión frecuente al socialismo de miembros de la plutocracia, adhesión que a primera vista parece tan extraña. Ciertas personas de disposición generosa y caritativa, poseedoras de cuanto puede satisfacer sus deseos, a veces están inspiradas por la necesidad de emprender actividades propagandísticas. Desean, por ejemplo, hacer que sus vecinos compartan el bienestar que ellos disfrutan. Son los filántropos ricos. En casi todos los casos su

9 R. Calwer, *Das Kommunistische Manifest*, Brunswick: Günther, 1894, pág. 41.
10 «Protokoll», pág. 234.
11 Citado antes, pág. 56.
12 «Protokoll», pág. 195.

conducta es el fruto de la hipersensibilidad o sentimentalismo; no pueden soportar los sufrimientos de los demás, no tanto porque experimenten compasión genuina hacia los que sufren, sino porque los suspiros de dolor engendran dolor en ellos y chocan contra su sentido estético. En eso se parecen a la mayoría de los seres humanos, que no pueden soportar la matanza de pichones, pero cuyos sentimientos a este respecto no les impiden saborear un *pigeon-pie*.

En la mente enferma de ciertas personas, cuya riqueza solo es superada por su amor a la paradoja, ha surgido la creencia fantástica de que, ante la inminencia de la revolución, solo pueden preservar su fortuna de la furia confiscatoria de los revolucionarios haciendo profesión de fe socialista, y ganando así la amistad poderosa y útil de sus líderes. Esta creencia ingenua es la que los ha arrojado en brazos de los socialistas. Otros individuos de fortuna se apresuran a enrolarse como miembros del partido socialista ante el miedo de que sus vidas puedan estar amenazadas por la exasperación de los pobres.[13] Con más frecuencia, sin embargo, como bien lo demostró Bernard Shaw, el hombre rico va hacia el socialismo porque encuentra las mayores dificultades posibles en procurarse nuevos placeres. Comienza a sentir disgusto hacia el mundo burgués, y esto puede terminar con su conciencia de clase, o al menos suprimir el instinto que hasta entonces lo llevó a luchar por su autoconservación, contra el proletariado.[14]

Es un fenómeno muy notable la proporción de judíos rentistas que se hacen miembros del partido socialista. En parte, esto puede obedecer a las características raciales del judío, a las que ya hemos hecho referencia. En parte, sin embargo, es el fruto de peculiaridades psicológicas de los hombres ricos que padecen por la saciedad. En algunos casos, también, lo explica el espíritu adquisitivo característico de los judíos, allí donde ven la posibilidad de

13 «¡Oh plutócratas, una solidaridad de origen celestial os encadena a la miseria de ellos [la miseria del proletariado] por el miedo, y os encadena por vuestro propio interés, a su futura liberación!» (Traducido de Louis Blanc, *Organisation du travail*, ed. cit., pág. 25.)

14 Bernard Shaw, *Socialism for Millionaires*, Londres: Fabian Society, 1901.

hacer una buena inversión de capital, aunque sea en empresas de la clase trabajadora.
Sin embargo, podemos decir sin temor de equivocarnos, que la gran mayoría de los jóvenes burgueses que van hacia el socialismo lo hacen, para citar una expresión usada por Felice Momigliano, con perfecta sinceridad e inspirados por ardiente buena voluntad. No buscan la aprobación popular, ni la fortuna, ni las distinciones, ni los puestos bien pagados. Piensan solo que el hombre debe estar en paz con su propia conciencia y debe afirmar su fe con la acción.
Estos hombres, repitámoslo, son clasificables en dos categorías diferentes: por una parte tenemos los apóstoles bondadosos de amplias simpatías, que quieren abrazar a toda la humanidad en su ideal. Por la otra tenemos a los fanáticos vehementes, rigurosos, austeros e intransigentes.
Pero entre los socialistas de origen burgués encontramos otros elementos menos agradables: por sobre todo, están los que hacen una profesión del descontento, los neurasténicos y los *mauvais coucheurs*. Sin embargo son más numerosos los disgustados por motivos personales, los charlatanes y los ambiciosos. Muchos odian la autoridad del Estado porque es inaccesible para ellos. Es la vieja fábula de la zorra y las uvas. Los mueven los celos y una sed insaciable de poder; sus sentimientos se parecen a los de los hijos menores de las grandes familias, que alientan odio y envidia hacia sus hermanos más ricos y más afortunados. Los anima un orgullo que les hace preferir la condición de jefes en la Galia proletaria a la de súbditos de la aristocrática Roma. Hay también otros tipos semejantes a los que acabamos de enumerar: ante todo están los excéntricos; parece natural que aquellos cuya posición es baja procuren tomar por asalto las alturas, pero hay quienes tienen posiciones elevadas y experimentan, sin embargo, una necesidad irresistible de descender de las alturas, donde sienten que sus movimientos están trabados, y creen que si descienden lograrán mayor libertad. Procuran «sinceridad»; se esfuerzan por descubrir «al pueblo», al que idealizan en su mente; son idealistas hasta el delirio.
Podríamos agregar aun a los desilusionados e insatisfechos que no han conseguido llamar la atención de la burguesía en medida proporcional a su supuesta genialidad.

Esas personas se echan al cuello del proletariado, en casi todos los casos, con la esperanza difusa e instintiva de alcanzar un triunfo más rápido gracias a la cultura deficiente de las clases trabajadoras, de conquistar un puesto en primer plano, y desempeñar el papel protagónico. Son visionarios, genios incomprendidos, apóstatas de toda especie, literatos bohemios, inventores no reconocidos de varias panaceas sociales, *ratés*, *rapins*, *cabotins*, charlatanes de feria, bufones: ninguno de ellos piensa en educar a las masas, sino en cultivar su propio ego.

El crecimiento numérico del partido, paralelo a su prestigio creciente (en la estima popular, al menos, si no en el concepto oficial), ejerce una gran fuerza de atracción. En países tales como Alemania, sobre todo, donde el espíritu gregario está muy desarrollado, los partidos pequeños están condenados a una existencia restringida y raquítica; pero muchos burgueses creen que «encontrarán en el gran partido socialista lo que no han podido encontrar en los partidos burgueses»: una plataforma adecuada para la actividad política en gran escala. Por esta razón, y sobre todo cuando los partidos pasan de la oposición a la colaboración gubernamental, hay un gran aumento de quienes consideran que el partido es buen medio para sus propios fines: un pedestal desde cuya elevación pueden satisfacer mejor su ambición y su vanidad, porque piensan que el triunfo no es una meta que hay que alcanzar para bien de la causa, ni como recompensa a los arduos servicios prestados para el logro del ideal, sino algo codiciado para engrandecer la personalidad. Como bien lo ha dicho Arcoleo, nos horroriza el triunfo de esas personas, porque sería igual que soltar bestias salvajes hambrientas, mas si lo pensamos mejor descubrimos que, después de todo, no son más que moluscos insaciables, pero inofensivos al fin de cuentas. Estas consideraciones son tan aplicables a las cuestiones ínfimas como a las grandes. Dondequiera que el partido de los trabajadores funda una sociedad cooperativa o un banco popular que ofrece un ingreso seguro a los intelectuales, y una posición de influencia, acuden a la escena muchos socialistas profesionales que están faltos por igual de verdadero conocimiento socialista y auténtico sentimiento socialista. En la democracia, como en cualquier otra parte, el éxito significa la muerte del idealismo.

3. Cambios sociales que son consecuencia de la organización

Los cambios sociales que produce la organización entre los elementos del proletariado, y las alteraciones que ocurren en el movimiento proletario debidas a esas nuevas influencias que la organización acerca a su órbita, son resumibles en el término acostumbrado y amplio de *aburguesamiento* de los partidos de la clase trabajadora. Este aburguesamiento es el fruto de tres órdenes de fenómenos muy diferentes: 1) la adhesión de los pequeños burgueses a los partidos proletarios; 2) la organización de los trabajadores, y 3) la defensa capitalista, considerados estos dos últimos fenómenos como originadores de nuevos estratos en la pequeña burguesía.

1. *La adhesión de los pequeños burgueses a los partidos proletarios*

Por motivos fundamentalmente electorales, el partido de los trabajadores procura el apoyo de elementos de la pequeña burguesía de la sociedad, y esto da origen a reacciones más o menos amplias sobre el propio partido. El partido del trabajo llega a ser el partido «del pueblo». Sus apelaciones ya no se dirigen solo a los trabajadores manuales sino «a todos los productores», «a la población trabajadora en su totalidad», conceptos aplicables a todas las clases y estratos de la sociedad, excepto a los ociosos que viven de los dividendos de sus inversiones. Tanto los amigos como los enemigos del partido socialista han señalado muchas veces que los miembros pequeño-burgueses tienden cada vez más a predominar sobre los trabajadores manuales. Durante las luchas desatadas a principios de 1890 en el partido socialista alemán contra los llamados «jóvenes», la aseveración de que durante los últimos años había tenido lugar una trasposición completa del

poder dentro del partido ocasionó una verdadera tempestad. Una parte afirmaba que los elementos proletarios eran cada vez más desplazados por los pequeños burgueses. El otro sector repudiaba esta acusación como «calumniosa». Una de las generalizaciones mejor establecidas que encontramos en el estudio de la historia es ésta: que los partidos políticos, aun cuando aboguen por ideas morales y sociales de importancia profunda, encuentran muy difícil tolerar la expresión de verdades inconvenientes. Hemos visto que las investigaciones más desprejuiciadas pueden aparecer como el fruto de una tendencia capciosa a señalar defectos. Sin embargo, lo cierto es que un análisis objetivo y esclarecedor del tema nos lleva a reconocer la sinrazón de quienes se limitan a negar de plano el aburguesamiento del partido socialista, y también la de aquellos que se limitan a cantar loas al gran partido socialista pequeño-burgués. Ninguna de esas concepciones es sólida. Actúan procesos demasiado complejos para resolverlos con fáciles frases hechas.

Acaso haya ocurrido alguna vez (aunque carecemos de pruebas estadísticas) que en el sur de Alemania, en ciertos sectores socialistas, y aún más en ciertos congresos partidarios, la pequeña burguesía, aunque no predominara numéricamente, quizás ejerciera una influencia preponderante. Cabe aun admitir que en ciertas condiciones la fuerza de los elementos de la pequeña burguesía y el respeto que se les tiene, puedan comprometer la esencia proletaria del partido. Hasta un marxista tan rígido como Karl Kautsky opina que «en el terreno político» los socialistas deben oponerse a fundar sociedades cooperativas dondequiera que los pequeños comerciantes ofrezcan —como suele suceder— un campo favorable de reclutamiento para el socialismo.[1]

En todas partes donde ha sido posible analizar la composición del partido socialista y determinar las clases y las profesiones de sus adherentes se ha encontrado, en general, que los elementos de la burguesía y de la pequeña burguesía, aunque bien representados, estaban lejos de ser numéricamente preponderantes. Las estadísticas oficiales del partido socialista italiano presentan las cifras siguien-

1 Karl Kautsky, «Der Parteitag von Hannover», *Neue Zeit*, año XVIII, nº 1.

tes: trabajadores industriales, 42,27 por ciento; trabajadores agrícolas, 14,99 por ciento; campesinos propietarios, 6,1 por ciento; artesanos independientes, 14,92 por ciento; empleados, 3,3 por ciento; propietarios, 4,89 por ciento; estudiantes y miembros de las profesiones liberales, 3,8 por ciento.[2] Con respecto al partido socialista alemán, el autor ha demostrado en otra publicación[3] que en todos los sectores la proporción de proletarios es aún mayor que en Italia, y va desde 77,4 por ciento hasta 94,7 por ciento. Cabe aún decir, con Blank, que si hay un partido donde predomina el elemento proletario, es en el partido socialista alemán; no con respecto a la fuerza electoral,[4] sino fundamentalmente con respecto a los miembros inscriptos. Esta homogeneidad social es lo que hace que el partido socialista sea una fuerza electoral tan grande, pues le da una cohesión desconocida en los otros partidos políticos, y en especial en los otros partidos del liberalismo izquierdista alemán, que han sido siempre (al menos desde la unificación del Imperio) una mezcla abigarrada de clases, unidas no tanto por las necesidades económicas como por objetivos e ideales comunes. El socialismo, en cambio, obtiene su material humano de la única clase que, debido a sus particulares condiciones económicas y sociales y a su magnitud, posee el mayor vigor posible para la lucha dirigida a derribar el viejo orden e instalar otro nuevo en su lugar. Tiene que ser ciego quien no reconozca que el manantial que alimenta al partido socialista en Alemania, manantial que no muestra signos de extinción, es el proletariado: la clase de los trabajadores asalariados.

Por eso es preciso escuchar con muchas reservas las afirmaciones de esos socialistas y radicales burgueses anarquizantes que acusan al partido socialista de «aburguesamiento» porque tiene cierto número de pequeños fabricantes y pequeños comerciantes.

2 Michels, *Proletariato e Borgheria* . . . , ed. cit., pág. 136.
3 Michels, «Die deutsche Sozialdemokratie. Parteimitgliedschaft u. sozials Zusammensetzung», *Archiv f. Sozialwiss.*, vol. XXIII, págs. 471-559.
4 R. Blank, «Die soziale Zusammensetzung der sozialdemokratischen Wählerschaft Deutschlands», *Archiv f. Sozialwiss.*, vol. XX, fasc. 3; pero el autor se equivoca al extraer la conclusión (pág. 535) «de que la democracia social alemana no es un partido de clase en lo que a su composición se refiere». Debió haber dicho, «en lo que se refiere a la composición del electorado socialista».

El aburguesamiento del partido es un hecho incuestionable, pero encontraremos sus causas en un proceso muy diferente del ingreso de unos pocos centenares de miembros de la clase media en la organización del proletariado militante. La principal de estas causas es la metamorfosis que ocurre en los líderes originarios de la clase trabajadora, con el aburguesamiento consiguiente de toda la atmósfera en que se desenvuelven las actividades políticas del partido.[5]

2. *La organización de los trabajadores como creadora de nuevos estratos en la pequeña burguesía*

La lucha de clases, por la acción de los órganos correspondientes, induce modificaciones y metamorfosis sociales en el partido que nació para organizar y fiscalizar la lucha. Ciertos grupos de individuos, insignificantes en número pero de gran importancia cualitativa, abandonan la clase proletaria y son elevados a la dignidad de burgueses. Donde, como en Italia, el partido de los trabajadores tiene una proporción muy grande de burgueses, casi todos los puestos de que dispone están en manos de intelectuales. En Inglaterra, en cambio, y más aún en Alemania, esto es diferente: la demanda de empleados por parte del movimiento socialista es satisfecha con gente de la masa. En estos países el liderazgo del partido está principalmente en manos de trabajadores, como lo demuestra la tabla siguiente:

GRUPO SOCIALISTA EN EL REICHSTAG, 1903 A 1906

Origen		*Profesión*	
I. Intelectuales y burgueses	13	I. Profesionales	17
II. Pequeños burgueses	15	II. Trabajadores independientes	2
		Fabricantes	1
		Editores	2
		Burgueses	5

5 Parvus escribe: «Existe confusión entre dos cosas diferentes: las existencias pequeño-burguesas creadas por el movimiento parti-

Origen		*Profesión*	
III. Proletarios:		III. Pequeños burgueses:	
Textiles	3	Posaderos	6
Tabacaleros	8	Artesanos independientes y empleadores	6
Impresores	7	Pequeños comerciantes	3
Sastres	3	Pequeños fabricantes	5
Sopladores de vidrio	2	Dueños de imprentas	4
Albañiles	1	*Pequeños burgueses*	24
Litógrafos	1		
Canasteros	1	IV. Empleados en el movimiento laboral	35
Guanteros	1		
Talabarteros	1		
Picapedreros	1		
Torneros	1		
Tejedores de alfombras	1		
Zapateros	1		
Carpinteros	10		
Encuadernadores	1		
Mineros	2		
Metalúrgicos	6		
Escoberos	1		
Alfareros	1		
Trabajadores manuales	53		

	%		%
13 intelectuales y burgueses	16,05	17 profesionales	20,99
15 pequeños burgueses	18,52	5 burgueses	6,17
54 proletarios (*obreros especializados*)	65,43	24 pequeños burgueses	29,63
		35 empleados	43,21

dario, y el ingreso de elementos de la pequeña burguesía en el partido. Debieran ser consideradas por separado» (Parvus, «Die Gewerkschaften und die Sozialdemokratie Kritischer Bericht über die Lager u. die Aufgaben der deutschen Arbeiterbewegung», 2ª ed., *Sächs. Arbeiterzeitung*, Dresde, 1896, pág. 65).

En consecuencia, el ingreso en la jerarquía partidaria es una meta que concita la ambición proletaria.
Un ex miembro del partido socialista alemán que, hace pocos años, después de haber entrado al servicio de uno de los partidos burgueses, se entretenía haciendo caricaturas de sus antiguos camaradas, declaró que la organización del partido, en su totalidad, con sus diversos grados de actividad propagandística, estaba «cortada según el modelo militar», y que sus miembros eran «ascendidos por antigüedad».[6] En esto hay, al menos, tanta verdad como en la afirmación de Abel, de que todos los miembros del partido tenían la posibilidad abierta de un avance gradual, y que todos podían esperar, si las circunstancias se mostraban excepcionalmente favorables, el ascenso a las alturas olímpicas de una banca en el Reichstag.
Los líderes proletarios de los partidos socialistas y de los gremios son un producto indirecto de la gran industria. En los albores de la era capitalista ciertos obreros, más inteligentes y ambiciosos que sus camaradas, lograron, mediante esfuerzos infatigables y gracias a que las circunstancias los favorecieron, elevarse hasta la clase de los empleadores. Hoy, no obstante, ante la concentración de empresas y riquezas y el alto costo de la producción, solo encontramos esa transformación en algunos lugares de la América del Norte y del Sur (lo cual explica —digámoslo al pasar— el desarrollo insignificante del socialismo en el Nuevo Mundo). En lo que a Europa se refiere, donde ya no hay suelo virgen para explotar, el *self-made man* ha llegado a ser una figura prehistórica. De esta manera es natural que los obreros esclarecidos procuren alguna compensación por el paraíso perdido de sus sueños. Hoy son muchos los obreros cuyas energías y aptitudes no son plenamente aprovechadas en el estrecho círculo de sus ocupaciones profesionales, a menudo carentes por completo de interés, y que solo exigen un trabajo mecánico.[7] En el movimiento laborista moderno, principalmente, es donde esos hombres procuran ahora obtener la oportunidad de mejorar su situación: oportunidad que la industria ya no les ofrece. El movimiento representa para

6 Abel, citado por *Vorwärts*, agosto 5, 1904.
7 Heinrich Herkner, *Die Arbeiterfrage*, ed. cit., pág. 186; y en lo referente a Italia, Angelo Mosso, *Vita moderna degli Italiani*, Milán: Treves, 1906, págs. 249, 262-63.

ellos un modo de vida nuevo y más elevado, y les ofrece al mismo tiempo otra forma de empleo, con la posibilidad, que aumenta continuamente a medida que crece la organización, de conseguir elevarse poco a poco en la escala social. Es indudable que el partido socialista, con sus puestos de honor casi siempre retribuidos, ejerce un estímulo potente sobre los jóvenes de mentalidad activa de la clase trabajadora, desde el primer momento de su adhesión a las filas. Los que son hábiles en cuestiones políticas, y también aquellos obreros dotados de talento como escritores u oradores, no pueden dejar de experimentar la influencia magnética de un partido que ofrece un campo tan rico para la aplicación y el desarrollo de sus aptitudes. En consecuencia, debemos aceptar como una verdad lógica lo señalado por Guglielmo Ferrero, en el sentido de que si bien la adhesión de cualquier sujeto de origen proletario al partido socialista supone siempre un mínimo de aptitudes especiales y circunstancias favorables, esa adhesión ha de ser considerada como algo deseable y ventajoso, no solo por motivos ideales y de egoísmo de clase, sino también por especulaciones vinculadas con el egoísmo personal. Para un obrero alemán inteligente es difícil que haya otro camino que le ofrezca oportunidades tan rápidas de «mejorar su condición» como el servicio en las filas socialistas.[8] Una de las primeras personas que reconoció la importancia de estas posibilidades y las utilizó, con considerable exageración partidaria, en beneficio de sus propios fines políticos, fue el príncipe Bismarck. Durante la violenta lucha entre el gobierno y el partido socialista declaró: «La situación del agitador socialista ha llegado a ser hoy una industria regular, como cualquier otra. Un hombre se hace agitador y orador popular como antes se hacía herrero o carpintero. Quien adopta esta nueva ocupación con frecuencia gana mucho más que si se hubiera mantenido en su antiguo trabajo, conquista una vida más agradable y libre, y encuentra mucho mayor respeto en ciertos círculos.» [9] La alusión a la vida agradable y libre del agitador socialista recuerda una frase empleada por Guillermo II, quien, a propósito

8 Guglielmo Ferrero, *L'Europa giovane*, ed. cit., págs. 72 y sigs.
9 Discurso en el Reichstag, del 9 de octubre de 1878. *Cf. Fürst Bismarck's Reden mit verbind geschichtlicher Darstellung von Philipp Stein*, Leipzig: Reclame, vol. VIII, pág. 110.

del *affaire* Krupp, habló de los «seguros matorrales» desde donde los editores socialistas podían disparar, cuidadosamente dirigidas, sus flechas de la calumnia. La crítica del emperador es injusta, pues el editor socialista que se aparta de la verdad está siempre expuesto al riesgo del enjuiciamiento y el castigo. Fue Bismarck quien mejor dio en el clavo.

Un partido gigantesco y magníficamente organizado como el partido socialista alemán requiere un aparato no menos gigantesco de editores, secretarios, tenedores de libros y muchos otros empleados, cuya única tarea es servir a esta máquina colosal. *Mutatis mutandis*, lo mismo podemos decir de otro gran sector del movimiento de la clase trabajadora: las organizaciones de los gremios. Por las razones que analizamos antes, muy pocos burgueses desertan de su clase para ponerse al servicio del movimiento laborista alemán. Por ende, casi todos los puestos son cubiertos por hombres cuyo origen está en la clase trabajadora, quienes con su esfuerzo y estudio han logrado ganar la confianza de sus camaradas. Cabe decir, así, que existe una élite proletaria que surge espontáneamente por un proceso de selección natural dentro del partido socialista, y que sus miembros llegan a desempeñar funciones totalmente diferentes de las que habían ejercido en un principio. Para usar una frase que es oportuna y comprensible, a pesar de su falta de precisión científica, podemos decir que esos hombres han abandonado el trabajo manual para realizar trabajo intelectual. Tienen muchas ventajas los que realizan ese cambio, aparte de las ventajas propias del trabajo intelectual, si se lo compara con el trabajo manual. El obrero manual que se hace funcionario del partido socialista ya no está en situación de dependencia mercenaria ni estrictamente personal respecto de su empleador o del gerente de la fábrica; es un hombre libre, comprometido en un trabajo intelectual para una empresa impersonal. Además, tiene un vínculo con esta empresa, no solo por sus mayores intereses materiales, sino también por los potentes lazos del ideal y de la solidaridad en la lucha. A pesar de algunas excepciones que pueden introducir confusión en la mente de los profanos, el trato es mucho más humano del que le dispensa un empleador privado. En relación con el partido, ese empleado no es un simple asalariado sino, más bien, un socio que parti-

cipa de las ganancias; por supuesto que no en el sentido del accionista industrial, pues el partido no es una empresa comercial que rinda dividendos: sus beneficios son en este caso de tipo ideal. Esto no significa que el empleado del partido gane su pan en la forma más agradable del mundo. Por lo contrario, como hemos dicho en capítulos anteriores, el pan de cada día (que con raras excepciones, no es exageradamente abundante), hay que ganarlo mediante la realización de una cantidad enorme de trabajo, que mina antes de tiempo la salud y la energía. Sin embargo, el antiguo obrero manual puede vivir con dignidad y desahogo relativo. Por tener un salario fijo, su puesto es más seguro, y aunque exteriormente más tormentoso, por dentro más tranquilo que el del asalariado común. Si fuera encarcelado, el partido se preocuparía por él y las personas de su familia, y cuanto más frecuentes sean sus enjuiciamientos, tanto mejores serán sus probabilidades de un rápido ascenso en la carrera de funcionario socialista, con todas las ventajas propias de esa situación.

Aquí podríamos considerar una cuestión interesante: ¿Cuál es la proporción numérica entre la burocracia socialista y las masas organizadas? ¿Cuántos camaradas hay por cada funcionario del partido? Si incluimos dentro del término «oficial» a todos los funcionarios del partido en las comunas, etc., casi todos los cuales son honorarios y no reciben paga, a veces llegamos a resultados sorprendentes. Por ejemplo, la organización socialista del gran ducado de Baden, con 7.332 miembros (en 1905), tenía más de 1.000 consejeros municipales.[10] De acuerdo con estas cifras, uno de cada siete miembros del partido de Baden tenía el honor de ser su representante. Este ejemplo, sin embargo, fue citado por el ejecutivo en su informe al congreso de Jena, precisamente por su dosis de anormalidad. Aunque pudo no ser único en el sur de Alemania, no tiene relación real con la cuestión que estamos considerando, que es la relación numérica entre los miembros inscriptos y los empleados del partido, en el estricto sentido del término, considerados como un grupo de personas comprometidas en forma permanente y directa al servicio de la colectividad. Las cifras siguientes dan alguna idea

10 *Protokoll d. Verhandl d. Parteitags zu Jena*, 1905, pág. 16.

de esta proporción. Según una noticia que en 1904 circuló por la prensa socialista alemana,[11] el partido empleaba en ese momento, además de las 1.476 personas de las imprentas partidarias (alrededor de dos tercios de las cuales disfrutaban de los beneficios de la jornada de ocho horas, y muchas de ellas también del derecho a vacaciones periódicas), 329 personas que trabajaban en el cuerpo editorial y como agentes distribuidores. La prensa socialista cotidiana tenía en 1909 una circulación de un millón de ejemplares, en tanto que las publicaciones semanales de los gremios por lo general contaban con una circulación mucho mayor.[12] Tanto en éstos como en el partido socialista el número de empleados pagos aumenta rápidamente. Los primeros líderes designados y retribuidos en forma regular en el movimiento laborista europeo, fueron los funcionarios nombrados en 1840 por la *English Ironfounders' Society* (Sociedad Inglesa de Fundiciones de Hierro). Hoy las organizaciones gremiales del Reino Unido tienen más de mil empleados asalariados.[13] En Alemania, en el año 1898, el número de funcionarios de los gremios era 104; en 1904 era 677, de los cuales 100 pertenecían a los metalúrgicos y 70 al gremio de ladrilleros y albañiles. El aumento de funcionarios se aceleró, no solo por el aumento firme del número de miembros, sino también por la complejidad creciente de los beneficios ofrecidos por las organizaciones. En casi todas las sesiones de los ejecutivos centrales hubo debates para determinar la designación de nuevos funcionarios, indispensables por la diferenciación creciente de las funciones de los gremios. Siempre encontramos quienes abogan por la creación de nuevos puestos especializados en el movimiento laboral, para llenar nuevos cargos técnicos, para seguir estando a la vanguardia de los nuevos descubrimientos y adelantos en los métodos de fabricación, para comprobar el rendimiento de los empleados fabriles, para actuar como economistas y compilar estadísticas comerciales.

Durante los últimos años se puso de manifiesto esta misma tendencia en el partido socialista alemán. De

11 *Mitteldeutsche Sonntagszeitung*, XI, nº 14.
12 Karl Kautsky, «Der Weg zur Macht, *Vorwärts*, Berlín, 1909, pág. 56.
13 Fausto Pagliari, *Le Organ. e i loro Impiegati*, ed. cit., págs. 8-9.

acuerdo con el informe del ejecutivo para el año 1909, muchas organizaciones de distrito emplean ahora secretarios asalariados. El número de secretarías de distrito es 43, en tanto que en un solo año el número de secretarías de comités electorales ascendió de 41 a 62. Hay una sociedad de ayuda mutua para los funcionarios del partido socialista y de los gremios, cuyo número de asociados aumenta constantemente. En 1902 ascendía a 433; en 1905, a 1.095; en 1907, a 1.871; y en 1909, a 2.474. Pero debe haber sin duda funcionarios que no pertenecen a ella. Cuando el obrero abandona el trabajo manual por el intelectual, sufre otra transformación que afecta a toda su existencia: abandona gradualmente al proletariado para convertirse en un miembro de la pequeña burguesía. Al principio, como ya hemos visto, hay más de un cambio en su situación profesional y económica. Los sueldos pagados por el partido, aunque modestos, son mayores que el jornal medio que el obrero ganaba antes de entrar a la burocracia socialista, y están calculados para permitirle llevar la vida del pequeño burgués. En uno de los congresos socialistas alemanes, Wilhelm Liebknecht apostrofó a los otros líderes en los siguientes términos: «Casi todos sois aristócratas entre los obreros, quiero decir, aristócratas por vuestros ingresos. Los obreros del Erzgebirge o los tejedores de Silesia consideran vuestros salarios como las ganancias de un Creso.»[14] Es verdad, al menos en la mayor parte de los casos, que la carrera del empleado del partido o del gremio no transforma efectivamente al antiguo obrero manual en un capitalista; sin embargo esta carrera determina una elevación notable en el obrero por encima de la clase a la que originariamente perteneció, y en Alemania hay un término preciso —*gehobene Arbeiterexistenz* (una vida de trabajador, en una escala más alta)— para designar la existencia que llevan esas personas. El propio Marx no vacilaba en clasificar a los líderes de la clase trabajadora en dos categorías: *höherklassige* (trabajadores de una clase superior, trabajadores intelectuales) y *Arbeiter* (obreros manuales propiamente dichos).[15] Como demostraremos con mayores detalles en un capítulo posterior, el obrero manual de épocas anteriores se hacía

14 *Protokoll des Parteitags zu Berlin*, 1892, pág. 122.
15 Karl Marx, *Briefe u. Auszüge*..., ed. cit., pág. 159.

pequeño burgués, o aun burgués. Además de esta metamorfosis y a pesar de su contacto frecuente con la masa de los trabajadores, experimentaba una transformación psicológica profunda. El funcionario pago, que vivía en un nivel social superior, no siempre tenía la fuerza moral para resistir las seducciones de su nuevo medio. Su educación política y social rara vez sería suficiente para inmunizarlo contra las nuevas influencias. August Bebel reiteradas veces llamó la atención del partido hacia los peligros que acechaban a los líderes: los riesgos de su pureza de clase y de su unidad de pensamiento. Los funcionarios proletarios del partido, decía, son «personas cuya vida está establecida sobre bases relativamente firmes».[16]

Un examen más minucioso demostrará que el fenómeno que aquí consideramos tiene una significación social profunda, y que ni dentro ni fuera del partido ha recibido hasta ahora la atención que merece. Para los obreros alemanes el movimiento laborista tiene una importancia análoga a la que tiene la Iglesia Católica para ciertos sectores de la pequeña burguesía y de la población rural. En ambos casos tenemos una organización que brinda oportunidades a los miembros más inteligentes de ciertas clases, para conquistar un ascenso en la escala social. En la Iglesia, los hijos de los campesinos logran, a menudo, conquistar una posición social más alta, cuyo equivalente en todas las otras profesiones liberales sigue siendo monopolio de los miembros de la aristocracia de cuna o de fortuna. Nadie de cuna campesina llega a general ni a prefecto, pero no son pocos los campesinos que llegan a obispos. El papa Pío X era de origen campesino. Hoy, lo mismo que la Iglesia ofrece a los campesinos y pequeños burgueses —la posibilidad de ascender en la escala social—, lo ofrece el partido socialista a los obreros manuales inteligentes.

Como fuente de transformación social, el partido socialista tiene muchas afinidades con otra institución, a saber, la organización militar prusiana. El hijo de una familia burguesa que elige una carrera militar permanente, se transforma en un extraño para su propia clase. Si alcanzara una graduación alta recibiría un título del emperador. Pierde

[16] August Bebel, al hablar en el congreso de Dresde, 1903. «Protokoll über die Verhandlungen des Parteitags», *Vorwärts*, Berlín, 1903, pág. 230.

sus características burguesas y adopta los usos y opiniones de su nuevo medio feudal. Es verdad que estos oficiales militares no hacen sino manifestar la tendencia de llegar a la «nobleza» característica de toda la burguesía,[17] pero en este caso el proceso se acelera mucho y se realiza con plena conciencia de sus consecuencias. Todos los años cientos de jóvenes de los estratos superior y medio de la clase burguesa se hacen oficiales del ejército, simplemente por el deseo de procurarse una situación más alta o mayores consideraciones sociales. En el partido socialista suele ocurrir algo semejante como resultado de la necesidad: la metamorfosis social del individuo es independiente de la voluntad. Pero en definitiva el efecto es similar.

De esta manera el partido socialista procura un ascenso de ciertos estratos de la clase trabajadora. Cuanto más amplio y complicado es su mecanismo burocrático, tanto más numerosos son los que gracias a él se elevan por encima de su condición social original. La tarea involuntaria del partido socialista es desproletarizar: quitar al proletariado algunos de sus miembros más capaces y mejor informados. Hoy, de acuerdo con la concepción materialista de la historia, la metamorfosis social y económica representa cada vez más una metamorfosis en el campo de las ideas. La consecuencia es que en muchos de los antiguos obreros este aburguesamiento se realiza muy rápido. Naturalmente, el cambio es menos acelerado en proporción, a medida que la teoría socialista tiene raíces más profundas en la mentalidad del individuo. Son muchos los obreros manuales que a pesar de haber alcanzado una posición social y económica más alta, conservan durante toda su vida una adhesión profunda a la causa socialista. En estos casos, el antiguo obrero manual —tal como el socialista ex burgués— es un «ideólogo», pues su mentalidad no corresponde a su puesto en la sociedad. A veces, también, la metamorfosis psicológica que estamos considerando resulta inhibida, por así decirlo, por una mentalidad socialista heredada, firme y vigorosa: vemos que los hijos y los nietos siguen a sus progenitores como comba-

17 Franz Mehring: «Es desalentador que en un momento en que el ejército no puede existir sin el dinero burgués y la inteligencia burguesa, la juventud burguesa no tenga ambición superior a la de abrirse camino hacia el castillo feudal» («Der Krieg gegen die Troddeln», *Leipziger Volkszeitung*, XI, nº 4).

tientes decididos en favor del partido de los trabajadores, pese a la elevada situación alcanzada por ellos. La experiencia nos muestra, no obstante, que esos casos son excepcionales. Aun cuando el socialista desproletarizado siga abogando con sinceridad en favor de la emancipación proletaria, y envejezca en su puesto de editor o diputado socialista, sus descendientes (varones y mujeres por igual) son miembros cabales de la clase social más alta, a la cual han pasado cuando mejoró la posición social del padre, y esto no solo en el sentido material sino con respecto a sus ideas; se hace imposible distinguirlos de los demás burgueses. En muchos casos el único vínculo que todavía une al padre con la clase trabajadora —su fe en el dogma político-social del socialismo—, se diluye en el hijo hasta transformarse en indiferencia absoluta y a veces en hostilidad abierta hacia el socialismo. Para resumir, podemos afirmar que estas personas de extracción trabajadora, consideradas como familias y no como individuos, tarde o temprano son absorbidas por el nuevo medio burgués. Los hijos reciben una educación burguesa; asisten a mejores colegios que aquellos donde sus padres recibieron instrucción; sus intereses son burgueses y es muy raro que recuerden las derivaciones revolucionarias y antiburguesas de su propia entrada en la burguesía. Las familias de la clase trabajadora, elevadas a una condición social más alta por obreros revolucionarios que pretendían lograr con ello que su lucha contra la burguesía fuera más efectiva, en poco tiempo se funden con esa misma burguesía.

Ya nos hemos referido antes a un fenómeno similar en el caso de las familias de los líderes de los trabajadores provenientes de la clase de intelectuales burgueses. El resultado final es el mismo: la única diferencia es que los hijos de los antiguos obreros manuales olvidan su clase de origen, en tanto que los hijos de los intelectuales burgueses la recuerdan. Como consecuencia de ello, en la historia del movimiento laborista podemos observar una ironía semejante a la que advertimos en la historia de la resistencia burguesa a los obreros. La burguesía no ha sido capaz de evitar que cierto número de sus elementos mejor instruidos, más capaces y más decididos se colocara a la cabeza de sus enemigos mortales; en muchas ocasiones son estos antiguos burgueses quienes estimulan a los proletarios en la resistencia, y los organizan para la lucha.

El proletariado sufre un destino similar: en la dura lucha emprendida para la expropiación de los expropiadores, eleva desde las profundidades de su propia clase a quienes tienen las mejores inteligencias y la visión más sagaz; mediante arduos sacrificios colectivos pone en sus manos la pluma en lugar de las herramientas más rústicas, y al hacerlo así echa en brazos del enemigo a los elegidos con el propósito expreso de combatir a las clases privilegiadas. Si los combatientes elegidos no se pasan por sí mismos al bando del enemigo, lo harán al menos sus hijos. Este es, en verdad, un destino trágico: ex burgueses, por una parte, y antiguos obreros manuales por la otra. La pesada brega política entre las clases que representan, respectivamente, al capital y el trabajo finaliza, por paradójico que parezca, de manera análoga a la que determina el mecanismo de oferta y demanda, especulación, habilidad personal, etc., en la esfera de la competencia económica: un intercambio social entre las clases. Es innecesario repetir que este rizamiento en la superficie de las olas no debilita, ni mucho menos anula, la profundidad del antagonismo social. Es obvio que el proceso de intercambio social no puede afectar en ningún caso más que a algunas minorías infinitesimales. Pero su importancia sociológica estriba en que afecta a los sujetos de más influencia: los *self-made leaders*.

3. *La defensa capitalista como creadora de nuevos estratos en la pequeña burguesía*

El aburguesamiento de ciertos estratos del partido de la clase trabajadora tiene otros aspectos, además de la influencia del aparato burocrático del partido socialista, los gremios y las sociedades cooperativas. Esta evolución, que es característica forzosa de todo movimiento dirigido a la emancipación, se acompaña, en cierta medida, por la constitución de una pequeña burguesía de características intensamente proletarias, desarrollada también de abajo hacia arriba, que es igualmente un fenómeno accesorio en la lucha de los trabajadores organizados por su emancipación social, pero que tiene lugar fuera de las diversas formas de la organización socialista. Aludimos a los elementos proletarios que se hacen particularmente numero-

nos en épocas de crisis, cuando las organizaciones laboristas todavía débiles, son perseguidas, como era el caso en Alemania durante los días de la legislación antisocialista. Esas épocas hicieron muchas víctimas entre los proletarios, ya fuera por su fidelidad al partido o al gremio, o porque su actitud fuera francamente socialista y «subversiva». Obligadas por la necesidad, estas víctimas de la represión capitalista no tuvieron más remedio que adoptar alguna forma de trabajo independiente. Abandonaron sus antiguos oficios, abrieron una pequeña tienda, una frutería y verdulería, librería, almacén o cigarrería, se hicieron vendedores ambulantes, instalaron un café o algo semejante. En muchos casos sus antiguas relaciones los apoyaron con admirable solidaridad, y consideraron que era un deber ayudar a estos camaradas desafortunados, favoreciéndolos con la clientela. A veces ocurre que algunos de estos elementos de la pequeña burguesía nueva se establecieron en forma definitiva en la clase media. Así la resistencia capitalista creó automáticamente nuevos estratos de pequeña burguesía.

Además de estas víctimas de la lucha por la emancipación del proletariado, no son pocos los trabajadores que abandonan su clase, no por necesidad, sino movidos por el amor a la especulación y el deseo de mejorar su situación social. De esta manera ha surgido en la pequeña burguesía y en los pequeños comercios una multitud de antiguos proletarios que reclaman, en virtud de un derecho moral superior, que los camaradas los apoyen comprando exclusivamente en sus establecimientos. La forma de vida de estos pequeños comerciantes muchas veces los reduce, a pesar de todos sus buenos deseos, al nivel de parásitos sociales; por ser muy pequeño el capital con el que giran, las mercancías que ofrecen a sus clientes, es decir, a los trabajadores organizados, son caras y malas.

Aún más importante en el socialismo alemán es el papel de los llamados *Parteibudiger*, es decir, los taberneros miembros del partido. Durante la vigencia de las leyes antisocialistas su misión política tenía importancia indiscutible. En muchas ciudades pequeñas los taberneros que pertenecen al partido desempeñan todavía funciones múltiples e importantes: en sus establecimientos se reúnen las comisiones ejecutivas; a menudo son los únicos lugares en cuyas mesas es posible encontrar periódicos socialistas y

gremiales; y, en muchos casos, dada la hostilidad y timidez de los dueños de otros salones, resultan los únicos locales donde es posible realizar reuniones públicas. En una palabra, son instrumentos necesarios en la lucha socialista local. En los centros más importantes, sin embargo, estos lugares, con su ambiente desaseado, constituyen una verdadera maldición para el partido. Cabe agregar que la lucha brutal por la existencia lleva a estos taberneros pequeño-burgueses a ejercer una presión indebida sobre las organizaciones socialistas. Disfrutan de una influencia considerable entre los camaradas, y esta presión suele ser ejercida de manera directamente lesiva para los intereses del proletariado. Los intentos realizados en Alemania, especialmente desde 1890, para inducir a los trabajadores a abandonar las salas insalubres de las viejas tabernas y frecuentar los grandes establecimientos modernos, con buenos salones aireados, han llevado, como era inevitable, a una «vigorosa oposición» por parte de los taberneros socialistas.[18] Durante muchos años los miembros del partido cuyo medio de vida era la venta de bebidas se opusieron enérgicamente a la fundación de «Casas del Pueblo»; a pesar de la simpatía que estas instituciones debían suscitar teóricamente, temieron esta nueva forma de competencia y actuaron de acuerdo con sus intereses personales inmediatos. En casi todos los casos la oposición demostró ser ineficaz. Sin embargo, no lo fue siempre. Aún hoy existen ciudades alemanas de 20.000 ó 30.000 habitantes donde la existencia de una *Parteikneipe* (que a pesar de su nombre de «taberna partidaria» es propiedad exclusiva de algún miembro del partido), demostró ser un impedimento insuperable para las organizaciones laboristas que quisieron levantar un local propio, o aun obtener de otros taberneros no socialistas el uso de salones más cómodos para las reuniones.

Por otra razón, estas tabernas socialistas ejercen una calamitosa influencia sobre el partido: ellas constituyen un obstáculo muy grande a la extensión del movimiento de templanza iniciado durante los últimos años. No es un secreto en los círculos socialistas que mucho antes del congreso de Essen (1907) el partido se habría pronunciado abiertamente contra el alcoholismo, y que después

18 R. Calwer, *op. cit.*, pág. 9.

de este congreso habría aplicado sus decisiones con mayor vigor, si los líderes partidarios no hubieran sido frenados por el miedo de que las medidas recomendadas, y aun la simple propaganda en favor de la templanza, pudieran tener consecuencias perjudiciales para los intereses de una categoría influyente de miembros del partido. Es imposible determinar con precisión el número de individuos que se han hecho independientes en la pequeña burguesía, como consecuencia de las luchas de los trabajadores y de las represalias políticas de los empleadores. Cigarreros, almaceneros, etc., eluden toda posibilidad de una investigación estadística. La única información definitiva que poseemos se refiere a los taberneros. En el grupo parlamentario encontramos que en 1892, de un total de 35 diputados socialistas, 4 eran posaderos (11,4 %); en 1903, de un total de 58, lo eran 5 (8,6 %), y en 1906, de un total de 81, lo eran 6 (7,4 %). En las secciones socialistas locales la proporción de posaderos es asimismo considerable: en Leipzig, en 1887, había 30 *Parteikneipen*. En 1900, entre las ramas socialistas de los distritos suburbanos de Leipzig, con 4.855 miembros había 84 hosteleros y posaderos (1,7 %); en la ciudad de Leipzig, donde los socialistas alcanzaban a 1.681, en 1900 había 47 taberneros y en 1905, 63 (3,4 %). En Offenbach, en 1905, con 1.668 miembros, había 74 posaderos y 2 vendedores de cerveza embotellada (4,6 %). En Munich, en 1906, entre 6.704 miembros, había 369 (5,5 %), repartidores de leche, cigarreros, vendedores de queso, etc., y posaderos (sin incluir los vendedores de vino). En Francfort del Main, en 1906, entre 2.620 miembros había 25 posaderos (excluidos 12 vendedores de cerveza embotellada y cigarreros: aproximadamente 1 %). En Marburgo, en 1906, entre 114 miembros había 2 posaderos (1,8 %). En Reinickendorf-Ost, cerca de Berlín, en 1906, entre 303 miembros había 18 posaderos y hosteleros (5,9 %). Estas cifras demuestran que en ciertas ciudades hay un tabernero socialista por cada 20 miembros. Puesto que estos taberneros socialistas dependen principalmente de sus clientes socialistas, deducimos que esos 20 camaradas deben proporcionar la fuente financiera principal de la empresa.

La mejor prueba de la fuerza numérica y la importancia de esta categoría de miembros del partido es que han

fundado en Berlín una asociación poderosa: la Liga Berlinesa de Posaderos y Hosteleros Socialistas. No hay que olvidar que esta asociación nació principalmente por las consideraciones de que los taberneros socialistas tienen otras tareas políticas que cumplir, diferentes de las que desarrollan sus colegas «burgueses»; es asimismo innegable que los integrantes de esta categoría fueron elegidos entre socialistas de probada fidelidad, que prestaron servicios importantes al partido en sus campañas y agitaciones políticas, y cuya clientela socialista muestra un alto espíritu de solidaridad al dar a estos camaradas su apoyo. Sin embargo, es inevitable que la existencia de tal organización, que representa intereses económicos peculiares, en ciertos casos presente inconvenientes, no sólo para sus competidores, los taberneros burgueses, sino también para los camaradas socialistas, y esto tiende a constituir un partido dentro del partido. En el verano de 1908 el aumento del costo de producción de cerveza, resultado de los nuevos impuestos, que recayeron en fuerte proporción sobre las cervecerías, llevaron a los taberneros a subir el precio de venta. Entonces los obreros alemanes de muchas grandes ciudades protestaron con formidable energía, declararon la que se conoce como «guerra de la cerveza», y boicotearon a algunas cervecerías y a los taberneros que habían elevado el precio; agitación que llevó a ciertos socialistas extranjeros a observar con sarcasmo que era posible quitar cualquier cosa al obrero alemán, menos la cerveza. En esta lucha, que en muchos lugares fue conducida con gran obstinación, los obreros organizados encontraron resistencia en una proporción notable de taberneros socialistas. Estos, con una táctica tomada de los principios socialistas, se esforzaron por alarmar a los camaradas insistiendo en los peligros de su campaña, y pronosticando que si los consumidores lograban obligar a los productores a cargar con los nuevos impuestos, el gobierno, encantado al comprobar que estos impuestos no recaían sobre las masas del pueblo sino que eran soportados únicamente por una clase restringida de cerveceros y dueños de fábricas, se apresuraría a introducir impuestos nuevos y aún más pesados, que no podrían dejar de afectar a los consumidores. Para resumir, digamos que si bien la pequeña burguesía de origen proletario no vive en condiciones mucho mejores, por lo general, que las que soportan los es-

tratos proletarios de los cuales deriva, constituye en más de un aspecto, por los intereses particulares que representa, un gran obstáculo para el avance de las legiones de la clase trabajadora. Además, hay que recordar que la influencia de este nuevo estrato, como consecuencia de la posición que pasan a ocupar sus elementos en el proceso económico general, imprime al partido un sello mental, señaladamente pequeño-burgués.

4. La necesidad de diferenciación de la clase trabajadora

Todo miembro de la clase trabajadora acaricia la esperanza de ascender hacia una esfera social más alta, lo cual le garantizará una existencia mejor y menos restringida. El ideal del obrero es llegar a la pequeña burguesía.[1] A los no iniciados y a los observadores superficiales, los miembros de la clase trabajadora del partido socialista siempre les parecen elementos de la pequeña burguesía. El proletariado aún no ha logrado emanciparse psíquicamente del medio social donde vive. Por ejemplo, el obrero alemán, cuando sus jornales aumentan, adquiere la enfermedad que está en la sangre de la pequeña burguesía alemana: la club-manía. En todas las grandes ciudades y en no pocas de las pequeñas hay muchísimas sociedades de la clase trabajadora: clubes de gimnasia, sociedades corales, sociedades filodramáticas; y también clubes de fumadores, clubes de bowling, clubes de remo, clubes atléticos... toda clase de asociaciones cuyo carácter esencialmente pequeño-burgués no se pierde por el hecho de que desplieguen el estandarte socialista. Un club de bowling sigue siendo un club de bowling aunque adopte el pomposo nombre: «Club de Bowling "Los hijos de la Libertad"».

No se puede decir de los obreros socialistas que constituyan una gran masa gris y homogénea, como tampoco puede considerarse así a la burguesía, aunque esta consideración no modifica el hecho de que puesto que los

1 Según Tullio Rossi Doria («Le Forze Democratiche ed il Programma socialista», *Avanti*, año XIV, nº 30), toda lucha en procura de mayores salarios tiene la misma perspectiva. Pero por lo general la lucha por salarios más altos es llevada a cabo por un gremio, y el propósito de los gremios es conquistar una situación mejor para los trabajadores manuales, no convertirlos en pequeños burgueses. Los obreros organizados, en su conjunto, desean vivir como el pequeño burgués, pero no desean cumplir la función económica de éste. Quieren seguir siendo trabajadores manuales.

proletarios viven todos de la venta de un único artículo —el trabajo—, los obreros socialistas organizados tienen conciencia, al menos en teoría, de su propia unidad y de su oposición común a los propietarios de los medios de producción, y a sus representantes gubernamentales. Sin embargo es imposible afirmar que el sistema de fabricación que reúne bajo el mismo techo a todas las diferentes categorías de trabajadores, empleados en un establecimiento moderno para la producción de coches de ferrocarril, por ejemplo, sirva para derribar las barreras que separan las diversas subclases de trabajadores.[2] Tampoco es menos cierto, si miramos a esta cuestión desde el otro lado, que existe entre los trabajadores el sentido de una necesidad de diferenciación que no advertirán quienes no establezcan un contacto personal con ellos. El tipo de trabajo, las escalas de jornales, las diferencias de raza y clima, producen muchos matices de distinción, tanto en el modo de vida como en el gusto de los trabajadores. Ya en 1860 alguien dijo: «Entre los trabajadores hay muchas categorías y una estratificación aristocrática. Los impresores están a la cabeza; los traperos, los basureros y los limpiadores de cloacas cierran la formación.» [3] Entre el tipógrafo de oficio y el trabajador circunstancial de un mismo país, existen diferencias más acentuadas, respecto de la cultura y del status social y económico, que las que existen entre el tipógrafo de un país y el pequeño fabricante de otro.[4] La discrepancia entre las diferentes categorías de obreros es muy evidente aun en el movimiento gremial. Sabemos, por ejemplo, que la política de los gremios de tipógrafos de Alemania, Francia e Italia es diferente de la de otros gremios, y también diferente de la del partido socialista: muestra una tendencia hacia la derecha y es más oportunista y acomodaticia. En Alemania el gremio de tipógrafos tiene por presidente a Rexhäuser, y en Francia a Keufer. También observamos, en la con-

2 Rudolf Broda y Julius Deutsch, *Das moderne Proletariat*, Berlín: Reimer, 1910, pág. 73.

3 Traducido de Edmond About, *Le Progrès*, París: Hachette, 1864, págs. 51-52.

4 *Cf.* la interesante comunicación relativa a la diferenciación creciente de las clases trabajadoras formulada por Hermann Herkner al congreso del *Verein für Sozialpolitik* en Nuremberg en 1911 («Protokoll», págs. 122 y sigs.).

ducta de los trabajadores de diamantes de Holanda y Bélgica, las mismas tendencias no socialistas, no proletarias y particularistas. Los elementos aristocráticos de la clase trabajadora, los mejor pagados, quienes más se aproximan a la burguesía, aplican tácticas propias. En el funcionamiento activo del movimiento laborista, la división de las masas organizadas en diferentes estratos sociales, muchas veces está claramente a la vista. La historia de la clase trabajadora abunda en ejemplos que demuestran cómo ciertas fracciones o categorías del proletariado, bajo la influencia de intereses peculiares de su subclase, se han separado de la gran legión del trabajo y hacen causa común con la burguesía. Así ocurre, si generalizamos, que los obreros de las fábricas de armamentos tienen poca simpatía por las opiniones antimilitaristas. En el congreso del partido laborista independiente celebrado en Londres en 1910, el delegado de Woolwich, que representaba en gran medida a los empleados del arsenal Woolwich, expresó una disidencia categórica con la opinión de aquellos delegados que habían propuesto una resolución en favor de la restricción de los armamentos, y el arbitraje obligatorio en las disputas internacionales.[5] También el contratiempo experimentado en Venecia por la huelga general de protesta contra la campaña de Trípoli obedeció a la oposición de un sector de los obreros del arsenal.[6] El hecho de que el cese del trabajo el 1º de mayo sea solo una demostración parcial, hace posible dividir a los obreros en dos clases. Una está formada por los que agradecen las mejores condiciones de vida y otras circunstancias favorables «que pueden permitirles el lujo de celebrar el 1º de mayo»; la otra comprende a quienes por pobreza o infortunio están obligados a seguir trabajando.[7]

5 *Volkstimme*, 1910, nº 76, cuarto suplemento.

6 Aquí hay que evitar la exageración; es aconsejable señalar que en la elección de marzo de 1912 en el distrito de Venecia, donde está situado el arsenal, a pesar de toda clase de presiones adversas 2.000 electores expresaron su desaprobación categórica a la campaña africana, al votar al socialista intransigente Musatti (*Avanti*, año XVI, nº 85).

7 La frase citada en el texto fue empleada por un corresponsal del *Volkstimme*, de Francfort («Die Maifeier am ersten Maisonntag», Manifest-Nummer, 1910, séptimo suplemento). El mismo artículo demuestra desde qué enfoque tan típicamente capitalista consideran los obreros mejor pagados la celebración del 1º de mayo.

La necesidad de diferenciación se manifiesta aún con más claridad cuando consideramos grupos más amplios de obreros. La diferencia entre los obreros especializados y los que no tienen especialidad, es primaria y predominantemente económica, y se manifiesta en una diferencia de condiciones de trabajo. A medida que pasa el tiempo esta diferencia se transforma en una verdadera distinción de clase. Los obreros especializados y mejor pagados quedan por encima de los que carecen de especialidad y reciben peor paga. Los primeros están siempre organizados, en tanto que los últimos siguen siendo trabajadores «libres»; y las feroces luchas económicas y sociales que tienen lugar entre ambos grupos constituyen uno de los fenómenos más interesantes de la historia social moderna. Esta lucha, a la cual el fisiólogo Angelo Mosso denomina *ergomaquia* —lucha por la tierra de pastoreo—,[8] reviste cada vez más intensidad. Los trabajadores organizados reclaman de los no organizados la solidaridad más estricta, e insisten en que estos últimos deben abandonar el trabajo cuando ellos están en conflicto con los empleadores. Cuando este pedido no alcanza cumplimiento inmediato, insultan a los trabajadores no organizados con apelativos oprobiosos, que ya han encontrado lugar en la terminología científica. En Francia, en los días de Luis Felipe los llamaban *bourmont* y *ragusa*. Hoy en Alemania los llaman *Streikbrecher*; en Italia, *krumiri*; en Inglaterra, *blacklegs*; en los Estados Unidos, *scabs*; en Hainaut, *gambes de bos;* en Francia, *jaunes, renards* o *bédouins;* en Holanda, *onderkruipers;* etc. Es indiscutible que las quejas de los trabajadores organizados contra los no organizados están muy justificadas. Por otra parte no se puede negar que en la clase trabajadora esta *ergomaquia* no es en esencia el fruto de diferencias entre trabajadores bien dispuestos y mal dispuestos, como creen ingenuamente ellos mismos y sus patronos (por supuesto, invirtiendo los papeles). En realidad, para los socialistas, los huelguistas siempre son héroes y los rompehuelgas siempre canallas. A la inversa, para los empleadores éstos son honestos y laboriosos, en tanto que los huelguistas son holgazanes e inservibles. En realidad, la *ergomaquia* no consiste en una lucha entre dos categorías

[8] Angelo Mosso, *Vita moderna degli italiani*, ed. cit., pág. 178.

distinguidas por características éticas, sino que es en su mayor parte una guerra entre los obreros mejor pagados y los estratos más pobres del proletariado. Estos últimos, desde el punto de vista económico, son los que aún están económicamente inmaduros para la lucha con los empleadores, en favor de mejores jornales. Muchas veces oímos a los obreros más golpeados por la pobreza y conscientes de su inferioridad, afirmar que sus jornales son bastante elevados, en tanto que los mejor pagados y organizados declaran que los desorganizados trabajan por salarios de hambre. Una de las mujeres socialistas más infatigables de Francia dijo muy bien: «Siempre está una tentada de perdonar las traiciones de estos *scabs* cuando ha visto con sus propios ojos toda la tragedia de los desocupados de Inglaterra. En los grandes puertos del sur y del oeste, una ve alineados a lo largo de la pared del muelle, miles y miles de hombres hambrientos, pálidos, temblorosos, que esperan ser contratados como changadores. Solo se necesitan unas pocas docenas. Cuando las puertas se abren hay una batahola terrible, una verdadera batalla. Hace poco uno de esos hombres, aplastado por todos lados, murió de asfixia en el tumulto.» [9] Los trabajadores organizados, por su parte, no se consideran obligados a mostrar solidaridad hacia los no organizados, aun cuando todos comparten una pobreza común durante las crisis de desocupación. Los consejos gremiales alemanes a menudo piden que los subsidios que proporcionan (de acuerdo con el sistema llamado Estrasburgo) los fondos públicos de algunas grandes ciudades para asistir a las víctimas de la desocupación, sean reservados para los obreros organizados, y declaran que los no organizados no tienen derecho a ayuda.[10] Los trabajadores más afortunados no solo siguen su inclinación natural de luchar, por todos los medios disponibles, contra sus camaradas menos favorecidos, quienes, al aceptar salarios bajos amenazan el mejor nivel de vida

9 Traducido de Madame Sorgue, «Retour .d'Angleterre», *La Société Nouvelle*, XVI, nº 8, pág. 197.

10 El lector encontrará un estudio más extenso y minucioso acerca de este tema en un ensayo compilado por el autor en colaboración con su esposa. Michels, «Das Problem der Arbeitslosigkeit und ihre Bekämpfung durch die deutschen freien Gewerkschaften», *Archiv f. Sozialw.*, XXXI, septiembre 2, 1910, págs. 479-81.

de los trabajadores organizados, sino que apelan en la lucha, como ocurre siempre que hay intereses económicos encontrados, a métodos que no tienen en cuenta los principios éticos. También se esfuerzan por quedar ellos completamente aparte. Muchas veces la insignia del gremio es una patente de nobleza, por así decirlo, que distingue de la plebe a quien lo lleva. Esto ocurre aun cuando los trabajadores no organizados deseen con todas sus fuerzas hacer causa común con los organizados. En casi todos los grandes gremios de Inglaterra y los Estados Unidos hay una tendencia manifiesta al corporativismo, a la formación de aristocracias claramente discernibles de la clase trabajadora.[11] Los gremios que han llegado a ser ricos y poderosos, ya no procuran aumentar el número de sus miembros, sino que se esfuerzan más bien por restringirlo mediante la imposición de altas primas de ingreso, requiriendo certificados de largos aprendizajes, y otros medios similares; todo esto se introduce en forma deliberada para conservar ciertos privilegios en sus manos, a expensas de otros trabajadores que tienen su misma ocupación. El movimiento antiextraños, fruto del propio egoísmo profesional, es especialmente notorio entre los norteamericanos y australianos, quienes insisten en auspiciar leyes que prohíban la inmigración de obreros extranjeros. Los gremios en esos casos adoptan una política francamente «nacionalista». Para mantener fuera a los «indeseables» no vacilan en pedir ayuda al «Estado clasista» y ejercen sobre el gobierno una presión que puede llevar al país al borde de la guerra con las naciones que exportan mano de obra.[12] También en Europa podemos observar, aunque en menor grado, la formación dentro del movimiento laboral de grupos y camarillas cerrados (y en eso consiste la tendencia oligárquica), que aparecen en conflicto directo con los principios teóricos del socialismo. Los obreros empleados en el arsenal de Nápoles, que reclamaron hace poco del gobierno que «un tercio de las nuevas va-

11 *Cf.*, entre otros, Daniel de Leon, *The Burning Question of Trades-Unionism*, Nueva York: Labour News Co., 1908, pág. 13.
12 Las organizaciones laboristas norteamericanas han desempeñado un papel notable al producir una tensión entre los Estados Unidos y el Japón, tensión que hace pocos años casi culminó en una guerra.

cantes debía ser adjudicado a los hijos de los trabajadores existentes, que siguen el oficio de sus padres»,[13] de ningún modo demuestran sentimientos distantes del mundo de nuestros días, como pudiera uno imaginarlo de primera intención. Como alguien dijo bien, «la meta de la lucha de clases es elevar a las clases inferiores hasta el nivel de la clase superior. Esta es la razón del triunfo frecuente de las revoluciones: no en democratizar las clases, sino en lograr que los demócratas adquieran conciencia de clase.» [14]

La política de la reforma social, que encuentra su expresion más definida en la legislación laboral, no procura las mismas ventajas a todos los sectores de la clase trabajadora. Por ejemplo, la ley que eleva la edad mínima del obrero fabril puede tener efectos diferentes según cómo varíe el poder de las organizaciones del trabajo, la escala de jornales, las condiciones del mercado de trabajo, etc., en las diferentes ramas de la industria o la agricultura. Así, en ciertas categorías de trabajadores, el efecto de la ley será una disminución transitoria del nivel de vida, en tanto que en otros casos conducirá a una elevación permanente de ese nivel. Diferencias nacionales, locales y técnicas acentúan aún más la diversidad existente entre los agrupamientos proletarios.

Para resumir, podemos afirmar que en la clase trabajadora contemporánea se manifiesta hoy una estratificación horizontal. Dentro del *quatrième état* vemos ya los movimientos del embrionario *cinquième état*. Uno de los mayores peligros que amenazan al movimiento socialista, y que no debe ser soslayado con ligereza considerándolo imposible, es que surjan gradualmente diversos estratos de trabajadores, como fruto conjunto del aumento general del bienestar social y de los esfuerzos realizados por los propios trabajadores para elevar su nivel de vida; en muchos casos esto puede permitirles conquistar una posición donde, aunque acaso no pierdan completamente el sentimiento humano común de no tener nunca lo suficiente (del cual ni siquiera los millonarios están del todo libres), lleguen a sentirse bastante satisfechos, en su vida personal, como para alejarse poco a poco de las ardientes

13 Angelo Mosso, *Vita moderna degli Italiani*, ed. cit., pág. 191.
14 Traducido de Raoul de la Grasserie, «Les luttes sociales», *Annales de l'Institut Intern. de Sociologie*, vol. XI, pág. 185.

aspiraciones revolucionarias de las masas —nacidas de la privación— por alcanzar un sistema social del todo diferente del nuestro. De esta manera la clase trabajadora se dividirá en dos partes desiguales, expuestas a fluctuaciones constantes en sus magnitudes respectivas.

5 Líderes laboristas de origen proletario

No han faltado intentos por resolver el problema insoluble que plantea el dominio que ejercen los conductores sobre los conducidos y la forma de evitarlo. Entre ellos, uno muy frecuente, defendido con bastante calor, consiste en excluir a todos los intelectuales del liderazgo de la clase trabajadora. Este propósito refleja el disgusto por los intelectuales que, con diversos grados y matices, se ha manifestado en todos los países y en todas las épocas. Culmina en la creación artificial de auténticos líderes de la clase trabajadora, y se basa sobre ciertos dogmas socialistas generales, comprendidos en forma fragmentaria e imperfecta, o interpretados con rigidez indebida: por ejemplo, al apoyarse en el principio, enunciado en Ginebra por el congreso constituyente de la primera Internacional, en 1866, de que la emancipación de los trabajadores solo sería lograda por los propios trabajadores.

Por sobre todo, sin embargo, esos proyectos se basan sobre una pretendida mayor afinidad entre los líderes de origen proletario y los proletarios a quienes dirigen. Los líderes que han sido obreros manuales están más estrechamente aliados a las masas —así nos dicen— en su manera de pensar, comprenden mejor a los obreros, experimentan las mismas necesidades que ellos y están animados por los mismos deseos. Hay algo de verdad en esto, pues el ex obrero no solo puede hablar con más autoridad que el intelectual sobre las cuestiones técnicas relativas a su anterior ocupación, sino que tiene conocimiento de la psicología y de los detalles materiales de la vida de la clase trabajadora, por su propia experiencia. Es indiscutible que si se comparan los líderes de origen proletario con los intelectuales, se aprecian de modo notorio las ventajas —y también las desventajas— del liderazgo de aquellos, que poseen por lo general una comprensión más precisa de la psicología de las masas

y saben mejor cómo tratar a los trabajadores. De estas circunstancias algunas veces es posible extraer la conclusión de que el ex obrero, cuando se empapa de los deberes del liderazgo político, continuará manteniendo un contacto firme y seguro con la masa, elegirá las vías más practicables, y su propia experiencia proletaria servirá como salvaguarda, en alguna medida, contra el error de conducir a las masas hacia regiones o por senderos que les son extraños por naturaleza.

El rasgo central de la teoría sindicalista aparece en el reclamo de acción directa por parte de los gremios, liberados de la tutela de líderes socialistas predominantemente burgueses por su origen, cuando el gremio es autosuficiente y responsable por sí mismo. La acción directa significa que el proletariado debe perseguir sus objetivos sin la intermediación de representación parlamentaria. Así presentado, el sindicalismo es la apoteosis de la autonomía proletaria. Todo ha de ser realizado por la energía, la iniciativa y el coraje de cada uno de los obreros. La organización del proletariado debe llegar a ser un ejército de francotiradores, despojados de la plana mayor, impotente y estéril, de burócratas socialistas; un ente ágil, autónomo y soberano.[1] Sin embargo, al pasar de la ficción a los hechos, encontramos que la diferencia sustancial entre el sindicalismo y el socialismo político, fuera de las cuestiones de táctica, reside en el distinto origen social de los líderes de las tendencias respectivas. Los gremios son dirigidos por personas que han sido obreros, y de esto los defensores del sindicalismo deducen, por una aventurada extrapolación lógica, que la política de los líderes de extracción proletaria debe coincidir necesariamente con la política del proletariado.[2]

Los líderes sindicales han de ser, tanto en el sentido intelectual como en el moral, obreros manuales elegidos.[3] El líder que proviene de la clase trabajadora es como un mesías que curará todos los males de la organización; en todo caso, es el mejor de los líderes posibles.

1 Edouard Berth, *Les nouveaux aspects du socialisme*, París: Rivière, 1908, pág. 30.
2 Emile Pouget, *Le Parti du Travail*, París: Bibl. Syndicaliste, nº 3, pág. 12.
3 Ferdinand Pelloutier, *Histoire des Bourses du Travail*, ed. cit., pág. 88.

Es fútil señalar lo ilusorio de este concepto: al confiar sus problemas a líderes proletarios, el proletariado no los manejará mejor que si los líderes fueran abogados o médicos. En ambos casos, toda acción se realiza mediante intermediarios. En el movimiento laborista moderno es imposible que los líderes sigan siendo obreros manuales. En el mismo momento que el gremio elige a uno de los camaradas de la fábrica para que administre regularmente los intereses colectivos a cambio de un salario fijo, este camarada, consciente o inconscientemente, se eleva de la clase trabajadora hacia una nueva clase: la de los empleados asalariados. El líder proletario ha dejado de ser un obrero manual, no solo en el sentido material sino también en lo psicológico y en lo económico. No solo ha dejado de picar piedras o de clavar suelas, sino que se ha hecho un intermediario, lo mismo que sus colegas en el liderazgo, el abogado o el médico. En otras palabras, como delegado y representante, el líder de origen proletario está expuesto exactamente a las mismas tendencias oligárquicas que el ex burgués que se ha transformado en líder laboral. El obrero manual de antes será, de ahora en más, un *déclassé*.

Entre todos los líderes de la clase trabajadora, los de los gremios han sido los mejor tratados en la literatura de las ciencias sociales. Esto es muy natural. Son hombres de ciencia y hombres de letras quienes escriben los libros. Estas personas, por lo general, están mejor dispuestas hacia los líderes del movimiento gremial que hacia los líderes del movimiento laboral político, pues los primeros no invaden el campo de actividades del escritor, como lo hacen muchas veces los otros, ni perturban su círculo de ideas con teorías nuevas e importunas. Por esta razón es frecuente que el mismo tratado erudito nos ofrezca, junto al elogio del líder del gremio, la censura del líder socialista.

Se ha dicho que el hecho de servir de amortiguadores entre los empleadores y los empleados lleva a los líderes a desarrollar cualidades admirables y preciosas: escrupulosidad y destreza, paciencia y energía, firmeza de carácter y honestidad personal. Se ha afirmado que son personas de una vida excepcionalmente pura, y esta característica ha sido atribuida a la relativa ausencia de apetitos sexuales que, de acuerdo con la ley de compensación psicológica

descubierta por Guglielmo Ferrero, presumiblemente caracteriza a todas las personas muy dedicadas a sus obligaciones.[4]

Dos cualidades en las que la mayoría de los líderes gremiales se destacan, a no dudarlo, son: la seriedad objetiva y el buen sentido individual (unidos a menudo a una falta de interés y de comprensión de los problemas más amplios), lo cual deriva de su sentido tan agudo de la responsabilidad personal directa, y también en parte del carácter árido, técnico y administrativo de sus ocupaciones.

Los líderes de los gremios han sido deliberadamente contrapuestos a los revolucionarios verbales que guían el movimiento laborista político —hombres del tipo del locuaz Rabagas en la obra de Sardou—, y no sin exageración, se atribuyó a los primeros un profundo sentido político que se supone ausente en los otros: una comprensión de la complejidad extraordinaria de la vida social y económica, y un reconocimiento perspicaz de lo que es políticamente realizable. El núcleo de verdad que contienen estas observaciones es que los líderes de los gremios (dejemos de lado, por el momento, a los de tendencia sindicalista) difieren en muchos aspectos de los líderes del socialismo político.

Entre los propios líderes de los gremios, sin embargo,

4 Arturo Salucci, *La Teoria dello Sciopero*, Génova: Libr. Moderna, 1902, pág. 151. Salucci llega a afirmar que en tanto que los líderes de los gremios se casan muy jóvenes, el matrimonio para ellos no es tanto una unión con propósitos sexuales sino una cuestión de «comodidad personal, en su vida de agitación continua». Los análisis elaborados por muchos autores, respecto de la psicología de los líderes gremiales nos recuerdan, por momentos, los informes de viajeros por países extraños, que nos hablan de seres humanos totalmente diferentes de los que conocemos, y aun de actos que parecen completamente opuestos a la naturaleza. Aquí encontramos un criterio que nos lleva a dudar de la verosimilitud de esos informes, aun cuando no estén adornados con relatos demostrablemente falsos, como los relativos a dragones, centauros y otros monstruos míticos. (*Cf.* David Hume, *Enquiries Concerning the Human Understanding*, Oxford: Clarendon Press, compilado por Selby-Bigge, 1902, pág. 84.) La exageración que tantas veces se manifiesta en la enumeración y descripción de las buenas cualidades de los líderes gremiales es explicable sobre bases políticas. Surge de la satisfacción que experimentan los círculos burgueses ante las tendencias prácticas de estos líderes, y de la esperanza que ponen en ellos los adversarios del socialismo revolucionario.

hay grandes diferencias que corresponden a las distintas fases del movimiento gremial. Las cualidades requeridas para el liderazgo de una organización cuyas finanzas son todavía débiles, y que se dedica principalmente a la propaganda y a las huelgas, han de ser por fuerza diferentes de las requeridas para el liderazgo de un gremio que proporciona muchos beneficios concretos, y procura, por sobre todo, lograr resultados prácticos por vía pacífica. En el primer caso lo fundamental es tener el entusiasmo y el talento del predicador. La obra del organizador tiene muchas analogías con la del rebelde o la del apóstol. Según algunos críticos, estas cualidades bien pueden estar asociadas —sobre todo en las primeras etapas del movimiento proletario— con la más crasa ignorancia. Durante este período la propaganda es particularmente romántica y sentimental, y sus objetivos son morales más bien que materiales. Ocurre algo muy diferente cuando el movimiento avanza algo más. La gran complejidad de las obligaciones que debe cumplir entonces el gremio, y la creciente importancia que en él adquieren las cuestiones financieras, técnicas y administrativas, hacen necesario que el agitador ceda su sitio al empleado que tiene conocimientos técnicos. En la lucha de clases el viajante de comercio es reemplazado por el burócrata estricto y prosaico; el idealista ferviente, por el materialista frío; el demócrata cuyas convicciones (al menos en teoría) son absolutamente firmes, por el autócrata consciente. La actividad oratoria pasa a un segundo plano, pues las aptitudes administrativas adquieren importancia primordial. En consecuencia, en este nuevo período, mientras el liderazgo del movimiento es menos ruidoso, menos brillante y menos glorioso, tiene carácter mucho más sólido, establecido sobre una competencia práctica mucho más segura. Los líderes se diferencian ahora de la masa de sus prosélitos, no solo por sus cualidades personales como especialistas dotados de comprensión y dominio de la rutina, sino además por la barrera de las leyes y reglamentaciones que gobiernan sus propios actos, y con cuya ayuda dominan a la masa. El reglamento de la federación alemana de obreros metalúrgicos abarca 47 páginas impresas, y está dividido en 39 partes, cada una de las cuales comprende 10 a 12 secciones. ¿Qué obrero no acabaría por perderse en ese laberinto? El funcionario moderno

del gremio, sobre todo si dirige una federación, debe tener conocimiento preciso de una cierta rama de la industria, y saber cómo llegar en cualquier momento a una buena estimación de las fuerzas comparadas de su propia organización, y de la de sus adversarios. Igualmente idóneo debe ser su conocimiento del aspecto técnico y económico de esa industria. Debe conocer el costo de fabricación de los artículos, y la fuente y el costo de las materias primas, el estado del mercado, los jornales y condiciones de los obreros en las diferentes regiones. Debe tener a un tiempo el ingenio de un general y el de un diplomático. Estas excelentes cualidades del líder gremial no siempre son compatibles con el régimen democrático y, en realidad, muchas veces chocan de manera inequívoca con las condiciones de este régimen.

En el ex obrero manual, en particular, se manifiesta el amor al poder con una gran intensidad. Después de haber logrado despojarse de las cadenas que lo aprisionaban como jornalero y vasallo del capital, lo que menos quiere son nuevas cadenas que lo aten como esclavo de las masas. Como todo liberto, muestra una tendencia a abusar de esta libertad recién adquirida: una tendencia al libertinaje. Nuestra experiencia nos dice que en todos los países el líder de origen proletario de la clase trabajadora suele mostrarse caprichoso y despótico. Está muy poco dispuesto a tolerar la contradicción. Este rasgo es indudablemente una consecuencia de su carácter de *parvenu*, pues es propio de la naturaleza de los *parvenus* defender su autoridad con celo sumo, contemplar todas las críticas como un intento de humillarlo y de disminuir su importancia, como una alusión deliberada y malintencionada a su pasado. Del mismo modo que disgustan al judío converso las referencias a su origen hebreo, también al líder de origen proletario le disgusta toda referencia a su estado de dependencia y a su condición de empleado.

Tampoco hay que olvidar que, como todo *self-made man*, el líder gremial es enormemente vanidoso. Aunque por lo común tiene amplios conocimientos de detalles materiales, carece de cultura general y de una concepción filosófica amplia, coma también de la confianza en sí mismo del líder nato; por estas razones es muy probable que se muestre menos resistente de lo que debiera, ante las propuestas

interesadas y amistosas de los notables de la burguesía. En una carta a Sorge, Engels escribe de Inglaterra:[5] «Lo más repulsivo de este país es la "respetabilidad" burguesa, que ha invadido la carne y la sangre de los trabajadores. La organización de la sociedad en una escala jerárquica firmemente establecida, donde cada cual tiene el orgullo debido, pero también un respeto inalienable por los "mejores" y "superiores", es una cuestión tan inevitable, tan antigua y tradicional, que hace tanto más fácil al burgués desempeñar la parte de seductor. Por ejemplo, de ningún modo estoy seguro de que John Burns no esté más orgulloso, en lo más profundo de su alma, de su prestigio ante el cardenal Manning, el Lord Mayor y la burguesía en general, que de su popularidad dentro de su propia clase. Aun Tom Mann, a quien considero el mejor de estos líderes salidos de la clase trabajadora, se regodea al hablar de sus almuerzos con el Lord Mayor.» En Alemania, uno de los pocos trabajadores alemanes «con conciencia de clase» que llegó a tener contacto personal con Guillermo II, en presencia del rey no se atrevió a dar expresión a sus convicciones ni a manifestar su fidelidad a los principios del partido.[6] Ya existe en el proletariado un estrato amplio formado por los directores de las sociedades cooperativas, los secretarios de los gremios, los líderes a quienes se han confiado algunas organizaciones, y cuya psicología está completamente moldeada sobre la de las clases burguesas con las que se vinculan.

El nuevo medio ejerce una influencia poderosa sobre el ex obrero manual. Sus maneras se hacen más gentiles y más refinadas. En su trato diario con personas de cuna elevada adquiere los hábitos propios de la buena sociedad y se esfuerza por asimilarlos. No es raro que los diputados

5 *Briefe und Auszüge* . . . , ed. cit., págs. 324-25.

6 *Arbeiterzeitung*, de Dortmund, septiembre 18, 1903: «En el año 1900 los representantes del Imperial Insurance Institute fueron citados a una audiencia en la corte, en ocasión de inaugurarse el nuevo edificio administrativo de Berlín. El obrero estucador Buchholz, muy conocido en los círculos gremiales, fue presentado con sus colegas. Buchholz, quien llevaba la Cruz de Hierro, atrajo la atención personal de Guillermo II. El rey conocía, aparentemente, la situación de Buchholz como socialista y le preguntó: "¿Son como yo creo, todos los socialistas adversarios de la monarquía?" Buchholz se apresuró a responder: "No, Su Majestad, ¡no todos!"»

de la clase trabajadora procuren disimular el cambio ocurrido. Los líderes socialistas —y lo mismo cabe decir de los demócratas cristianos y de los líderes gremiales— cuando proceden de la clase trabajadora, al hablar a las masas tratan de describirse como obreros. Al insistir sobre su origen, sobre las características que comparten con la masa, se aseguran una buena acogida e inspiran afecto y confianza. Durante las elecciones de 1848, en Francia, se puso de moda que los candidatos hablaran de sí mismos como de *ouvriers*. Esto no era simplemente un timbre de honor, sino también un título que ayudaba a triunfar. No menos de veintiuno de esos *ouvriers* ganaron de este modo la elección. Podemos apreciar la significación de este título si analizamos la nómina de candidatos presentada por el partido socialista moderno en Francia, Italia o cualquier otra parte; aquí encontraremos que el maestro hojalatero (hombre que tiene un comercio y es así pequeño burgués) se presenta como «latonero remendón», etc. Puede ocurrir aun que el mismo candidato se presente como trabajador en un discurso electoral dirigido a un público de la clase trabajadora, y como empleado cuando apela a la burguesía. Una vez llegados al congreso, algunos de los ex obreros manuales continúan, de manera más o menos ostentosa, diferenciándose por su ropa de los colegas burgueses; pero no es con esos signos exteriores de un origen proletario como pueden tener esperanzas de evitar el cambio íntimo, que fue descripto por Jaurès (antes de su propia adhesión al socialismo) en los siguientes términos: «Los diputados de la clase trabajadora que llegan al parlamento se hacen rápidamente burgueses, en el mal sentido de la palabra; pierden su vigor y energía originales y solo les queda una especie de sentimentalismo de tribunos.»[7]

Inspirado por una tonta suficiencia, el ex obrero suele gozar del nuevo medio, y tiende a tornarse indiferente y aun hostil a todas las aspiraciones progresistas en el sentido democrático. Se acomoda al orden existente y, en última instancia, hastiado de la lucha, llega a reconciliarse con ese orden.[8] ¿Qué le interesan ahora los dogmas de

7 Traducido de Jean Jaurès, *Dépêche de Toulouse*, noviembre 12, 1887.

8 Max Weber, hace pocos años, advirtió a los príncipes alemanes que si querían aplacar el terror hacia el socialismo emplearan un

la revolución social? Ya se ha realizado su propia revolución social. En el fondo, todos los pensamientos de esos líderes se concentran en la única esperanza de que siga existiendo, por muchos años, un proletariado que los elija diputados y les proporcione subsistencia. Por eso afirman que lo principal es la necesidad de organizar, organizar incesantemente, y que la causa de los trabajadores no conquistará la victoria hasta que el último obrero se haya enrolado en la organización. Como todos los *beati possidentes*, son muy malos luchadores. Se inclinan, como en Inglaterra, a una teoría de acuerdo con la cual los obreros y los capitalistas han de unirse en una especie de liga, y compartir, aunque de manera desigual, los beneficios de una empresa común. Así los jornales de los obreros pasan a depender de las ganancias de la empresa. Esta doctrina, basada sobre el principio de lo que se llama escala móvil, echa un velo sobre todos los antagonismos de clase existentes, e imprime a la organización laboral un sello puramente mercantil y técnico. Si se hace inevitable la lucha, los líderes emprenden largas negociaciones con el enemigo; cuanto más lentas son esas negociaciones, tanto más frecuentemente aparecen sus nombres en los periódicos y en boca del público. Si sigue expresando «opiniones razonables», puede estar seguro de conquistar a un tiempo el elogio de sus adversarios y (en casi todos los casos) la gratitud y admiración de la multitud.

El egoísmo personal, la pusilanimidad y la bajeza se asocian muchas veces con una reserva de buen sentido y de amplios conocimientos, asociación tan íntima que resulta muy difícil distinguir las buenas cualidades de las malas. Los exaltados, que no faltan entre los líderes laboristas de origen proletario, se hacen fríos. Han adquirido la convicción consciente de que sería un error adoptar una política agresiva, que a su juicio no solo no daría beneficios sino que pondría en peligro

día en estudiar la plataforma de un congreso socialista, para que *así pudieran convencerse por sí mismos* de que entre la multitud de revolucionarios reunidos «el tipo dominante de expresiones era el de la pequeña burguesía, el del tabernero autocomplaciente», y que no había indicio alguno de auténtico entusiasmo revolucionario. (Discurso de Max Weber en el congreso de Magdeburgo del *Verein für Sozialpolitik*, versión taquigráfica de la sesión, octubre 2, 1907.)

los resultados ya alcanzados. Así, en casi todos los casos, actúan de la mano dos órdenes de motivos: los egoístas y los objetivos. El resultado de estas influencias es ese estado de relativa calma propio del líder laborista, respecto del cual un funcionario de uno de los gremios expresó lo siguiente, con gran franqueza: «No hay por qué reprochárselo, es perfectamente comprensible que cuando todos trabajábamos todavía sobre el banco y teníamos que pasarla lo mejor posible con nuestro pequeño jornal, tuviéramos un interés personal más agudo en un cambio rápido del orden social existente que el que tenemos en nuestra situación actual.»[9] Este estado mental se vería aún más reforzado si el ex obrero manual estuviera, como suele suceder, empeñado en una tarea periodística. Aunque en casi todos los casos habría acumulado una cantidad considerable de conocimientos, carecería del adiestramiento preliminar que le permitiera armar, reelaborar y asimilar los elementos que componen ese saber con vistas a constituir una doctrina científica, o siquiera a crear un sistema de ideas directivas para sí mismo. En consecuencia, sus inclinaciones personales hacia el quietismo no podrán ser neutralizadas, como indudablemente ocurre en el caso de muchos marxistas, por la energía preponderante de una teoría amplia. Hace mucho tiempo que Marx reconoció este defecto en los líderes proletarios, al decir: «Cuando los obreros abandonan el trabajo manual para hacerse escritores profesionales, casi siempre hacen un lío del aspecto teórico.»[10] Vemos, entonces, que la sustitución de líderes de origen proletario por los de origen burgués ofrece muy pocas garantías al movimiento de la clase trabajadora, en la teoría y en la práctica, contra la infidelidad política o moral de los líderes. En 1848, cuando las elecciones dispuestas por el gobierno provisional tuvieron lugar en Francia, once de los diputados que entraron a la Cámara eran miembros de la clase trabajadora. No menos de

9 Kloth, líder del gremio de encuadernadores, al hablar en la conferencia de directores de gremios en Berlín, 1908 («Protokoll», pág. 10). El «Protokoll» advierte que hubo fuertes gritos de objeción, y también la observación: «Lo que usted dice es mucho más aplicable a los empleados del partido socialista.» (*Cf. supra*, vol. I, págs. 175-76.)

10 Carta a Sorge, octubre 19, 1877, *Briefe u. Auszüge* . . . , ed. cit., pág. 159.

diez de éstos abandonaron pronto el programa laborista en virtud del cual habían sido elegidos.[11] Otro ejemplo aún más característico lo tenemos en la historia de los líderes de la rama italiana de la Internacional (1868 a 1879). Estos líderes, que en su mayor parte provenían de la burguesía y la nobleza, mostraron casi todos ser personas de notoria valía. Las únicas dos excepciones fueron hombres provenientes de la clase trabajadora. Stefano Caporusso, quien se refería a sí mismo como «el obrero modelo», fue autor de un desfalco en el grupo socialista de Nápoles por él presidido; en tanto que Carlo Terzaghi, presidente del sector de Turín, resultó ser un espía de la policía y fue expulsado del partido.[12] En general, vemos en la historia del movimiento laborista que un partido socialista está expuesto a la influencia del medio político en proporción con el grado en que su carácter es auténticamente proletario. El primer diputado del partido socialista italiano (que en esa época solo tenía obreros manuales), Antonio Maffi, fundidor de tipos, elegido para el parlamento en 1882, pronto se unió a uno de los sectores burgueses de la izquierda y declaró que su elección como obrero no le imponía colocarse en oposición a las otras clases de la sociedad.[13] En Francia, los dos hombres que bajo el Segundo Imperio habían sido líderes de los proudhonistas, Henri Louis Tolain, el grabador, y Fribourg, el tipógrafo, quienes en el primer congreso internacional de Ginebra (1866) habían abogado con energía por un agregado al reglamento que excluía a todos los intelectuales y burgueses de la organización, cuando se declaró la *Commune* en 1871 se pusieron del lado de Thiers, y entonces fueron expulsados de la Internacional como traidores. Cabe agregar que Tolain terminó su carrera como senador bajo la república conservadora. Odger, el líder laborista inglés, miembro del Consejo General de la Internacional, abandonó este organismo después de la insurrección de París. Es verdad que en parte influyeron en esta decisión sus

11 Arthur Arnould, *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Bruselas: Kistemaekers, 1878, vol. II, pág. 43.
12 *Cf.* Michels, *Proletariato e Borghesia*..., Turín: Bocca, 1908, págs. 72 y sigs.
13 Alfredo Angiolini, *Cinquant'anni di Socialismo in Italia*, ed. cit., págs. 180-86.

objeciones a los métodos dictatoriales de Marx, pero Marx pudo replicar, no sin razón, que Odger solo había querido usar de la Internacional para adquirir la confianza de las masas, y estaba listo a volver la espalda al socialismo tan pronto como le pareciera un obstáculo a su carrera política. Un caso similar fue el de Lucraft, miembro también del Consejo General de la Internacional, quien logró ser designado inspector de escuelas del gobierno inglés.[14] En una palabra, cabe decir que cuando las fuerzas de los trabajadores están dirigidas contra la burguesía por hombres cuyo origen está en la clase trabajadora, el ataque es siempre menos vigoroso y conducido de una manera menos acorde con las finalidades proclamadas por el movimiento, que cuando los líderes de los trabajadores provienen de alguna otra clase. Un crítico francés, al referirse a la conducta política de los líderes del proletariado procedentes de la clase trabajadora, declara que, tanto en lo intelectual como en lo moral, son inferiores a los líderes de origen burgués y carecen de la educación y cultura que éstos tienen. El mismo autor afirma que la conducta de muchos de los líderes procedentes de la clase trabajadora no puede dejar de contribuir al cultivo intensivo de tendencias antiparlamentaristas. «Después del gobierno del feudalismo tenemos el gobierno de la burguesía; después de la burguesía, ¿tendremos el del capataz? Pero nuestro amo más formidable es el de nuestras propias filas, que con mentiras y malicia se elevó hasta el poder.»[15]

Cabía esperar que la enérgica entrada del proletariado en el escenario mundial tuviera una influencia ética regenerativa, que los nuevos elementos ejercieran una fiscalización continua e incansable sobre las autoridades públicas, y que (dotados de un sentido agudo de responsabilidad) vigilaran con rigor la labor de sus propias organizaciones. Estos pronósticos se han visto defraudados por las tendencias oligárquicas de los propios obreros. Como Cesare Lombroso lo señaló sin contradicción en un artículo publicado en el órgano central del partido socialista italiano, cuanto más se aproxima el proletariado a la conquista del poder y de la riqueza de la burguesía,

14 G. Jaeckh, *Die Internationale*, ed. cit., pág. 152.
15 Traducido de Flax (Victor Méric), «Coutant» (d'Ivry), *Hommes du Jour*, París, 1908, nº 32.

tanto más adopta todos los vicios de sus antagonistas y tanto más se transforma en instrumento de corrupción. «Surgen entonces todas esas subdivisiones de nuestros partidos llamados populares, que tienen todos los vicios de los partidos burgueses; que dicen tener, y a menudo tienen, prestigio en el pueblo, y que se transforman con facilidad en los instrumentos de la corrupción gubernamental, cuando navegan en su nombre bajo los colores liberales.»[16] Hay bastantes ejemplos en la historia de Europa, aun en la de data más reciente, de la manera como el intento artificial por conservar el liderazgo del partido en manos proletarias ha llevado a un desprendimiento político, contra el cual los trabajadores organizados de todos los países tienen mucha razón para estar en guardia. La queja expresada tantas veces por la masa de los socialistas —de que casi todos los defectos del movimiento se deben a la invasión de elementos burgueses en el partido proletario— no es sino producto de la ignorancia de las características históricas del período por el cual estamos pasando.

Los líderes de los partidos democráticos no presentan un mismo tipo en todas partes, pues la complejidad de las tendencias que influyen sobre ellos varía de acuerdo con el medio, el carácter nacional, el clima, la tradición histórica, etcetera.

Los Estados Unidos de América son el país del dólar todopoderoso. En ninguna otra nación del mundo parece estar la vida pública tan dominada por la sed del oro. El poder ilimitado del capital supone necesariamente corrupción. En la América del Norte, sin embargo, esta corrupción no aparece solo en escala gigantesca, sino que —si fuéramos a creer a los críticos norteamericanos— ha llegado a ser una institución reconocida. Mientras en Europa esa corrupción da origen a la censura y a la furia, en Norteamérica se la trata con indiferencia, o no despierta más que una sonrisa indulgente. Lecky declara que si tuviéramos que juzgar a los norteamericanos únicamente por la manera como se conducen en la vida pública, nuestros juicios serían sumamente desfavorables... e injustos.[17]

16 Cesare Lombroso, «I Frutti di un Voto», *Avanti*, nº 2.987, abril 27, 1905.
17 W. E. Lecky, *Democracy and Liberty*, Londres: Longmans, 1899, vol. I, págs. 113-14.

No nos sorprende, entonces, que los Estados Unidos sea el país donde las tendencias aristocráticas de los líderes laboristas, alentadas por un medio contaminado muchas veces por un materialismo grosero y rústico, como acabamos de ver, se hayan desarrollado libremente y en una escala gigantesca. Los líderes del proletariado norteamericano se han limitado a seguir la orientación del capitalismo que domina la vida de ese país. La consecuencia es que su vida partidaria se ha vuelto también esencialmente plutocrática. Una vez que lograron mejorar los jornales y otras ventajas similares, los funcionarios de los gremios, vestidos de etiqueta, se encuentran con los empleadores en suntuosos banquetes. En los congresos es costumbre que obsequien a los delegados extranjeros, y aun a sus esposas, valiosos regalos, joyas, etc. Los servicios especiales de los líderes son premiados con aumentos de sueldo, que a veces alcanzan cifras considerables. Sabemos por una fuente digna de fe que muchos de los líderes laboristas, y especialmente los líderes gremiales, consideran sus puestos simplemente como medios de progreso personal. Según el testimonio de los bien informados, la clase trabajadora norteamericana ha producido hasta hoy muy pocos líderes de quienes tenga motivos para estar orgullosa. Muchos de ellos explotan desvergonzada e inescrupulosamente para fines personales los puestos conquistados por la confianza de sus camaradas. En su conjunto, los líderes laboristas norteamericanos han sido descriptos como «estúpidos y codiciosos».[18] Debemos al propio Gaylord Wilshire —también socialista, y también norteamericano— el siguiente retrato, nada lisonjero, del líder socialista: «Es un hombre que a menudo expresa una insatisfacción social basada sobre su fracaso personal. Es más probable que hable a gritos que con profundidad, por regla general no es hombre educado, y sus demandas y pretensiones se basan muchas veces en la ignorancia.»[19] Los trabajadores inteligentes y honestos suelen ser rechazados, por eso, en las organizaciones laborales, o inducidos a seguir orientaciones equivocadas. También hemos sabido que no

18 Austin Lewis, *The Rise of the American Proletariat*, ed. cit., pág. 200.
19 Gaylord Wilshire, *Wilshire Editorials*, Nueva York: Wilshire Book Co., 1906, pág. 140.

pocos de los líderes están ya en manos de los capitalistas. Por ser *parvenus* sin educación, son muy sensibles a las lisonjas,[20] pero éste parece ser uno de sus menores defectos. En muchas circunstancias no son más que sirvientes pagados por el capital. El «dirigente del gremio» se transforma en un títere en manos del enemigo, un *scab* o, para usar una expresión norteamericana aún más significativa, «un lugarteniente laborista de la clase capitalista».[21] Los propios socialistas nos dan detalles casi increíbles relativos a ciertas categorías de trabajadores norteamericanos que han alcanzado una posición de privilegio, pero que están totalmente desprovistos de sentido moral. Entre los gremios mejor organizados hay algunos que conciertan tratados regulares con los capitalistas, en sus respectivas ramas de la industria, para explotar al consumidor y llegar junto con aquéllos a una división amistosa del botín.[22] En otros casos, los líderes de una federación de gremios, sobornados por un grupo de empleadores, organizan huelgas entre los empleados de otro grupo. Por otra parte, muchas huelgas de trámite ventajoso para los trabajadores desembocan en un fin abrupto porque los empleadores han hecho que les conviniera a los líderes poner fin a la huelga. La ausencia de tendencias socialistas entre los trabajadores norteamericanos, y su falta de conciencia de clase, han sido señaladas con admiración por notables escritores y miembros directivos de la clase empleadora; elogian a esos trabajadores por su inteligencia excepcional, y los muestran como ejemplo a los trabajadores europeos, degenerados y holgazanes.[23] Sin embargo, esos mismos trabajadores norteamericanos inteligentes son llevados de la nariz por aquellos hombres, como acabamos de demostrarlo, y parecen ser los únicos que no ven las fechorías de los líderes laboristas. En realidad, favorecen esas fechorías al negarse a trabajar en el mismo banco que aquellos camaradas suyos, más perspicaces, que han atraí-

20 Austin Lewis, *op. cit.*, pág. 202.
21 Daniel De Leon, *The Burning Question of Trades-Unionism*, ed. cit., págs. 10-12, 41-43.
22 George D. Herron, *The Day of Judgment*, Chicago: Kerr, 1904, pág. 17. Vea también el lector Werner Sombart, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?*, ed. cit., pág. 33.
23 *Cf.*, por ejemplo, E. Cauderlier, *L'évolution économique du XIX^e siècle*, Bruselas, 1903, pág. 209.

do sobre sí la enemistad de los líderes al descubrir y desenmascarar sus fraudes.[24]

La historia de la clase trabajadora organizada de los Estados Unidos rivaliza ciertamente con la historia de una parte de la clase capitalista de ese mismo país, en lo que a la frecuencia de la corrupción se refiere. Un historiador del movimiento laborista norteamericano exclama: «Ambos casos constituyen relatos sórdidos y terribles y, en el caso del trabajo organizado, aparece agravado hasta un grado decepcionante por el heroísmo y el sentimiento que han desempeñado un papel tan notable en los movimientos laboristas de otros países. El cinismo de una civilización basada sobre el dinero parece haberse abierto camino en el corazón de capitalistas y proletarios por igual.»[25] El movimiento laborista norteamericano es el más puro con respecto a su composición proletaria, y al mismo tiempo el más rico en ejemplos de perversión social. Paralelamente a la corrupción vulgar e interesada a la que nos hemos referido, existe, en realidad, una corrupción que surge del idealismo, y que no debe ser confundida con la otra. A veces ocurre que el líder se deja convencer por consideraciones pecuniarias para atacar a un partido dado, cuando el dinero ha sido proporcionado por otros partidos o por el gobierno. Que haga esto presupone, en realidad, que su punto de vista con respecto al dinero es *non olet*; pero interviene y actúa exclusivamente en interés de su partido, sin que un solo centavo del dinero que recibe vaya a su propio bolsillo. Un economista político norteamericano ha señalado, precisamente, que esa corrupción a veces supone una capacidad heroica de sacrificio por parte del líder, quien, para asegurar ventajas a su partido con dinero extraño, se expone a los más feroces ataques y a las peores sospechas, y aun, si fuera necesario, acepta su propia aniquilación política. Ofrece hasta su honor al partido: el mayor sacrificio que puede hacer un hombre de honor.[26] De esta clase, por ejemplo, es la corrupción de que los líderes del movimiento político laborista han sido con frecuencia acusados por los liberales; es decir, cuando aceptaron dinero de los conservadores o del

24 De Leon, ed. cit., pág. 12.
25 Austin Lewis, *op. cit.*, pág. 196.
26 Robert Clarkson Brooks, Nueva York: Dodd, Mead & Co., 1910, págs. 65 y sigs.

gobierno para luchar contra los liberales o los radicales. No faltan ejemplos de este tipo en la historia del movimiento laborista internacional. Así, en Inglaterra, durante la elección general de 1885, los líderes de la federación social democrática aceptaron dinero del partido *tory*, cuyo propósito era dividir los votos de sus adversarios, y asegurarse así la derrota de los candidatos liberales, para lanzar dos candidatos en el distrito metropolitano. La suma pagada en este caso estaba determinada por el número de votos dados al candidato socialista: 8 libras por cada voto.[27] Del mismo modo, Constantino Lazzari, líder del partido laborista milanés, aceptó del gobierno la suma de 500 liras para llevar a cabo una lucha electoral contra los radicales burgueses.[28] En Alemania, la conducta de Schweitzer durante los últimos años en que fue presidente de la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, conducta que llevó a acusaciones de corrupción a las que se sumó Bebel, aparece como dictada por consideraciones semejantes. Al menos ésa es la impresión producida por la lectura cuidadosa de las diversas referencias al tema formuladas por Gustav Mayer.[29] En ninguno de estos casos corresponde acusar a los líderes partidarios de corrupción personal, pues el dinero no fue aceptado para fines personales, sino para una supuesta ventaja para el partido. Si esos procedimientos son hábiles desde el punto de vista político, si contribuyen al progreso general de la moralidad política, es una cuestión diferente. Es indudable que su influencia sobre la mentalidad de las masas no es aleccionadora en un buen sentido. Además, son particularmente peligrosos para la propia moral de los líderes. La corrupción por motivos honorables muy probablemente puede ir seguida por una corrupción deshonrosa. Si el método fuera aceptado como un elemento normal y legítimo de la política partidaria, sería fácil que los líderes capaces pero inescrupulosos se echaran al bolsillo una parte del precio de la corrupción, y siguieran siendo, no obstante,

27 Bernard Shaw, *The Fabian Society: What it has done: How it has done it*, Londres: Fabian Society, 1892, pág. 6.
28 Alfredo Angiolini, *Cinquant'anni di Socialismo in Italia*, 1ª ed., Florencia: Nerbini, 1900, pág. 135.
29 Gustav Mayer, *J. B. Schweitzer*, Jena: Fischer, 1909, págs. 129, 161, 181, 195, 321, 379.

más «útiles» al partido que sus colegas más desinteresados y conscientes. Este sería el principio del fin, y abriría las puertas a la plutocracia dentro del partido.
No se puede decir que los líderes laboristas ingleses sean en este sentido mejores que los norteamericanos, aunque en Inglaterra la corrupción toma quizás una forma más sutil y menos notoria. En el congreso de Amsterdam (1906), Bebel refirió en una conversación privada lo que Marx y Engels le habían dicho una vez en Londres: «El socialismo inglés estaría mucho más adelantado de lo que está hoy, si los capitalistas no hubieran sido lo bastante inteligentes para frenar el movimiento mediante la corrupción de sus líderes.»[30] Hyndman, el líder de los marxistas ingleses, hombre de origen burgués que sacrificó una carrera diplomática por la causa del socialismo, refiere en sus memorias que muchos de los líderes de la clase trabajadora y entre ellos los más enérgicos y mejor dotados, después de haber adquirido una cultura política auténtica con ayuda de socialistas de origen burgués, no vacilaron en vender esta nueva adquisición a la burguesía. Tampoco se quejan de esto los propios trabajadores que, llenos de admiración por lo que llaman habilidad de sus líderes, han hecho posible con sus votos la elevación gradual de éstos en la vida pública.[31] Otro autor que conocía bien el movimiento laborista inglés declaró: «Un prominente líder laborista señaló hace poco que el movimiento del trabajo era un osario de reputaciones malogradas. Es mucho decir, pero, en esencia, ¡cuánta verdad!»[32]
En los Estados Unidos y, aunque en grado menor, también en Inglaterra, existe así una categoría peculiar de líderes de la clase trabajadora, de origen proletario. Entre éstos hay muchos hombres de carácter fuerte, e indudablemente muchos que no son influidos por consideraciones egoístas, aunque son pocos los que tienen miras excelsas, que están dotados de una aguda perspicacia teórica o de capacidad para el trabajo político coherente y para eludir las oportunidades de error. Casi todos ellos

30 Daniel De Leon, *Flashlights of the Amsterdam Congress*, Nueva York: Labor News Co., 1906, pág. 41.
31 H. M. Hyndman, *The Record of an Adventurous Life*, Londres: Macmillan, 1911, pág. 433.
32 S. G. Hobson, *Boodle and Cant, loc. cit.*, pág. 588.

son excelentes organizadores y técnicos pero, aparte de estas categorías en cierto sentido excepcionales, no hay duda de que muchos de los líderes laboristas poseen una educación pobre y son egoístas y arrogantes. Casi podríamos imaginar que Diderot tuvo una premonición de estos individuos cuando hizo decir a su ambicioso mendigo parisiense Lumpazius: «Seré como todos los mendigos que tienen traje nuevo: el bribón más insolente que jamás hayáis conocido.»[33]

33 Traducido de Diderot, *Le Neveu de Rameau*, París: Delarue, 1877, pág. 44.

6. La necesidad de intelectuales en los partidos de la clase trabajadora

En los primeros días del movimiento laborista los intelectuales burgueses que se acercaban a la causa de los trabajadores eran considerados por éstos con profunda estima; pero a medida que el movimiento maduró, la actitud del proletariado se transformó en una actitud crítica desmedida. Esta antipatía por parte de la masa de los socialistas se basa sobre presuposiciones falsas, y proviene de dos puntos de vista antitéticos. Algunos, como el grupo del *Neue Zeit* y el del *Leipziger Volkszeitung* en Alemania, con el apoyo de los obreros de mentalidad revolucionaria de Berlín, de las dos Sajonias y de la Westfalia renana, persistiendo en el mantenimiento de concepciones revolucionarias intransigentes, se creían justificados cuando acusaban a los intelectuales de una tendencia a «borrar los límites» del movimiento laborista, a «diluirlo», a darle características «burguesas», a quitarle la virilidad proletaria y a insuflarle un espíritu oportunista de componenda. Los otros, los reformistas, los revisionistas, que encontraban inconveniente el *principiis obstal* continuamente repetido con el cual los hostigaban los revolucionarios, atacaban por su parte a los intelectuales, y los consideraban intrusos entremetidos, profesores fosilizados, etc., como personas totalmente desprovistas de ideas sólidas relativas al movimiento laborista y sus necesidades, que perturbaban su curso normal con sus ideas sobre el estudio. De este modo, mientras el primer grupo de críticos consideraba a los intelectuales como reformistas en su mayor parte, los socialistas de mentalidad burguesa de la extrema derecha (el otro grupo de críticos) los catalogaban como ultrarrevolucionarios, como socialistas anarquizantes de la extrema izquierda. En Italia, hacia 1902, los intelectuales se encontraron entre dos fuegos. Por un lado los reformistas pretendían representar la energía proletaria sana de las

organizaciones económicas de los campesinos, comparados con los *circoletti ambiziosetti* («las camarillas ambiciosas», es decir, los grupos socialistas de las ciudades), compuestos en su mayor parte de burgueses y pequeños burgueses, según afirmaban. En cambio, los revolucionarios del grupo *Avanguardia Socialista* integraban las listas contra los empleados y los líderes burgueses, en nombre del proletariado de obreros industriales con conciencia de clase. Así, los intelectuales eran víctimas propiciatorias de ambas facciones por igual, y se los hacía responsables de todos los errores y faltas del partido. Pero ambos bandos estaban equivocados. Por sobre todo es muy difícil imaginar las razones que habrían inducido a esos refugiados de la burguesía a sumarse a las alas de extrema derecha del partido de la clase trabajadora. Cabría sostener la tesis adversa, por razones psicológicas e históricas; pero éstas, aunque sólidas, no son decisivas.

1. Consideremos primero los argumentos psicológicos. Kautsky, al referirse a un período cuando «aun las personas educadas estigmatizaban al socialismo como criminal e insano» (período que Kautsky imagina equivocadamente que ya ha pasado), formula la observación atinada de que el burgués que se suma a la causa socialista necesita más firmeza de carácter, mayor pasión revolucionaria y fuerza de convicción más grande que el proletario que da un paso semejante.[1] Las violentas luchas internas y externas, los días llenos de amargura y las noches sin sueño, durante las cuales su fe socialista maduró, se combinan para producir en el socialista de origen burgués, especialmente si proviene de los círculos más altos de la burguesía, un ardor y una tenacidad que es difícil encontrar entre los socialistas proletarios. Ha roto completamente con el mundo burgués, y en consecuencia lo enfrenta como a un enemigo mortal, como algo irreconciliable *a priori*. La consecuencia es que en la lucha contra la burguesía, el intelectual socialista se inclina hacia las tendencias más revolucionarias.

Sin embargo, hay otra razón que lleva al antiguo burgués a hacer causa común con los socialistas intransigen-

1 Karl Kautsky, «Die Soziale Revolution. 1. Sozialreform u. Soziale Revolution», *Vorwärts*, Berlín, 1902, pág. 27; también «Republik u. Sozialdemokratie in Frankreich», *Neue Zeit*, XXIII, nº 11, pág. 333.

tes: su conocimiento de la historia y de la naturaleza íntima de la burguesía. Es bastante difícil que el socialista proletario posea una idea precisa de la fuerza de sus adversarios y comprenda la naturaleza de los medios de lucha de que disponen. Con frecuencia, también, lo inspira una admiración ingenua por los intentos benévolos de reforma social auspiciados por ciertos estratos de la burguesía. Frente a ofrecimientos de panaceas, más o menos serios o más o menos engañosos, muchas veces está en la situación del campesino en la feria, que atiende boquiabierto al charlatán que exalta las virtudes milagrosas de sus remedios. El socialista de origen burgués, en cambio, interpretará con más exactitud los esfuerzos realizados por la burguesía para adormecer el movimiento laborista. Su experiencia de burgués le permitirá descubrir con más perspicacia los motivos reales de los distintos procedimientos del enemigo. Reconocerá actos de lisonja ruin, realizados con propósitos de corrupción, allí donde sus camaradas proletarios creerán ver actos caballerescos y pruebas de un espíritu conciliatorio. El socialista burgués comprenderá que es un progreso infinitesimal en el camino infinitamente largo de la lucha de clases, lo que los socialistas proletarios consideran un gran paso adelante hacia el fin.

La diferencia de nivel intelectual presente entre quienes defienden la misma idea, derivada de su extracción respectivamente proletaria o burguesa, debe reflejarse —por fuerza— en la forma en que éstos representan la idea frente a los no socialistas, y en las tácticas que emplean con los adversarios y los simpatizantes. El proceso psicológico que se desarrolla en los socialistas de estas dos categorías se apoya sobre una base lógica: el proletario afiliado al partido, que no deja de ser un simple miembro de la masa, sigue el progreso realizado en todos los terrenos por la idea en cuyo apoyo lucha con entusiasmo; advierte el crecimiento del partido, y experimenta en su propia persona los aumentos de jornales conquistados por la lucha con los empleadores; además de ser miembro del partido, pertenece a su gremio, y con frecuencia también a una sociedad cooperativa. La experiencia en estas diversas organizaciones le produce un sentimiento de relativa satisfacción. Considera la evolución socialista dentro de una perspectiva color de rosa, y es fácil que

tenga un concepto optimista de la distancia que su clase debe recorrer para llegar al cumplimiento de su misión histórica. En última instancia considera el progreso social como un movimiento rectilíneo y continuo. Le parece increíble y hasta imposible que el proletariado sufra reveses y desastres; cuando acontecen en la realidad los ve como fenómenos transitorios. Esta actitud mental lo torna generoso y considerado, aun con sus adversarios, y está lejos de rechazar la idea de pactar la paz con el enemigo, y practicar la colaboración de clases. Es innecesario decir que dicha actitud se acentúa entre aquellos proletarios que alcanzan una posición eminente dentro del partido.

2. Estas consideraciones no carecen de corroboración histórica. Confirma su verdad un estudio de las actividades de aquellos socialistas que nacieron en la aristocracia, o en los estratos superiores de la burguesía, tales como Bakunin y Kropotkin, ambos nobles rusos y ambos anarquistas; Friedrich Engels y Karl Marx. Por regla general, en todas las grandes cuestiones en que el partido tiene que intervenir, el socialista ex burgués es quien manifiesta la preferencia por las soluciones más radicales e intransigentes: por las que están más de acuerdo con los principios socialistas, en realidad. También es cierto, por supuesto, que (como muestra la historia del movimiento de la clase trabajadora) muchas corrientes «reformistas» han sido vigorosamente introducidas por elementos intelectuales. Es indiscutible que, si bien el reformismo alemán no fue creado, en verdad, por la pequeña falange agrupada alrededor del *Der Sozialistische Student* de Berlín, la tendencia reformista fue auspiciada de manera enérgica y ostensible, desde los primeros días de su formulación, por los miembros de ese grupo. Un examen cuidadoso nos muestra con claridad, sin embargo, que el mayor impulso de la tendencia reformista en Italia lo dieron los líderes de los gremios, personas de origen proletario. Además, siempre y en todas partes, se caracterizaron categóricamente por el espíritu reformista los movimientos más exclusivos de la clase trabajadora. Para ilustrar esto podemos mencionar: el grupo francés de la Asociación Internacional de Trabajadores, reunido alrededor de Fribourg y Tolain; los gremialistas ingleses; los «integralistas» de Francia, cuyo origen fue la *Revue Socialiste*,

editada por el amable Bénoît Malon, antiguo obrero manual (la voz de alarma contra esta forma de socialismo la dio primero el estudiante de medicina Paul Brousse, luego los marxistas intransigentes bajo la dirección de Paul Lafargue, quien acababa de obtener su diploma de médico en Inglaterra, y finalmente el hombre de letras Jules Guesde); el partido laborista independiente, con la comisión de representación laborista; los socialistas de Génova, dirigidos por el lustrador Pietro Chiesa; los campesinos de Reggio Emilia. Esta tendencia se manifestó desde la aparición del moderno movimiento laborista. Bernstein dice con buenas razones que, a pesar de todas las afirmaciones en contrario, en el movimiento chartista inglés, los intelectuales se caracterizaron por inclinaciones notablemente revolucionarias. «En los debates entre los chartistas, la tendencia radical o revolucionaria no era en modo alguno característica de los elementos proletarios; ni lo era la tendencia moderada, de los elementos burgueses. Los representantes más notables del espíritu revolucionario eran hombres de la burguesía, hombres de letras, etc., en tanto que eran los líderes procedentes de la clase trabajadora quienes abogaban por métodos moderados.»[2] Para resumir, y dejando de lado la cuestión de si el movimiento reformista fue bueno o malo para la clase trabajadora, podemos afirmar que, en general, los líderes de la clase trabajadora de origen proletario tienen una tendencia especial a adoptar la actitud reformista. Como prueba de esta afirmación baste mencionar los nombres de Anseele en Bélgica, Legien en Alemania y Rigola en Italia. El término *possibilisme ouvrier* dista de ser un invento malicioso.

No es fácil encontrar pruebas estadísticas de la afirmación de que los socialistas de origen burgués sean más a menudo revolucionarios que reformistas. En cambio, la historia del socialismo italiano durante los últimos años nos presenta una demostración interesante de la tesis adversa (analizaremos más adelante las causas de esta peculiaridad). La organización socialista oficial de Milán, la *Federazione Milanese*, que padecía una pobreza crónica debido a la lentitud con que la mayoría de los miembros pagaban sus cuotas, propuso en el año 1903 un re-

2 Eduard Bernstein, *Zur Theorie u. Geschichte des Sozialismus*, 4ª ed., Berlín: Ferd. Dümmler, 1904, parte II, pág. 18.

curso adoptado con frecuencia por los socialistas italianos. A partir de entonces las cuotas mensuales ya no serían iguales para todos los camaradas, sino que los más pudientes eran invitados a pagar en proporción con sus recursos. Esta reforma, inspirada por un sentimiento profundamente socialista, condujo a los reformistas de Milán (quienes, como consecuencia de sus diferencias con los revolucionarios, durante mucho tiempo habían estado al acecho de una excusa honorable para abandonar la federación, donde la corriente revolucionaria predominaba) a renunciar, declarando que consideraban totalmente injusto el nuevo sistema de pago. En esta oportunidad pareció que eran los miembros más acomodados quienes renunciaban, de manera tal que éstos, los burgueses, manifestaban la tendencia reformista.[3] También hay que hacer notar que durante los últimos años (desde 1901) la gran mayoría de los intelectuales italianos se declararon decididamente reformistas mediante la adhesión más o menos incondicional al oportunismo de Turati. Los casos que acabamos de citar parecen contradecir la regla enunciada antes, en el sentido de que los refugiados de la burguesía son contrarios al oportunismo; pero la contradicción solo es aparente. Se ha dicho muchas veces que la intransigencia de los socialistas ex burgueses deriva de la circunstancia de que en su camino hacia el proletariado con conciencia de clase han debido abrirse paso a través de un matorral espinoso, luchando con violencia y padeciendo muchas heridas; y esta empresa valiente demuestra que están dotados de una capacidad de sacrificio excepcional por el ideal, y que tienen la energía del guerrero nato. Con el correr de los años, sin embargo, este manantial primario de energía revolucionaria se ha secado, pues la ruta del afiliado burgués al socialismo se ha hecho más fácil. Es una regla general que cuando cambia el terreno cambia la calidad de la fruta. Esto es lo que ocurrió en Italia.

La historia reciente del socialismo demuestra que los intelectuales se distribuyen en proporción casi igual entre las diversas tendencias. Si nos limitamos a los ejemplos

3 «I Casi di Milano», memorial presentado por la federación de Milán al ejecutivo partidario y a los camaradas italianos (Milán: Stamp. editr. Lombarda di Mondoini, 1903, pág. 18).

alemanes, encontramos que fue un médico, Raphael Friedeberg, quien inauguró el socialismo anarquizante; una tendencia similar aparece en el doctor en filosofía Otto Buck, tolstoiano kantiano, y en Ernst Thesing, doctor en medicina, y al mismo tiempo teniente de caballería. Si entre los reformistas encontramos al abogado Wolfgang Heine, al ex estudiante de teología Richard Calwer, al ex estudiante de ciencias políticas Max Schippel, pastor Göhre, al otrora profesor de liceo Eduard David, al doctor en filosofía Heinrich Braun, y a muchos otros intelectuales, en el campo adversario —el de los revolucionarios— encontramos al doctor en filosofía Franz Mehring, al doctor en medicina Paul Lensch, a Rosa Luxemburg, a Israel Helphant (Parvus), al ex estudiante Max Grunwald, al ex abogado Arthur Stadthagen, al abogado Karl Liebknecht, y a Karl Kautsky, quien escapó por milagro de ser condenado con el título de doctor. Vemos, entonces, que en Alemania los intelectuales no pueden ser clasificados con exclusividad como revolucionarios ni como reformistas.

• • •

La lucha contra los intelectuales dentro del partido socialista obedece a diversas causas. Se origina como una lucha por el liderazgo entre los propios intelectuales. Luego viene una lucha entre los representantes de las diferentes tendencias: la estricta adhesión lógica a la teoría contra la crítica; el oportunismo contra el imposibilismo, el gremialismo a la manera inglesa contra el marxismo doctrinario como filosofía de la historia, el reformismo contra el sindicalismo. De tiempo en tiempo estas luchas toman la forma de ataques del grueso del partido contra algún elemento pequeño y heterogéneo que ha invadido el movimiento laborista. Quienes primero dejan oír la voz de alarma contra los intelectuales no siempre son los auténticos obreros manuales, ni quienes lo han sido; pero lo cierto es que la clase trabajadora sospechó siempre de aquellos elementos del partido que provenían de otros medios sociales. Clara Zetkin escribe con justicia: «Es probable que el refugiado burgués se encuentre solo e incomprendido entre sus camaradas en la lucha. Es a un tiempo extranjero y ciudadano en el valle de las clases pudientes, con las que está vinculado

por educación y costumbres; simultáneamente también es un extranjero y un ciudadano entre las cumbres del proletariado, a quien lo ligan en firme comunidad sus convicciones.»[4] La fuerza de la tradición lo impulsa con empuje peculiar hacia las personas de cultura.

La frialdad de su recepción en el nuevo medio le resulta doblemente dura. Los intelectuales, que han entrado al partido con el acicate del idealismo, pronto se sienten humillados y desilusionados. Las masas, además, son incapaces de apreciar la magnitud de los sacrificios que a menudo acepta el intelectual cuando se afilia al partido. Cuando Paul Göhre refirió al congreso de Dresde cómo, por amor a la causa, había renunciado a su profesión y a sus ingresos, a su situación social y aun a su familia, muchos periódicos socialistas respondieron que todo esto —para decirlo con buenas palabras— era sentimentalismo sensiblero, y que los intelectuales socialistas, cuando hacen esos «sacrificios», no piensan en la causa de los trabajadores sino en ellos mismos. En una palabra, los camaradas demostraron ser totalmente insensibles a la grandeza del sacrificio que Göhre había hecho por amor a ellos. La verdad es que en este aspecto, como en muchos otros, los intelectuales y los proletarios carecen de capacidad para la comprensión mutua.

En Alemania, como en Italia, Francia y en algunos de los países balcánicos los intelectuales han sido objeto de las acusaciones más graves. Ha habido oportunidades en la historia del socialismo alemán en que los miembros educados del partido se han visto expuestos al menosprecio universal. Baste recordar el congreso de Dresde (1903), durante el cual toda la complicada cuestión de la táctica pareció reducirse al «problema de los intelectuales». Aun hoy con frecuencia son tratados como sospechosos. Quedan todavía intelectuales que piensan que es necesario demostrar a las masas que, a pesar de las circunstancias agravantes de su origen social y de su educación superior, son buenos socialistas. Seguramente dista de ser heroica esta persistencia con la cual los intelectuales se muestran dispuestos a negar su verdadero carácter social, y a pretender que tienen manos encallecidas; pero es necesario que no nos engañemos. Merlino

4 Clara Zetkin, «Geistiges Proletariat, Frauenfrage u. Sozialismus», conferencia, *Verlag Vorwärts*, Berlín, 1902, pág. 32.

da en el clavo cuando advierte con sarcasmo que este estado de cosas dura solo hasta el momento en que los intelectuales logran ganar el gobierno del movimiento de la clase trabajadora.[6] Entonces se sienten seguros: ya no necesitan llevar la máscara, al menos en sus relaciones con la masa. Si siguen adoptando la postura del humilde demagogo, sin embargo, lo hacen por el vago temor de ser acusados de tiranos por los partidos burgueses, pero aún más para evitar las críticas de sus competidores en la clase trabajadora.

Es oportuno reconocer que la desconfianza a los intelectuales, aunque en gran parte es un producto artificial, tiene su lado bueno. Pues esta desconfianza llevó a no pocos intelectuales extravagantes y excéntricos, proclives a desempeñar un papel pintoresco con su adhesión a los socialistas, a buscar otro sitio. Nada sería más desastroso para los trabajadores que tolerar el gobierno exclusivo de los intelectuales. Los estudios universitarios no están solo abiertos a aquellos individuos que poseen dotes naturales excepcionales: no es sino un privilegio de clase, del que gozan personas de situación económica ventajosa. Por consiguiente, ningún estudiante tiene derecho a estar orgulloso de su capacidad y su conocimiento. No necesita vanagloriarse de escribir «doctor» antes de su nombre ni *Master of Arts* después. Todo proletario de inteligencia mediana, si tuviera los medios necesarios, podría alcanzar un título universitario con la misma facilidad que lo hace el burgués medio. Además, y por sobre todo, no se puede negar que, para el desarrollo saludable del movimiento proletario, sería incomparablemente mejor que la desconfianza de los trabajadores hacia los refugiados burgueses fuera cien veces mayor de lo necesario, en lugar de que el proletariado sea engañado —siquiera una vez— por confiar demasiado en sus líderes. Pero lamentablemente, según lo vemos en la historia del movimiento laborista moderno, ni siquiera la exclusión total de los intelectuales salvaría a la clase trabajadora de muchos engaños.

Desde el punto de vista ético el rechazo que experimentan los no intelectuales por los intelectuales, carece totalmente de justificación. Es un hecho positivo que aun

6 F. S. Merlino, *Collettivismo, Lotta di Classe e ... Ministeri*, réplica a E. Tuarati, Florencia: Nerbini, 1904, pág. 34.

hoy, en muchos países, el refugiado burgués que se afilia al partido de los trabajadores revolucionarios, al partido de la «subversión social» o, como lo expresó Guillermo II, «la chusma de malos patriotas que son indignos de llevar el nombre de alemanes», sufre graves perjuicios económicos y sociales. En cambio el proletario obtiene por lo general ventajas a este respecto cuando adhiere al partido de su propia clase, y suele ser llevado a dar este paso por motivos de egoísmo de clase. Indiscutiblemente, la clase trabajadora que lucha en el campo político necesita que los reclutas de sus mismas filas puedan elevarse a la situación de oficiales del ejército proletario. También es natural que estos líderes cuenten con los medios necesarios, y que estén afirmados en sus puestos; pero los trabajadores que se han elevado así en la escala social hacen mal en desdeñar a sus asociados ex burgueses, que han descendido en la escala social y se han transformado con ello en *déclassés* voluntarios por amor al partido.

Surge de todo lo que hemos dicho que la campaña contra los intelectuales en el partido socialista, aunque pueda estar justificada en algunos casos particulares, en general es totalmente injusta, y a menudo inoportuna y absurda. Aun el movimiento laborista alemán, a pesar del alto grado de organización técnica alcanzado, no pudo prescindir de los intelectuales. Si bien, como ya hemos visto, su carácter general es decididamente proletario, y cuenta entre sus líderes autoritativos a hombres de origen proletario, tales como August Bebel, Ignaz Auer, Johannes Timm, Martin Segitz, Adolph von Elm, Otto Hué, etc., cabe afirmar que el socialismo alemán perdería mucho de su prestigio si eliminara a los intelectuales.

Según Mehring, la utilidad de los intelectuales para el proletariado no está tanto en servir como camaradas combatientes en la lucha, sino en desempeñar la parte de teorizadores que alumbran el camino. Escribe: «Si quieren ser luchadores prácticos y no teorizadores, resultan, en tanto afiliados al movimiento laborista, totalmente insignificantes, pues ¿para qué puede servir la adhesión de unos pocos centenares de intelectuales a millones de trabajadores, si vemos que estos últimos ya están mucho mejor equipados que los primeros para el zafarrancho de la vida práctica?» En cambio, sostiene, los in-

telectuales tienen mucho valor para el proletariado en la elaboración de la teoría de la lucha de clases; ellos muestran el nexo histórico entre el movimiento laborista y el proceso mundial en su totalidad; ellos cuidan que los trabajadores no pierdan de vista la decidida relación entre cada uno de los sectores de su movimiento y el proceso de transformación mundial, cuya realización, todo lo rápido que sea posible, debe ser su finalidad. Así, la tarea de los intelectuales consiste en «mantener la frescura y el vigor de los trabajadores en su movimiento hacia los grandes objetivos, y esclarecer para ellos las relaciones sociales que aseguran la inminente victoria del proletariado».[6]

No es necesario que emprendamos aquí la defensa de la inteligencia del proletariado contra quienes, al comprender que los intelectuales son históricamente necesarios para el partido socialista, quieren impugnar sobre esa base la capacidad política de los obreros manuales. Todo aquel que haya seguido con atención la historia del movimiento internacional de la clase trabajadora sabe cuánta buena voluntad y competencia encontramos en ese partido proletario que, empapado en conciencia de clase, ha concebido el propósito de luchar por su propia emancipación; sabe cuánta inteligencia, devoción al deber, calma y energía infatigable han exhibido en esta causa los trabajadores de todos los países. Como directores de sociedades cooperativas, empleados de gremios, editores de periódicos socialistas, los proletarios han demostrado, desde el punto de vista técnico, ser modelos dignos de ser imitados por los burgueses que emprendan actividades similares. Si a pesar de todo esto encontramos a veces en los partidos internacionales de la clase trabajadora que a los refugiados burgueses se les asigna con frecuencia la tarea de tratar los problemas teóricos, y en muchos casos la conducción suprema de las cuestiones de política práctica (aunque en esta última esfera los proletarios conservan siempre gran influencia), este fenómeno, lejos de ser un *testimonium paupertatis intellectualis* por parte del proletariado combatiente, encuentra una explicación completamente natural en la organización económica de la producción contemporánea. Esta

6 Franz Mehring, «Akademiker u. Proletarier», II, *Leipziger Volkszeitung*, XI, nº 95.

organización (en tanto que permite que el jornalero cultive su inteligencia cuando las condiciones son favorables), puesto que monopoliza las ventajas supremas de la civilización *ad usum Delphinorum*, hace imposible que el obrero *inteligente* llegue a *intelectual*. Indiscutiblemente, la producción moderna necesita obreros inteligentes tales como los que encontramos en el proletariado moderno. Pero también tiene necesidad de intelectuales; es decir, de personas cuya capacidad mental natural haya sido objeto de un adiestramiento adecuado. Hoy la clase dirigente, entre cuya parentela son reclutados estos intelectuales, los proporciona en cantidad suficiente. En consecuencia, la industria privada no tiene interés en abrir para el proletariado todas las compuertas de la instrucción. Además, en lo que a la agricultura se refiere, muchos terratenientes declaran con cinismo que cuanto más ignorante es el obrero tanto mejor les sirve. La consecuencia de todo esto es que el socialista de origen burgués ha disfrutado de lo que falta por fuerza todavía al proletario moderno. Aquél ha tenido tiempo y medios para completar su educación política; ha tenido la libertad física de ir de un lugar a otro, y la independencia material sin la cual la actividad política, en el verdadero sentido de la palabra, es inconcebible. Por eso no debe asombrarnos que el proletariado siga dependiendo, en alguna medida, de los refugiados burgueses.

En 1894, en el congreso de Francfort del partido socialista alemán, fue designada una comisión para el estudio de la cuestión agraria, y de los quince miembros que la componían no menos de nueve eran intelectuales. Esta desproporción se torna especialmente manifiesta si recordamos que entre los líderes del partido socialista alemán hay una preponderancia numérica excepcional de elementos de la clase trabajadora; pero aquella comisión tenía que tratar problemas específicos, que solo podían ser resueltos por quienes hubieran recibido una educación científica. Lo mismo ocurre dondequiera que existan problemas legales, económicos o filosóficos, que deban ser tratados con competencia técnica; en una palabra, dondequiera que las cuestiones debatidas no sean plenamente comprendidas salvo por quienes han realizado estudios preliminares prolongados y profundos. Todos

los días se presentan casos para los cuales es incompetente el autodidacto. La creciente modernización de las instituciones estatales y la socialización progresiva de la vida colectiva, junto a la conquista de mejores condiciones de trabajo para los trabajadores, quizás hagan paulatinamente que la colaboración de los intelectuales sea menos esencial; pero esto es una cuestión para un futuro remoto. Entretanto, un movimiento como el del proletariado moderno no puede permitirse el lujo de esperar el grado de madurez que le permita reemplazar a los ex burgueses que hay entre sus líderes, por hombres de origen proletario.

Los elementos burgueses del partido de la clase trabajadora socialista no pueden ser expulsados por la fuerza ni excluidos por resoluciones de congresos partidarios: son elementos integrantes del movimiento, cuya existencia no necesita explicaciones. Un movimiento laborista político sin desertores de la burguesía sería históricamente tan inconcebible como si careciera de un proletariado con conciencia de clase. Esta consideración se aplica, por sobre todo, a los comienzos del movimiento laborista, pero sigue siendo aplicable al movimiento en la forma que lo conocemos hoy.

Quinta parte
Intentos por restringir la influencia de los líderes

1. El referéndum

En el campo de la ley pública, la democracia alcanza su punto culminante en ese complejo de instituciones que existe en Suiza, donde el pueblo tiene el derecho del referéndum y de la iniciativa. El uso del referéndum es obligatorio en Suiza en muchos casos que están legalmente determinados. Las medidas legislativas presentadas por el organismo representativo han de ser sometidas a un voto popular, para su aceptación o rechazo. Además, la ciudadanía ejerce el poder de legislación directa. Cuando cierto número de votantes reclama la derogación de una ley o la introducción de otra nueva, la cuestión debe ser sometida al voto popular. Estos importantes derechos populares se complementan con la elección popular directa de las autoridades ejecutivas supremas, como en los Estados Unidos. Aunque estas disposiciones democráticas muchas veces han demostrado ser poco democráticas en sus resultados, en la práctica real (el referéndum, por sobre todo, demostró a menudo que las masas democráticas tienen menos comprensión democrática que el gobierno representativo), y aunque los principales socialistas han criticado por eso con buenas razones tales manifestaciones de democracia, otros socialistas consideran que esas instituciones son la solución definitiva de todas las cuestiones de legislación pública, y de la contradicción práctica de opinión que engendra la oligarquía como necesidad natural, y afirman que mediante el referéndum y la iniciativa, la influencia decisiva en cuestiones legales se transfiere de la asamblea representativa a la totalidad de los ciudadanos.

Hoy los partidos democráticos, en lo que a sus organizaciones internas se refiere, o bien han dejado de adoptar los principios de la soberanía popular directa, o bien aceptaron la aplicación de estos últimos únicamente después de largas vacilaciones y en casos excepcionales. Des-

de el punto de vista democrático son en ese aspecto inferiores a muchos cantones suizos. Por ejemplo, la democracia social alemana no somete las deliberaciones de sus congresos a ratificación por la totalidad del partido. Además, y aquí las disposiciones alemanas difieren de las imperantes entre los socialistas de Italia, Francia e Inglaterra (donde el voto se basa sobre el número de afiliados de las secciones locales que los delegados respectivamente representan), en Alemania las decisiones del congreso se determinan por simple mayoría de delegados. Tenemos, por ende, parlamentarismo en lugar de democracia. Es verdad que todos los miembros del partido socialista tienen el derecho de someter cualquier moción que deseen al congreso anual; pero la iniciativa así planteada es puramente nominal. Las mociones enviadas por individuos casi nunca son tomadas en consideración y jamás son aprobadas, y en consecuencia, apenas unos pocos maniáticos hacen uso de ese derecho. Cuando el congreso está ya deliberando, no menos de diez delegados tienen que presentar una nueva resolución para que sea tratada. La única institución de los partidos socialistas modernos que corresponde al derecho de iniciativa es aquella en virtud de la cual el ejecutivo está obligado a convocar un congreso extraordinario cuando lo solicita cierto número de sus miembros: en Alemania quince secciones; en Italia una décima parte de los miembros como mínimo; en Bélgica dos federaciones provinciales o veinte secciones.

En el partido socialista italiano el referéndum fue practicado durante cierto tiempo, en especial en lo relativo a cuestiones en las cuales un congreso precedente no se había pronunciado, o cuando esta decisión no había sido suficientemente clara. Desde 1904 hasta 1906 el consejo ejecutivo recurrió a este medio en cuatro ocasiones. En una de ellas la cuestión sometida a debate fue el derecho de las minorías de las filiales locales a constituir filiales autónomas. De las 1.458 secciones consultadas, respondieron 778 (166 a favor, 612 en contra). En otra ocasión fue necesario consultar al partido acerca de la compatibilidad de la francmasonería con el socialismo, y preguntar si los miembros del partido podían seguir siendo miembros de las logias. La participación de los miembros en este referéndum fue insignificante, pero las

respuestas recibidas eran en su mayoría adversas a la francmasonería. En los otros dos casos de aplicación del referéndum, uno concernía a las cuestiones locales de Milán y el otro a la elección de bancas para un congreso. De esta manera, el empleo del referéndum en Italia estuvo muy restringido, y los resultados han sido mediocres. En Inglaterra, muchos de los gremios, después de haber utilizado durante largo tiempo el referéndum, han abandonado ahora la práctica, sobre la base de que lleva a una pérdida de estabilidad táctica y de que es perjudicial para las finanzas y para las tareas de administración. En Alemania, donde a pesar de las vacilaciones de la mayoría, el referéndum fue introducido en ciertos distritos para la elección de delegados al congreso, pronto se advirtió que solo aquellos camaradas que habían tomado parte en las reuniones relativas a cuestiones partidarias y conocían la actitud asumida a este respecto por los diversos candidatos, tenían conocimientos suficientes para participar en la elección de delegados. En consecuencia, la aplicación del referéndum para la elección de delegados llegó a ser considerada como una medida peligrosa, que tendía a privar al acto electoral de la soberanía de la asamblea. En Holanda, donde el referéndum es obligatorio para la elección de la comisión ejecutiva del partido socialista, en 1909 la participación de la masa en la elección fue tan pequeña que (a pesar de las violentas luchas internas que agitaban entonces los centros más altos del partido) apenas la mitad de los miembros ejerció su derecho al voto. La historia del referéndum como recurso democrático utilizado por los partidos socialistas puede ser resumida diciendo que su aplicación ha sido muy rara, y que sus resultados fueron desgraciados. Esto último se debió a la manera confusa de plantear las cuestiones y a la participación inadecuada de las masas. La aplicación poco frecuente, dentro del partido socialista, de esta apelación directa a los miembros, exhibe un contraste notable con el uso abundante que hace de ella el organismo nacional burgués de Suiza, y está en flagrante contradicción con el reclamo que formula todo socialista de un estado de legislación directa por parte del pueblo, mediante la iniciativa y el derecho del veto popular. Cuando atañe a la vida partidaria, los socialistas rechazan

en su mayor parte estas aplicaciones prácticas de la democracia, y usan contra ellas argumentos conservadores, semejantes a los que estábamos acostumbrados a oír de parte de los adversarios del socialismo. En artículos escritos por líderes socialistas se pregunta con ironía si sería bueno subordinar el liderazgo del partido a las masas ignorantes, simplemente por amor a un principio democrático abstracto. Algunas opiniones conservadoras armonizan a la perfección con el pensamiento aquí expresado, solo que hablan de «estado» en lugar de «partido». El referéndum está expuesto a la crítica en la misma medida y por las mismas razones que lo está cualquier otra forma de gobierno popular directo. Las dos objeciones principales son la incompetencia de las masas y la falta de tiempo. Bernstein ha dicho con buenas razones que aun cuando solo fueran sometidas al voto popular las cuestiones políticas y administrativas más importantes, el feliz ciudadano futuro encontraría todos los domingos sobre su escritorio un número tan grande de interrogantes, que pronto perdería todo entusiasmo por el referéndum. Es sin embargo con respecto a las cuestiones que reclaman una pronta decisión que el referéndum demuestra ser particularmente impracticable, ya que choca con el carácter militante del partido, estorba la movilización rápida. Además, en los casos más importantes, como cuando es necesario determinar la actitud del partido socialista frente a una guerra inminente, el empleo del referéndum se haría imposible por la oposición enérgica del Estado. Cabe agregar que es fácil para los jefes desorientar a las masas mediante enunciados hábiles de las cuestiones, reservándose para sí el derecho de interpretación en el caso de ofrecer respuestas ambiguas, precisamente porque las preguntas han sido formuladas de manera ambigua. El referéndum, por su carácter absoluto y su rechazo de todas las críticas, favorece el dominio de los aventureros astutos. George Sand describe el plebiscito, cuando no está compensado por la inteligencia de las masas, como un ataque a la libertad.[1] El poder del bonapartismo, en realidad, se basó sobre el referéndum.[2]

1 G. Sand, *Journal d'un voyageur* . . . , ed. cit., pág. 306.
2 Resultado de las elecciones plebiscitarias de Napoleón I (*Idées napoléoniennes*, ed. cit., pág. 19, por Luis Napoleón Bonaparte).

	Votos	*Favorables*	*Desfavorables*
Constitución del año 1791, no sometida al voto popular			
Constitución del año 1793	—	1.801.018	11.600
Constitución del año III .	—	1.057.390	49.977
Elección de cónsul (año VIII)	3.012.569	3.011.007	1.562
Cónsul vitalicio (1802) .	3.577.259	3.568.888	8.371
Emperador (1804)	3.524.253	3.521.675	2.578

La institución del referéndum exige, para que éste sirva, una burocracia muy escrupulosa, pues la historia de este sistema electoral muestra con cuánta facilidad es posible falsificar sus resultados.[3] Aun cuando la operación sea realizada estrictamente de acuerdo con la ley, el resultado de un referéndum nunca puede tener un valor verdaderamente demostrativo, pues siempre le falta la influencia vivificadora de la discusión. Tampoco puede, en fin, ejercer influencia sustancial sobre el ejecutivo.

Plebiscitos de Napoleón III

Elección a la presidencia (1848)	5.500.000	1.590.000 (en favor de Cavaignac)
Reelegido presidente por 10 años (1851)	7.500.000	—
Emperador (1852)	7.800.000	—

3 Fue muy celebrado el reproche formulado por Victor Hugo a Napoleón III por el plebiscito del año 1851: «¿Quién informó? Baroche. ¿Quién investigó? Roucher. ¿Quién fiscalizó? Pietri. ¿Quién hizo el recuento? Maupas. ¿Quién lo verificó? Troplong. ¿Quién lo anunció? Usted. Es decir, que informó el villano, investigó el hipócrita, fiscalizó el pícaro, contó el falso, verificó el venal y lo proclamó el embustero.» (Traducido de Victor Hugo, *Napoléon le Petit*, ed. cit., pág. 313.)

2. El postulado del renunciamiento

La disolución de la conciencia democrática de los líderes puede ser sin duda demorada, aun cuando no se la pueda frenar por completo, mediante la influencia de factores intelectuales o puramente ideológicos. «En la medida que la conducción y la representación del partido siguen estando en manos de personas que han encanecido en la gran tradición del socialismo»,[1] es decir, en la medida que el partido sigue dominado por un idealismo socialista intenso, es posible que en ciertas condiciones los líderes conserven sus antiguos sentimientos democráticos, y que sigan considerándose servidores de las masas, de las cuales proviene su poder. Ya hemos analizado las medidas drásticas propuestas para evitar el aburguesamiento de los líderes de origen proletario; pero no es bastante evitar que solo los elementos proletarios, entre los líderes, adopten una forma de vida burguesa; también es esencial, en esta línea de pensamiento, insistir en la proletarización de los líderes de origen burgués. Para hacer imposible que los intelectuales socialistas regresen a su antiguo medio se ha propuesto que deben asimilar el tono general de sus vidas al de las masas proletarias, y descender así al nivel de sus prosélitos. Se supone que su instinto burgués se atrofiará cuando sus hábitos armonicen —en sus aspectos exteriores— todo lo más posible con los del proletariado.

La raíz de esta tesis está en los registros y experiencias de la historia popular. La vida en común suscita simpatías, atenúa los sentimientos de oposición de clases, y puede culminar en su desaparición total. En el estado igualitario de Paraguay, fundado y administrado por la orden jesuítica, quienes estaban bajo su tutela se sentían aunados con los padres jesuitas que los explotaban, pues

1 Heinrich Ströbel, «Gewerkschaften u. Sozialistische Geist», *Neue Zeit*, año XXIII, vol. II, nº 44.

no había distinción entre los conductores y los conducidos en la indumentaria ni en la manera general de vida.[2] Durante la Revolución Francesa el campesinado irrumpió violentamente en los castillos de los nobles; únicamente durante la Vendée las dos clases hicieron causa común en la lucha implacable contra el gobierno revolucionario centralizado en París, porque la vida patriarcal en común, los festivales comunes y las partidas de caza comunes, habían establecido una comunión psicológica íntima entre los campesinos y sus amos.[3] Del mismo modo en las aldeas italianas no solemos encontrar una aversión muy acentuada hacia el clero, pues los curas locales, hombres cordiales aunque incultos, de ninguna manera se elevan por sobre el resto de la población, cuyos hábitos, y aun cuya pobreza, comparten habitualmente.

Han sido muchas las medidas, materiales e ideales, propuestas para evitar la formación de una oligarquía dentro de los partidos democráticos. Al hablar de los estudiantes italianos, Bakunin define en los siguientes términos el rol que, a su juicio, los jóvenes refugiados de la burguesía debieran desempeñar en las filas del proletariado: «Ni guías ni profetas; ni instructores ni creadores. Los jóvenes intelectuales deben avenirse a ser parteros del nacimiento de las ideas de la vida popular: elevar las aspiraciones del proletariado —tan inconscientes como enérgicas— desde el estado de confusión al de esclarecimiento.»[4] Bakunin comprendió con claridad que en ciertos países, como Italia y Rusia, el movimiento de la clase trabajadora no podía privarse, probablemente, de la ayuda de los intelectuales burgueses, pero quiso que aquellos que por nacimiento eran adversarios naturales del socialismo estuvieran sujetos a un régimen muy estricto cuando se afiliaran a la causa socialista. A este respecto podemos considerarlo precursor de Tolstoi. «La vida domina el pensamiento y determina la voluntad.» Con este aforismo,

2 J. Guevara, *Historia de la conquista de Paraguay*, Buenos Aires, 1885.

3 Adolphe Thiers, *Histoire de la Révolution Française*, Leipzig: Brockhaus u. Avenarius, 1846, vol. II, págs. 395-96; Karl Kautsky, *Die Klassengegensätze von 1789*, Stuttgart: Dietz, 1889, pág. 17.

4 Traducido de Bakunin, «Lettre inédite à Celso Cerreti», 1872, *La Société Nouvelle*, Bruselas, febrero, 1896, nº CXXIV, pág. 179.

basado esencialmente sobre la concepción materialista de la historia, Bakunin define su actitud en el punto que estamos considerando. Continúa: «Si un hombre nacido y criado en un medio burgués quiere, con sinceridad y sin tontería, ser amigo y hermano de los trabajadores, debe renunciar a todas las condiciones de su existencia pasada, a todas sus costumbres burguesas, romper todos sus lazos de vanidad, sentimiento e intelecto con el mundo burgués y, dándole la espalda, hacerse su enemigo: declararle una guerra franca, pasarse enteramente, sin reservas ni restricciones, al mundo de los trabajadores. Si encuentra que no es suficiente su pasión por la justicia para inspirarle esta resolución y este coraje, que no se engañe y que no engañe a los trabajadores: nunca será su amigo.» [5] Así, por razones de orden primordialmente psicológico, Bakunin reclama a los «socialistas burgueses», a los «intelectuales», un abandono completo de su forma de vida anterior. Cree que el mundo exterior ejerce una influencia decisiva sobre la mentalidad. El autorrenunciamiento, el sacrificio, el repudio de todas las formas de existencia burguesa: he aquí las condiciones esenciales del líder laborista durante la larga historia de la revolución rusa. En 1871 Netchajeff escribió su famoso catecismo revolucionario, donde enunciaba el principio según el cual el verdadero revolucionario debe ser un hombre «consagrado a la causa». Leemos en el primer párrafo: «No tiene intereses ni cuestiones personales, ni sentimientos, ni vínculos, ni propiedad; ni siquiera nombre. Todo en él es absorbido por un único interés exclusivo, una idea, una pasión: la revolución.» [6] De esta manera la meta es llegar a enterrar completamente la existencia burguesa anterior. Aun más importante que esta ilusoria mortificación íntima era la mortificación externa o ambiental que, entre los socialistas rusos, llegó a constituir el substrato de sus actividades, y que Bakunin describe como «la inmersión completa en la vida

5 Traducido de Bakunin, *L'Empire knouto-germanique et la Révolution Sociale*, Œuvres de Michel Bakounine, París: P. V. Stock, 1897, vol. II, pág. 370.

6 *Le Catechisme Révolutionnaire*, reproducido por Marx, *L'Alliance de la Démocratie Socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs*, Londres y Hamburgo: A. Darson, sucesor Foucault, 1873, pág. 90.

del pueblo».[7] Suprimir los instintos burgueses: éste fue el postulado que dominó la historia del socialismo ruso. Los apóstoles de la revolución, que en numerosos casos eran de cuna ilustre, tenían que llegar a esta supresión, de acuerdo con la costumbre establecida, viviendo «entre el pueblo»; armonizando su forma de vida con la del proletariado; confundiéndose con ellos. Esta era la teoría de los *narodniki* o «populistas», y sus consecuencias prácticas eran sobrellevadas con máximo heroísmo. Los hombres de ciencia, los maestros, los nobles, las jóvenes estudiantes judías y las niñas de familia abandonaron su posición social, se despidieron del bienestar intelectual de las ciudades, renunciaron a sus estudios y carreras burguesas y se retiraron a aldeas distantes. Trabajando como obreros agrícolas, carreteros, herreros, cerrajeros, etc., se esforzaron por adquirir el conocimiento más íntimo del pueblo común; ganar su confianza, y mientras seguían teniendo presente el gran propósito revolucionario, asesoraban al pueblo en las condiciones más diversas de sus vidas.[8]

Después de 1870 se manifestó un movimiento análogo, aunque algo menos extenso, entre los intelectuales socialistas de otros países, y más especialmente entre los de Italia, que por esta razón fueron estigmatizados por Marx en un arranque de furia injustificada, como *déclassés*. Este término, usado con sentido insultante, presenta a los socialistas italianos bajo una falsa luz. Bakunin habló de un *déclassement* similar, no como hecho histórico, sino como postulado psicológico de la acción socialista efectiva de quienes no eran proletarios de nacimiento. Así, en opinión de Bakunin, el *déclassé* no es un descastado social, una ruina, ni un talento ineficaz; en pocas palabras, un proscripto involuntario que ha roto deliberadamente con la sociedad donde nació para adaptarse a un medio extraño y hostil hacia aquél donde se crió. Es un *déclassé* voluntario e intencional y, fuera de los fines que persigue, debe inspirarnos respeto por su espí-

7 «Il bagno nella vita del populo» (Bakunin, *Il Socialismo e Mazzini*, ed. cit., pág. 24).

8 Adolf Braun, *Russland u. d. Revolution*, pág. 4; entre muchos documentos relativos a este período de la lucha rusa por la libertad, *cf.* también «Geheime Denkschrift über die Nihilistischen Umtriebe im Jahre 1875», *Deutsche Rundschau*.

ritu de autosacrificio y por la firmeza invencible de sus condiciones. Es un hecho histórico, que no intentaremos probar aquí, que los líderes burgueses del movimiento laborista italiano inicial eran *déclassés*, pero casi exclusivamente en el sentido que asigna Bakunin al término, y no en el que le adjudica Marx. Carlo Cafiero, el más famoso líder del sector italiano de la Internacional, provenía de una familia aristocrática y acomodada, y puso toda su considerable fortuna a disposición del partido, mientras él mismo llevaba una vida de bohemio pobre. Podemos considerarlo como el prototipo del idealista. Una táctica política similar, de la cual quizá solo los idealistas son capaces (y solo en períodos dominados por intensa emoción colectiva), se basa sobre la experiencia psicológica de que las tendencias dictatoriales más nefastas de los líderes son debilitables, si no suprimibles por completo, mediante una única medida profiláctica, a saber, por la creación artificial de una homogeneidad social entre los diversos estratos y fragmentos que componen el partido socialista revolucionario. Que todos los miembros del partido deben vivir más o menos de la misma manera, llega a ser así un postulado moral. Esta homogeneidad de vida es considerada como una válvula de seguridad contra el desarrollo de formas oligárquicas dentro de los partidos de la clase trabajadora.

En estos tiempos, el principio de que los líderes deben practicar el renunciamiento económico e identificarse con las multitudes, es postulado únicamente por algunos románticos aislados, que pertenecen al extremo anarquista del movimiento socialista y solo se atreven a enunciarlo con tímidas perífrasis. Sin embargo, sigue prevaleciendo un principio similar en la forma de postulado político, pues en ciertos sectores de los partidos socialistas francés y alemán existe el reclamo de que los líderes deben romper toda relación social con el mundo burgués, dedicarse enteramente al partido, y no aceptar compañeros que no sean «miembros regulares inscriptos». Un congreso guesdista reunido en el norte de Francia aprobó una resolución según la cual era deber de los diputados socialistas pasar la vida entre sus camaradas. En Alemania encontramos vestigios del mismo tipo de ideas en la prohibición absoluta de que los miembros del partido escriban para la prensa burguesa o tomen parte alguna

en la sociedad burguesa. Es obvio que estos intentos, estériles e inútiles, no crean sino fanatismo en las filas partidarias. No pueden establecer una identidad ideológica ni de acción entre los líderes y las masas proletarias.

3. El sindicalismo como profilaxis

Según la doctrina sindicalista, es esencial transferir el centro de gravedad revolucionario del proletariado, del partido político al gremio. Este es concebido como un organismo políticamente neutral, que no adhiere a ningún partido pero que es socialista en inspiración y propósitos. El gran mérito de los sindicalistas es haber comprendido que la actividad sindical aislada sería desastrosa si estuviera desprovista de una teoría general y viviera simplemente al día; también les corresponde el mérito de haber defendido con gran energía la unión indisoluble de la clase trabajadora, organizada en sus gremios, con la idea socialista como *spiritus rector* y como meta última. Los sindicalistas quieren (aquí, por primera vez, están de acuerdo con los políticos marxistas) difundir entre los obreros organizados la convicción de que el gremio no puede cumplir sus propósitos sino mediante la eliminación del capitalismo; es decir, por la abolición del orden económico existente. Pero los sindicalistas quieren también (y aquí están en franco conflicto con todas las otras corrientes del socialismo contemporáneo) que los gremios no sean un mero refugio de ideas socialistas, sino que promuevan asimismo la actividad socialista, en la prosecución, no simplemente de una política gremialista en el más amplio sentido del término sino, además y por sobre todo, de una política socialista. El sindicalismo procura poner fin al dualismo del movimiento laborista mediante la sustitución del partido —cuyas únicas funciones son electorales y políticas— y del gremio —cuyas únicas funciones son económicas—, por un organismo más completo, que represente una síntesis de la función política y económica.[1]

De aquí que no sea propósito del sindicalismo suprimir

1 Enrico Leone, *Che cosa è il sindacalismo*, Roma: Tip. Industria e Lavoro, 1906, pág. 28.

la organización como base del movimiento laborista. Reconoce expresamente que esta base es indispensable. Los sindicalistas sostienen, con buenas razones, que los peligros de la organización no son eliminables suprimiendo simplemente la organización, del mismo modo que no podemos evitar la intoxicación de la sangre o la enfermedad de la circulación sacando la sangre de las venas. Estos serían remedios de curanderos, igualmente fatales en su resultado, pues así como el último mataría el organismo humano, el primero mataría el organismo político y social. El problema es más bien descubrir el medio adecuado para reducir al mínimo el defecto principal que parece padecer toda organización; es decir, el gobierno ejercido por la minoría sobre la mayoría. Aquí encontramos una escuela política cuyos defensores son muchos, capaces, bien instruidos y de mentalidad generosa, y esta escuela está convencida de haber descubierto en el sindicalismo el antídoto para la oligarquía. Pero tenemos que preguntarnos si el antídoto para las tendencias oligárquicas de la organización puede residir en un método que también tiene sus raíces en el principio de la representación. ¿No parece más bien que este mismo principio está en contradicción insoluble con las protestas antidemocráticas del sindicalismo? En otras palabras, ¿no está el propio sindicalismo afectado por una antinomia manifiesta?

La gran importancia del sindicalismo ha de hallarse, sobre todo, en la forma clara y sagaz en que reconoció los peligros de la democracia burguesa. Con escepticismo auténticamente científico descorrió los velos que ocultaban el poder ejercido por la democracia en el Estado, mostró que este poder no es más que la hegemonía de una minoría, y demostró que está en flagrante contradicción con las necesidades de la clase trabajadora. «La democracia procura continuar la explotación de las masas productoras mediante una oligarquía de profesionales de la *intelligentzia*.» [2] Las luchas que el sindicalismo internacional emprendió contra la democracia social alemana, los intelectuales de Italia y Francia, y los gremios con bases burocráticas, podrían ser reducidas, en último análisis, a una lucha contra la demagogia democrática.

2 Georges Sorel, *Les Illusions du Progrès*, ed. cit., pág. 263.

Sin embargo, el sindicalismo se equivoca al atribuir a la democracia parlamentaria únicamente, los inconvenientes que surgen del principio de delegación en general. Mantica tiene razón cuando dice que los propios sindicalistas no han logrado librarse de las cargas mentales que afligen a todos los que pertenecen a algún partido, ya sea que éste participe en elecciones parlamentarias, o rechace por principio esa participación.[3] *Nolens volens*, el partido sindicalista es nada más que un partido socialista deficientemente revisado y corregido. Los sindicalistas quieren detenerse donde, por lógica, no hay lugar para detenerse. Todo lo que los sindicalistas han escrito acerca de los partidos en general, y de su hermano mayor, el partido socialista, en particular, es también aplicable a ellos mismos, porque es aplicable a todas las organizaciones como tales, sin excepción.

Cuanto más se esfuerza el sindicalismo por desplazar el eje de la política de la clase trabajadora hacia la acción sindical, tanto mayor es el peligro de degenerar en una oligarquía. Aun en los grupos sindicalistas revolucionarios, los líderes tienen oportunidades frecuentes de engañar a la masa. El tesorero de una huelga, el secretario de un gremio, el participante en una conspiración o el líder de una barricada, pueden traicionar a aquellos de quienes han recibido instrucciones, mucho más fácilmente, y con consecuencias mucho más graves, que un diputado socialista o un consejero municipal. Los sindicalistas franceses han insistido muchas veces en cierta violencia, a la que llaman «acción directa», como único medio de llevar a la clase trabajadora a una acción efectiva como masa autónoma, no representada por terceros, y de excluir *a priori* toda representación, «que solo podría ser traición, desviación y corrupción burguesa».[4] Pero restringen de manera arbitraria esta teoría unilateral al partido político únicamente, como si no fuera inevitable que causas semejantes produjeran efectos iguales cuando desarrollan su acción en el campo del movimiento sindi-

3 Paolo Mantica, posdata para un artículo de Fiorino dal Padulo, «Elezionismo o Anti-Elezionismo?», *Divenire Sociale*, VI, fascs. 19 y 20, pág. 272.

4 Traducido de Edouard Berth, «Bourgeoisie et Proletariat dans le Mouvement socialiste italien», *Mouvement Socialiste*, año IX, serie II, pág. 16. *Cf.* la respuesta de R. Michels, «Controverse socialiste», en la misma revista, págs. 282 y sigs.

calista. Argumentan como si estuvieran inmunizados contra la acción de leyes sociológicas de validez universal.
La estructura orgánica de los gremios se basa sobre los mismos fundamentos que el partido político de los trabajadores; es decir, la representación de los intereses de la masa por individuos elegidos especialmente para ese propósito. En los momentos decisivos de la lucha por mayores salarios, las masas no se representan a sí mismas sino que están representadas por otros. Gremios sin representaciones, sin algún tipo de ejecutivo, no existen ni son concebibles.
La dirección de un gremio a veces es un cargo de transición sumamente favorable para una carrera política. En Alemania 35 líderes gremiales ocupan bancas parlamentarias, y en Inglaterra 27. En Francia los dos primeros secretarios permanentes de la federación metalúrgica llegaron a diputados.[5] La huelga, acción directa del proletariado, que los sindicatos consideran como la panacea para todos los males que afligen al movimiento laborista, ofrece a los hombres de vocación política oportunidades excelentes para desplegar sus facultades de organización y su aptitud de mando. Cabe decir lo mismo de la huelga política, la huelga general. Para los líderes profesionales de la clase trabajadora, la huelga económica suele ser precisamente lo que es la guerra para los soldados profesionales. Ambas presentan una buena oportunidad de ascenso rápido y espléndido. Muchos líderes laboristas se han elevado a puestos muy altos y lucrativos porque han dirigido una huelga general, y atrajeron así la atención del público y del gobierno. La posición política que ocupa hoy [1912] en Inglaterra John Burns, es en gran parte la consecuencia de la celebridad que adquirió como estratega cuando condujo la gran huelga de portuarios en Londres durante el año 1889. Entonces estableció cimientos sólidos para su popularidad subsiguiente, y en particular ganó la confianza y sostén de las categorías más importantes de trabajadores organizados, consolidando así el camino para su ascenso desde el banco de mecánico hasta el rango de ministro de gabinete. Este es un ejemplo entre otros que podríamos aportar en apoyo de la afir-

5 *Union Fédérale des Ouvriers Métallurgistes de France*, París: Bourse du Travail, pág. 16.

mación de que muchas veces la huelga, en lugar de ser un campo de actividad para las masas uniformes y compactas, tiende más bien a facilitar el proceso de diferenciación y a favorecer la formación de una élite de líderes. El sindicalismo es, aun más que el socialismo, un partido militante. Busca los grandes campos de batalla. ¿Podemos sorprendernos de que los sindicalistas necesiten líderes, aun más que los socialistas?

Los sindicalistas rechazan el sistema de representación democrática y de burocracia. Quieren sustituirlo «por las tácticas más combativas del ejército revolucionario de la libertad; tácticas fundadas sobre la probada capacidad de los líderes». El líder laborista moderno —nos dicen— no debe ser un burócrata. Ya hoy —agregan— los grandes líderes de huelgas surgen repentinamente de la oscuridad, como antes los grandes líderes de la revolución. En la medida que corresponde a la verdad histórica, esta concepción no aporta más que una explicación general de la institución del liderazgo. Su exactitud podría ser mucho mayor si fuera posible demostrar que estos líderes de huelgas, cuya necesidad admiten los propios sindicalistas, una vez que surgen de la oscuridad para satisfacer una necesidad temporaria, probaran ser lo bastante desinteresados como para someterse a un eclipse espontáneo, tan pronto terminara la huelga. Sabemos, sin embargo, que por lo general aprovechan la oportunidad de conquistar un cargo de influencia permanente. Ninguna forma de huelga, por muy inspirada que parezca por la autonomía de las masas, será capaz de matar al dragón de la demagogia, ni siquiera evitar la formación de una clase de líderes independientes.

En ciertas condiciones, la mera propaganda teórica de la idea de la huelga y de la acción directa, ha bastado para proporcionar poder e influencia al líder popular; para elevarlo por encima de las cabezas de la multitud hasta una altura desde donde puede tomar con facilidad las áureas frutas del manzano de la vida. Aristide Briand, nacido en Nantes en el seno de una familia de pequeños taberneros, tras afiliarse al partido socialista en París, adquirió fama y poder rápidamente entre los obreros por su defensa de la doctrina de la huelga general y de la huelga militar. Pronto ganó tanto prestigio que le bastaron pocos años para trepar hasta la posición de *premier*

de Francia. El punto de partida de su marcha triunfal fue el congreso de Nantes (1894), donde consiguió que aceptaran la idea de la huelga general como parte del programa oficial de los gremios franceses.

El sindicalismo es hostil a la política «democrática» del partido socialista y a los sindicatos «autoritarios», pues los sindicalistas sostienen que la «democracia» constituye una mera caricatura del principio fundamental del movimiento laborista, y declaran que la única planta que crece en el terreno democrático es la oligarquía. Ningún otro movimiento se apoya con tanta energía como el sindicalista, sobre el derecho y la capacidad de las masas para su autogobierno. Donde, como en Francia, el liderazgo del movimiento laborista está en sus manos, insisten mucho en el hecho de que su autoridad se limita a llevar a la práctica las resoluciones aprobadas en la asamblea soberana de los camaradas. Nos aseguran que la *Confédération Générale du Travail*, con sede en París, no es un órgano directivo, sino un mero instrumento para la coordinación y la difusión de la actividad revolucionaria de la clase trabajadora. Describen a este organismo como igualmente hostil a la «centralización» y al «autoritarismo».[6] Todo impulso hacia la acción —nos aseguran— parte de las masas, y los líderes sindicalistas son meros exponentes de este impulso. En las huelgas, la actividad del *Comité Confédéral* no es directiva en el sentido estricto del término; este organismo es un mero intermediario para asegurar la solidaridad de los obreros, para conquistar un elemento de *suractivité* y de *polarization*. Tal es la teoría: en la práctica estos mismos sindicalistas franceses se lamentan de que en todas las cuestiones decisivas las masas esperen a que los que están por encima tomen la iniciativa, y que si falta esa iniciativa los camaradas se queden de brazos cruzados.

Como en todos los grupos caracterizados por una ideología ostensiblemente democrática, entre los sindicalistas el dominio de los líderes muchas veces asume formas veladas. En Francia los líderes gremiales tienen prohibido procurar su elección como diputados, pues deben evitar

6 Emile Pouget, *La Confédération Générale du Travail*, ed. cit., págs. 7, 23, 24.

todo contacto impuro. Tienen que mantenerse en comunicación constante con las masas, y sus actividades deben ser desplegadas a plena luz. No es menos cierto que las necesidades del cargo a menudo los obligan, en el interés de los gremios, a entrar en relación con los organismos del Estado, de manera tal que su actitud antiparlamentaria quizá no signifique nada más que eso. En lugar de tratar con el gobierno abiertamente, desde lo alto de la tribuna parlamentaria, donde su acción, en parte al menos, es visible para la masa, negocian misteriosamente, fuera de la vista, en antesalas y pasillos. La teoría de las masas profesada por los sindicalistas tiene un reverso al que conviene prestar atención. Las organizaciones gremiales, tomadas en su conjunto, no incluyen entre sus miembros sino a una minoría de obreros susceptibles de organización; en Italia, 11 %; en Inglaterra, 23 %; en Suecia (país donde la proporción es más alta), 42,21 %. Entre los trabajadores organizados solo una minoría es la que desempeña una parte activa en la vida gremial. Los sindicalistas lamentan y celebran a un tiempo este hecho, pues está inspirado, a su juicio, en sentimientos carentes de toda coherencia lógica. Celebran verse libres del peso muerto de quienes son todavía indiferentes o inmaduros. Sin duda esta actitud está inspirada por la vieja idea blanquista de que las masas, cuando son demasiado numerosas y heterogéneas desde el punto de vista intelectual, paralizan toda actividad por su falta de movilidad, y que solo las minorías alertas son emprendedoras y belicosas. Si fueran lógicos, los sindicalistas extraerían la conclusión de que el movimiento general del proletariado moderno debe ser forzosamente obra de una minoría de proletarios esclarecidos; pero la tendencia democrática de nuestro tiempo impide formular una conclusión semejante, o al menos impide expresarla con franqueza, pues pondría a los sindicalistas en franco conflicto con las verdaderas bases de la democracia, y los obligaría a proclamarse, sin circunloquios, partidarios de un sistema oligárquico. La oligarquía sindicalista, es verdad, no consistiría (como la del partido socialista) en el dominio de los líderes sobre las masas, sino en el dominio de una pequeña fracción de las masas sobre la totalidad. Hay algunos pocos teorizadores del sindicalismo que ya hablan sin reservas

de socialismo como una evolución basada sobre la acción de élites de la clase trabajadora.[7]

El carácter oligárquico del movimiento sindicalista se manifiesta con máxima notoriedad en el reclamo (formulado por razones que nada tienen que ver con la democracia) de absoluta obediencia a las órdenes de la élite organizada. «Los indiferentes, por haber descuidado la expresión de su voluntad, nada mejor pueden hacer que aceptar las decisiones ya tomadas.»[8] Al seguir el ejemplo de los gremios reformistas de Alemania e Inglaterra, aquellos gremios franceses inspirados por la doctrina del sindicalismo revolucionario se aferran al principio de que los obreros organizados tienen el derecho de impartir órdenes a los no organizados.

Es posible admitir que los órganos directivos supremos del movimiento laborista francés no tienen esa plenitud de poderes con que cuentan los grados jerárquicos correspondientes de otros países, sobre todo Alemania. Hay varias razones para esta diferencia, tales como el carácter nacional de los franceses, la debilidad de las organizaciones, etc. Pero aun en Francia hay una gran diferencia entre la teoría y la práctica. En primer lugar, los líderes ejercen una influencia poderosa sobre los camaradas organizados a través de los periódicos, que como todos sabemos, no son editados por las masas. Además existe una jerarquía entera de subjefes. El número de gremialistas enrolados en la *Confédération Générale du Travail* es de unos 350.000, en tanto que el número de suscriptores de la *Voix du Peuple*, órgano central de la *Confédération*, no alcanza más que a 7.000. Estos suscriptores son presentados como «los militantes más activos, miembros de proveedurías gremiales y de consejos. Por su intermedio se difunden las ideas de la *Confédération*.»[9] He aquí una confesión franca de que existe una subordinación intelectual escalonada, lo que desafía la teoría sindicalista. Hasta la huelga general fue consi-

7 *Cf.* los ensayos de Angelo Oliviero Olivetti y Alfredo Polledro en *Pagine Libere*, 1909-10; especialmente el artículo de Polledro «Dal Congresso di Bologna alla Palingenesi Sindacalista», año IV, 1909, fasc. 14.

8 Traducido de Emile Pouget, *La Confédération Générale du Travail*, ed. cit., pág. 7.

9 *Ibíd.*, págs. 30 y 33.

derada en principio, dentro de Francia, como un procedimiento jerárquico. Una resolución votada en el congreso de Nantes (1894) establecía que una comisión central de once miembros y un gran número de subcomisiones locales debían preparar con exactitud la huelga general por anticipado. Tendrían que dar la señal y dirigir el movimiento. Hoy los sindicalistas rechazan esta concepción por su carácter jacobino; pero en la práctica están obligados a ajustarse a esa idea, a pesar de la contradicción teórica en la que están envueltos. En las obras de algunos de los escritores sindicalistas franceses que tienen una tendencia muy acentuada hacia el esteticismo, tales como Edouard Berth, vemos que los gérmenes jacobinos de la teoría en cuestión han alcanzado pleno desarrollo.

Cuanto más poder adquiere el sindicalismo, tanto más notorios entre los sindicalistas resultan los efectos que caracterizan en todas partes al sistema representativo. Desde las filas de los sindicalistas franceses, ya han surgido líderes cuya sensibilidad hacia las críticas de sus prosélitos solo puede ser igualada por la de un líder gremialista inglés. El sindicalismo joven, aunque originado en la oposición al autoritarismo de los líderes, es así totalmente incapaz de escapar a las tendencias oligárquicas que aparecen en toda organización. Para los líderes sindicalistas, como para los otros, la conservación del poder propio es la ley suprema. Ha llegado a tal punto el proceso en Francia, que se abandonó la vieja táctica de aprovechar las persecuciones desencadenadas contra ellos por el gobierno para hacer discursos de propaganda en los juzgados y emplear el lenguaje de los héroes y los profetas. En cambio, en esas ocasiones actúan con extrema prudencia y despliegan reservas diplomáticas. El propio Sorel habla de la «degeneración progresiva del gremialismo», y ha declarado: «La Confederación General de Trabajadores toma cada vez más el aspecto de un empleado público.»

4. El anarquismo como profilaxis

Los anarquistas fueron los primeros en insistir en las consecuencias jerárquicas y oligárquicas de la organización partidaria. Su concepción de los defectos de la organización es mucho más clara que la de los socialistas, y aun que la de los sindicalistas. Rechazan la autoridad por considerarla fuente de servilismo y esclavitud, cuando no la fuente de todos los males del mundo. Para ellos obligación es «sinónimo de prisión y policía».[1] Saben con cuánta asiduidad tiende el individualismo de los conductores a frenar y paralizar el socialismo de los conducidos. Para eludir este peligro, los anarquistas, a pesar de los inconvenientes prácticos enunciados, han evitado constituir un partido, al menos en el estricto sentido del término. Sus adherentes no están organizados en forma estable alguna. No están unidos por ninguna disciplina. Nada saben de obligaciones ni deberes, tales como elecciones, contribuciones pecuniarias, participación en reuniones periódicas, etcétera.

Consecuencia necesaria de estas peculiaridades es que el líder anarquista típico difiera considerablemente del líder socialista típico, producto característico de los últimos veinticinco años. El anarquismo carece de organización partidaria que pueda ofrecer puestos lucrativos, ni tampoco lleva a los honores parlamentarios. Por lo tanto, hay menos oportunidades de contagio, menos tentaciones y mucho menos campo para la ambición personal. Como resultado lógico de la teoría según la cual el medio conforma el carácter, cabría esperar que el idealismo del líder anarquista medio fuera más notable que el del líder socialista medio. El anarquista vive lejos de la práctica de la política, con todas sus pa-

1 Ferdinand Domela Nieuwenhuis, «Der staatssozialistische Charakter der Sozialdemokratie», *Archiv für Sozialw.*, XXVIII, fasc. I, pág. 144.

siones y todos sus apetitos, y de todos sus halagos; en consecuencia es más objetivo en sus juicios sobre las personas y las cosas, más contemplativo, más reservado... pero también más soñador, más distante de la realidad. Entre los líderes anarquistas encontramos muchos hombres instruidos, cultivados y modestos, que no han perdido el sentimiento de verdadera amistad, y para quienes es un placer cultivar y alimentar ese sentimiento; hombres sinceros y de miras elevadas, tales como Peter Kropotkin, Elisée Reclus, Christian Cornelissen, Enrico Malatesta y muchos otros menos famosos.[2] Pero aunque los líderes anarquistas son por regla general superiores en lo moral a los líderes de los partidos organizados que actúan en el campo político, encontramos en ellos algunas de las cualidades y pretensiones típicas de todo liderazgo. Un análisis psicológico de las características del líder anarquista individual lo demuestra. La lucha política contra toda autoridad, contra toda coerción en la cual muchos de los anarquistas más eminentes han sacrificado gran parte de sus vidas, no acalló en ellos el amor natural al poder. Todo cuanto podemos decir es que los medios de dominio empleados por el líder anarquista pertenecen a una época que los partidos políticos ya han superado. Son los medios utilizados por el apóstol y el orador: el poder encendido del pensamiento, la grandeza del autosacrificio, la profundidad de la convicción. No ejercen su dominio sobre la organización, sino sobre la mente; no son el fruto de la indispensabilidad técnica, sino del ascendiente intelectual y la superioridad moral.

Mientras los anarquistas repudian la formación de partidos políticos, no rechazan en cambio el principio de organización en el campo económico. Algunos de ellos llegan a reconocer explícitamente la necesidad de la orientación técnica de las masas; en tanto que otros declaran estar convencidos de que bastaría restringir las funciones de los líderes al trabajo puramente administrativo; eliminar, de una vez por todas, las diferencias, tan peligro-

2 Encontramos algunos retratos del carácter de líderes anarquistas admirablemente trazados en la obra de Peter Kropotkin, *Memoirs of a Revolutionist*, Londres: Smith, Elder, 1899, vol. II, pág. 196. Vea también el lector el retrato psicológico de un anarquista innominado en De Amicis, *Lotte civili*, Florencia: Nerbini, 1904, págs. 128 y sigs.

sas para la organización, que surgen entre los conductores y los conducidos. ¡Como si la superioridad técnica y administrativa de los líderes no fuera suficiente por sí misma para establecer su supremacía sobre las masas en todos los otros aspectos! Ni el propio Bakunin propuso excluir los principios de organización y disciplina, sino que deseaba que fueran voluntarios y no automáticos.[3] Concebía el régimen anarquista como una federación de barricadas permanentes, y se proponía instituir un consejo de la comuna revolucionaria, que consistiría en delegados —uno o dos por cada barricada o por cada calle o barrio— y estos delegados tendrían un mandato imperativo. El consejo comunal así compuesto designaría entre sus propios miembros comisiones ejecutivas especiales para todas las ramas de la administración revolucionaria de la comuna. La capital, después de haber logrado una insurrección triunfante y después de haberse constituido como comuna, declararía a las otras municipalidades del país que no pretendería ejercer ninguna superioridad sobre ellas, pero las invitaría a darse también una organización revolucionaria, y a enviar delegados a un centro de reunión que sería determinado de común acuerdo, para establecer una federación de asociaciones, comunas y provincias insurgentes, y crear así un poder revolucionario lo bastante fuerte para oponerse a toda posible reacción. Como atinadamente señalara Marx, estas comisiones ejecutivas, si hubieran de realizar algo, tendrían que tener poder, y ser apoyadas por la fuerza pública. El parlamento federal no tendría razón de existir a menos que se encargara de organizar esta fuerza pública. Además, el parlamento podría delegar su poder ejecutivo —del mismo modo que el consejo comunal— en una o más comisiones, y cada una de éstas estaría investida, en realidad, con un carácter de autoridad que las necesidades de la lucha no dejarían de acentuar constantemente. En una palabra, según Marx, todo el esquema de Bakunin estaría caracterizado por un sello superautoritario.[4]

3 Bakunin, *Œuvres*, ed. cit., vol. II, pág. 297.
4 Karl Marx, *L'Alliance de la Démocratie Socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs*, ed. cit., pág. 14; para las tendencias autocráticas de Bakunin, vea el lector las páginas 3, 9, 10-11, 18, 24-25.

Como los sindicalistas, también los anarquistas ensalzaron «la acción directa» que, a su juicio, tenía el valor de un principio ético. La acción directa, «en contraposición con la táctica de negociación, de compromiso mutuo, de organización jerárquica y de sistema representativo, tiende a asegurar un nivel de vida más alto a los trabajadores, y la emancipación del proletariado del capitalismo y de la centralización; a asegurar estas ventajas mediante el apoyo inmediato de los obreros».[5]

A pesar de esto, el anarquismo, movimiento en defensa de la libertad fundado sobre el derecho inalienable de los seres humanos sobre su propia persona, sucumbe —no menos que el partido socialista— a la ley del autoritarismo tan pronto como abandona la región de las ideas puras, y tan pronto como sus afiliados se unen para constituir asociaciones que persiguen algún tipo de actividad política. Nieuwenhuis, el campeón veterano del socialismo anarquizante con tendencia francamente individualista, demostró en cierta ocasión tener una aguda percepción de los peligros que corría el anarquismo como consecuencia de todo contacto con la vida práctica. En el congreso de Amsterdam, en 1907, después de la fundación de la Nueva Anarquista Internacional, hizo oír una voz de alarma contra las razones del italiano Enrico Malatesta, anarquista partidario de la escuela de Bakunin. Malatesta, después de haberse referido a la fuerza de la sociedad burguesa, declaró que nada convendría más a esta sociedad que enfrentarse a masas de trabajadores desorganizados, y que por esta razón era esencial contrarrestar la poderosa organización de los ricos con una organización aún más poderosa de los pobres. «Si ésa es su opinión, querido amigo —dijo Nieuwenhuis a Malatesta— puede usted pasarse tranquilamente a los socialistas: ellos le dirán lo mismo.» En el curso de este primer congreso anarquista se manifestaron —según Nieuwenhuis— los síntomas de esa mentalidad diplomática que caracteriza a todos los líderes de partidos autoritarios.[6]

5 Erich Mühsam, «Die direkte Aktion im Befreiungskampfe der Arbeiterschaft», *Generalstreik*, suplemento mensual de *Der Freie Arbeiter*, año I, octubre, 1905.

6 Ferdinand Domela Nieuwenhuis, «Die Nieuwe Internationale», *De Vrije Socialist*, Hilversum, septiembre, 1907, vol. X, nº 71.

Ostrogorski ha propuesto sustituir la organización partidaria, que lleva invariablemente a la institución de formas antidemocráticas, por un sistema de asociaciones temporarias, que se constituyeran únicamente para la realización de objetivos definidos, y se disolvieran tan pronto como hubieran logrado esos objetivos (*league system*).[7]

Considera que la adopción de este sistema tendería a devolver a las luchas políticas la sinceridad, la honestidad y la claridad de que carecen actualmente. Nuestro análisis de los partidos políticos nos autoriza a dudar de la eficacia del método propuesto. Su adopción no redundaría en ningún avance real, aunque fuera posible suprimir por un simple decreto las organizaciones ya creadas, por los determinantes necesarios de la evolución histórica. El anarquismo, que nos presenta la visión más abstracta y más idealista del futuro, ha prometido al mundo un orden donde estará excluida toda concentración de poder, pero no ha sabido cómo integrar en su teoría los elementos lógicos de ese orden.[8]

7 M. Ostrogorski, *La Démocratie et l'Organisation des Partis Politiques*, ed. cit., vol. II, págs. 618 y sigs.

8 «Casi todos dijeron alguna vez que solo los dictatoriales y los serviles podían ser adversarios sinceros del anarquismo. Aun dejando de lado el uso de "solo", estas palabras muestran, a mi juicio, un defecto inevitable en el fundamento psicológico del anarquismo; pues, ante las dotes naturales de los seres humanos, parece probable que la mayoría siga siempre perteneciendo a uno u otro de los tipos que aquí caracterizan "casi todos"» (Walter Borgius, *Die Ideenwelt des Anarchismus*, Leipzig: Dietrich, 1904, pág. 58).

Sexta parte
Síntesis: Las tendencias oligárquicas de la organización

1. Las bases conservadoras de la organización

En este punto de nuestra investigación se presentan dos cuestiones decisivas: una de ellas es si el mal oligárquico de los partidos democráticos es incurable. Consideraremos esto en el próximo capítulo. La otra cuestión puede ser formulada en los siguientes términos: ¿Es imposible que un partido democrático practique una política democrática; que un partido revolucionario desarrolle una política revolucionaria? ¿Debemos decir que son utópicos, no solo el *socialismo*, sino también una *política* socialista? Este capítulo procurará responder en forma breve a estos interrogantes.

Dentro de ciertos límites estrechos, el partido democrático, aun cuando sujeto a un control oligárquico, indudablemente puede actuar sobre el Estado con un sentido democrático. La vieja casta política de la sociedad, y por sobre todo el propio «Estado», están obligados a emprender la revaluación de un número considerable de valores: revaluación tanto ideal como práctica. La importancia atribuida a las masas aumenta, aun cuando los líderes sean demagogos. La legislatura y el ejecutivo se han acostumbrado a ceder, no solo a los reclamos que proceden de arriba, sino también a los que vienen de abajo. Esto puede dar origen, en la práctica, a grandes inconvenientes, tales como los que reconocemos en la historia reciente de todos los estados sometidos a un régimen parlamentario; en teoría, sin embargo, este nuevo orden de cosas significa un avance incalculable respecto de los derechos públicos, que así llegan a satisfacer mejor los principios de justicia social. Esta evolución, sin embargo, se detendrá en el momento que las clases gobernantes logren atraer a la órbita gubernamental a sus enemigos de la extrema izquierda, para convertirlos en colaboradores. La organización política conduce al poder. Pero el poder siempre es conservador. En todo caso, la in-

fluencia ejercida sobre la máquina gubernamental por un partido opositor enérgico es necesariamente lenta, está sujeta a interrupciones frecuentes, y siempre restringida por la naturaleza de la oligarquía.

El reconocimiento de esta consideración no agota nuestro tema. Pues aún tenemos que examinar si la naturaleza oligárquica de la organización no es responsable de la creación de manifestaciones externas de actividad oligárquica; si no es responsable de la producción de una política oligárquica. Aquí el análisis muestra con claridad que la política interna de las organizaciones partidarias en la actualidad es absolutamente conservadora, o está en vías de llegar a serlo. Sin embargo, podría ocurrir que la política externa de estos organismos conservadores se hiciera osada y revolucionaria; que la centralización antidemocrática del poder en las manos de pocos líderes no fuera más que un método táctico adoptado para lograr el derrumbe más rápido del adversario; que los oligarcas satisfacieran la función puramente provisional de educar a las masas para la revolución, y que la organización no fuera, después de todo, más que un medio empleado en favor de una concepción blanquista más amplia.

Esta evolución chocaría con la naturaleza del partido, con el esfuerzo por organizar a las masas sobre la escala más vasta imaginable. A medida que la organización aumenta de tamaño, la lucha por los grandes principios se hace imposible. Cabe advertir que en los partidos democráticos de hoy los grandes conflictos de opinión son cada vez menos combatidos en el campo de las ideas y con las armas de la teoría pura, que por eso degeneran cada vez más hacia luchas e invectivas personales, para plantearse por último sobre consideraciones de carácter puramente superficial. Los esfuerzos realizados por cubrir las disensiones internas con un velo piadoso son el fruto inevitable de la organización basada sobre principios burocráticos, pues, ya que el objetivo principal de esa organización es incorporar el mayor número posible de miembros, toda lucha ideológica dentro de los límites de la organización ha de ser considerada, por fuerza, como un obstáculo para la realización de sus propósitos; y, en consecuencia, un obstáculo que debe ser evitado a cualquier precio. Esta tendencia está reforzada por el

caracter parlamentario del partido político. «Organización partidaria» significa la aspiración del mayor número de miembros. «Parlamentarismo» significa la aspiración por el mayor número de votos. Los campos principales de actividad política son la agitación electoral y la agitación directa para conseguir nuevos miembros. ¿Qué es, en realidad, el moderno partido político? Es la organización metódica de masas electorales. El partido socialista, como agregado político, procura simultáneamente reclutar miembros y reclutar votos, y en esto encuentra su interés vital, pues toda declinación de miembros y toda pérdida de fuerza de votantes disminuye su prestigio político. En consecuencia hay que prestar mucha atención, no solo a los nuevos miembros sino también a los posibles adherentes, a aquellos a quienes se llama en alemán *mitläufer*, en Italia *simpatizzanti*, en Holanda *geestverwanten*, y en Inglaterra *sympathizers*. Para evitar que estas personas, que aún están fuera de los mundos ideales del socialismo o la democracia, se alarmen, hay que rehuir una política basada sobre principios estrictos, hasta ignorar si el aumento numérico de la organización así logrado no se ha ganado acaso a expensas de su calidad.

El último eslabón en la larga cadena de fenómenos que dan carácter profundamente conservador a la esencia íntima del partido político (aun de aquellos partidos que pregonan ser revolucionarios) se funda en las relaciones entre el partido y el Estado. Generado para destruir el poder centralizado del Estado, a partir de la idea de que la clase trabajadora necesita simplemente lograr una organización lo bastante vasta y sólida para triunfar sobre la organización del Estado, el partido de los trabajadores ha terminado por adquirir una vigorosa centralización, basada sobre los mismos principios cardinales de autoridad y disciplina que caracterizan la organización del Estado. Así se transforma en un partido gubernamental; es decir, un partido que, por estar organizado como un gobierno en pequeña escala, espera algún día tomar las riendas del gobierno en gran escala. El partido político revolucionario es un Estado dentro del Estado, que persigue la finalidad declarada de destruir el Estado existente para subordinarlo a un orden social de carácter fundamentalmente diferente. Para alcanzar

este fin político esencial, el partido adopta la organización socialista, cuya única justificación está precisamente en su preparación, paciente pero sistemática, para destruir la organización del Estado en su forma actual. El partido subversivo organiza el *marco* de la revolución social. Por esta razón se esfuerza continuamente por fortalecer sus posiciones, por extender su mecanismo burocrático, por acumular energías y dinero.

Todo nuevo funcionario, todo nuevo secretario comprometido por el partido es, en teoría, un nuevo agente de la revolución. De la misma manera, cada nueva unidad es un nuevo batallón, y cada nuevo millar de francos proporcionados por las suscripciones de los miembros, por las ganancias de la prensa socialista o por las donaciones generosas de benefactores simpatizantes, constituyen nuevas contribuciones al frente de guerra para la lucha contra el enemigo. A la larga, sin embargo, los directores de este organismo revolucionario que vive dentro del Estado autoritario, apoyado por los mismos medios que aquel Estado e inspirado por igual principio de disciplina, no pueden dejar de advertir que la organización partidaria, cualesquiera sean los progresos que realice en el futuro, jamás logrará ser otra cosa que una copia en miniatura —e ineficaz— de la organización estatal. Por esa razón, en todas las circunstancias corrientes, y en la medida que la previsión es humanamente posible, todo intento partidario por medir sus fuerzas con las de sus antagonistas está predestinado a un fracaso desastroso. La consecuencia lógica de estas consideraciones está en flagrante contradicción con las esperanzas alentadas por los fundadores del partido. En lugar de adquirir energía revolucionaria cuando crecen la fuerza y la solidaridad de su estructura, ha pasado precisamente lo contrario: con el crecimiento ha ocurrido *pari passu* un aumento continuo de la prudencia —aun la timidez— que inspira su política. El partido, amenazado continuamente por el Estado, del cual depende su propia existencia, elude con cuidado (una vez alcanzada la madurez) todo lo que pueda irritar demasiado a aquél. Las doctrinas partidarias son atenuadas y deformadas, cada vez que ello demuestre ser necesario, de acuerdo con las exigencias externas de la

organización.[1] La organización llega a ser la esencia vital del partido. Durante los primeros años de su existencia éste no deja de hacer ostentación de su carácter revolucionario, no solo respecto de sus últimos fines, sino también de los medios empleados para alcanzarlos, aunque no siempre ensalce esos medios. Pero tan pronto como alcanza la madurez política, no vacila en modificar su profesión de fe original y afirmar que solo es revolucionario «en el mejor sentido de la palabra», es decir, ya no en los aspectos que incumben a la policía, sino solo en la teoría y en los papeles. Este mismo partido que no vacilaba, cuando aún humeaban los cañones triunfantes de los gobernadores burgueses de París, en proclamar con entusiasmo su solidaridad con los comuneros,[2] ahora anuncia al mundo entero que repudia

1 Ejemplo clásico de la magnitud en que el miedo a perjudicar a la organización socialista llevará, aun a las inteligencias más esclarecidas del partido, a trampear en la teoría socialista, lo tenemos en la historia de aquel celebrado prefacio que Friedrich Engels escribió en 1895 para una edición póstuma del libro de Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich, 1848-49*. Este prefacio fue tema de grandes discusiones internacionales, y considerado con justicia como la primera manifestación enérgica de reformismo en el socialismo alemán; pues Engels declara allí que las tácticas socialistas tendrán mejor éxito mediante el uso de medios legales, y no ilegales ni revolucionarios, y de esta manera repudia expresamente la concepción marxista de la revolución social. Hace solo pocos años que Kautsky publicó una carta de Engels donde éste desautorizaba su propio prefacio diciendo: «Mi texto se resintió del tímido legalismo de nuestros amigos de Berlín, quienes temieron una segunda edición de leyes antisocialistas; miedo al que yo estaba obligado a prestar atención en las circunstancias políticas del momento» (Karl Kautsky, «Der Weg zur Macht», *Vorwärts*, Buchandlung, 1909, pág. 42). De esto podría parecer que la teoría (recién elaborada en aquel momento) de que el socialismo podía alcanzar sus objetivos por métodos parlamentarios —y ésta era la quintaesencia del prefacio de Engels— nació por el miedo de que la organización partidaria socialista (que debía ser un medio y no un fin, en sí misma) pudiera padecer a manos del Estado. Así Engels fue celebrado, por una parte, como hombre de juicio sano, dispuesto a mirar de frente a la realidad (*cf.* W. Sombart, «Friedrich Engels, Ein Blatt zur Entwicklungsgeschichte der Sozialismus», tirada aparte de *Zukunft*, Berlín, 1895, pág. 32), en tanto que por otra parte era atacado como pacifista utópico (*cf.* Arturo Labriola, *Riforme e Rivoluzione sociale*, ed. cit., págs. 181 y 224); en realidad, parecería haber sido la víctima de un sacrificio oportunista de principios a las necesidades de la organización: sacrificio hecho por amor al partido y contra sus propias convicciones teóricas.

2 Como es bien sabido, en 1871 Bebel, en el Reichstag abierto, se

la propaganda antimilitarista en cualquier forma que pueda llevar a sus afiliados a estar en pugna con el Código Penal, y que no asumirá responsabilidad alguna por las eventuales consecuencias de ese conflicto. El partido socialista adquiere de pronto un sentido activo de responsabilidad. En consecuencia, reacciona con toda la autoridad de que dispone contra las corrientes revolucionarias que existen dentro de su organización, y que hasta entonces considerara con indulgencia. En nombre de las graves responsabilidades propias de su situación desautoriza ahora el antimilitarismo; repudia la huelga general, y niega toda la audacia lógica pasada.

La historia del movimiento laborista internacional nos muestra muchos ejemplos de la forma en que el partido se hace cada vez más inerte a medida que crece la fuerza de su organización; pierde su ímpetu revolucionario, se torna flemático, no solo en la acción, sino también en la esfera del pensamiento. El partido se aferra cada vez con más tenacidad a lo que llama «las tácticas antiguas y gloriosas», las tácticas que llevaron a un aumento constante de los afiliados. Cada vez es más difícil vencer su aversión a toda acción agresiva.

El miedo a la reacción, que obsesiona al partido socialista, paraliza todas sus actividades, hace imposible toda manifestación de fuerza y lo priva de toda la energía para la lucha cotidiana. Procura justificar su despersonalización mediante el falso pretexto de reservar sus fuerzas para la lucha final. Así vemos que las tendencias conservadoras, propias de todas las formas de posesión, se manifiestan también en el partido socialista. Durante medio siglo los socialistas han venido trabajando con ahínco por crear una organización modelo. Hoy, con tres millones de obreros organizados —número mayor que el que se creía necesario para lograr la victoria completa

declaró adverso a la anexión de Alsacia y Lorena; anexión que ya consumada y con el único apoyo de Liebknecht llevó su oposición teórica a la guerra al punto de votar, en tiempo de guerra, contra los créditos militares. Bakunin no abrigaba afecto alguno por los marxistas ni por los alemanes, pero no pudo ocultar su admiración por el joven partido marxista alemán, que había tenido el coraje sublime de proclamar «en Alemania, en el país donde la libertad es menos conocida, bajo el régimen militar triunfante de Bismarck, su ardiente simpatía por los principios y héroes de la *Commune*» (M. Bakunin, *Il Socialismo e Mazzini*, ed. cit., pág. 9).

sobre el enemigo— el partido tiene una burocracia que con respecto a su celo, su conciencia de los deberes y su sumisión a la jerarquía, rivaliza con el propio Estado; las arcas están llenas,[3] una ramificación compleja de intereses financieros y morales se expande por todo el país. Una táctica audaz y emprendedora podría poner en peligro todo esto: comprometer la obra de muchos años, la existencia social de miles de líderes y sublíderes, y a todo el partido. Por estas razones, la idea de esa táctica se hace cada vez más desagradable. Choca también con un sentimentalismo injustificado y un egoísmo justificado. Se le opone el amor del artista por la obra que ha creado con tanto trabajo, y también el interés personal de miles de trabajadores, cuya vida política está tan íntimamente vinculada a la vida del partido y que tiemblan ante la idea de perder su empleo, y ante las consecuencias que tendrían que enfrentar si el gobierno disolviera el partido, como bien podría ocurrir en caso de guerra.

3 En el año 1906 los fondos totales de los gremios alemanes llegaban a unos 16 millones de marcos. El gremio más rico, el de los tipógrafos componedores, acumulaba fondos que llegaban a 4.374.013 marcos. Luego venían el de los ladrilleros, con 2.091.661 marcos; el gremio metalúrgico, con 1.543.352 marcos; y el gremio de carpinteros, con 1.452.215 marcos (Karl Kautsky, «Der neue Tarif der Buchdrucker», *Neue Zeit*, año XXV, vol. I, nº 4, pág. 129). Desde entonces, a pesar de los años de crisis y su clamor excepcional por pago de desocupación, la situación financiera de los gremios se hizo todavía más fuerte. En 1909 los tipógrafos poseían 7.929.257 marcos; los ladrilleros, 6.364.647 marcos; los metalúrgicos, 6.248.251 marcos; los carpinteros, 3.434,314 marcos (*Statistisches Jahrbuch für das deutsche Reich*, 1910, año XXXI, págs. 376-77). Esta fortuna tiene gran importancia para los fines defensivos, pero su valor para propósitos ofensivos es muy pobre. Sería totalmente absurdo que los gremios emprendieran la política de reunir fondos con la esperanza de derrotar así al capitalismo. En Alemania hay centenares de capitalistas cuyas arcas privadas suman cantidades que exceden a las de todos los gremios reunidos. Además, en el sistema actual de depósitos de ahorro en bancos privados, los dividendos de este capital acumulado arrojan beneficios, no para los gremialistas, sino para los enemigos de la clase trabajadora que son accionistas de estos bancos, de manera tal que los fondos de los gremios «en última instancia son empleados contra el movimiento laborista» (Bruno Buchwald, «Die Gewerkschaftsbank», *Die neue Gesellschaft*, año III, fasc. X). Los fondos de los gremios ayudan, pues, a fortalecer a sus propios adversarios. Por esta razón existe entre los gremialistas, desde hace mucho tiempo, la intención de crear un banco propio.

Así, en lugar de ser un medio, la organización se ha transformado en un fin. En los últimos tiempos se atribuye más importancia a las instituciones y cualidades establecidas al principio solo para lograr un buen funcionamiento de la máquina partidaria (la subordinación, la cooperación armónica de los miembros individuales, las relaciones jerárquicas, la discreción, la corrección de la conducta), que a la productividad de la máquina. De allí en adelante la única preocupación es evitar todo lo que pueda trabar a la maquinaria. Si el partido fuera atacado tendría que abandonar las valiosas posiciones conquistadas, y renunciaría pronto a sus antiguos derechos antes que responder a la ofensiva del enemigo con métodos que pudieran «comprometer» su situación. Naumann escribe con sarcasmo: «El grito de guerra "¡Proletarios de todos los países, uníos!" tuvo el efecto debido. Las huestes del proletariado organizado lograron una fuerza que nadie creía posible cuando aquel grito de guerra sonó por primera vez. Hay dinero en las arcas. ¿Nadie dará jamás la señal para el asalto final...? ¿Ha de proseguir indefinidamente la labor de organización preliminar?»[4] A medida que crece la necesidad de tranquilidad por parte del partido, se atrofia su garra revolucionaria. Hoy tenemos un partido bonitamente conservador que sigue empleando una terminología revolucionaria (pues el efecto sobrevive a la causa), pero que en la práctica real no desempeña otra función que no sea la de una oposición constitucional.

Todo esto se ha apartado mucho de las ideas de Karl Marx, quien, si viviera todavía, sería el primero en rebelarse contra tal degeneración del marxismo. Sin embargo es muy probable que tampoco encontrara nada que decir para reprochar tamaña traición a sus propios principios, impresionado ante el espectáculo de un ejército de tres millones de hombres que actúan en su nombre, y que juran en las ocasiones solemnes *in verba magistri*. Durante la vida de Marx hubo incidentes que justifican esta conjetura. Es indudable que sabía cerrar los ojos, al menos en público, ante las graves faltas cometidas por la democracia social alemana en 1876.[5]

4 Friedrich Naumann, «Das Schicksal des Marxismus», *Hilfe*, octubre 11, 1908, pág. 657.

5 Karl Kautsky, prefacio a «Randglossen zum Programm der deuts-

En nuestros días, que podríamos llamar la época de los epígonos de Marx, el carácter del partido como organización siempre ávida de nuevos miembros, siempre anhelante por obtener una mayoría absoluta, se combina con la condición de debilidad en que se encuentra frente al Estado, para realizar el cambio gradual de la antigua meta —demoler el Estado existente— por el nuevo objetivo —introducir en el cuerpo del Estado los hombres y las ideas del partido—. La lucha emprendida por los socialistas contra los partidos de las clases dominantes ya no es de principios, sino simplemente de competencia. El partido revolucionario se ha transformado en un rival de los partidos burgueses por la conquista del poder. Por eso abre sus puertas a todos aquellos que puedan ayudarle a alcanzar este objetivo, o que puedan simplemente engrosar sus batallones para la lucha en que está empeñado. Con la modificación necesaria, bien podríamos aplicar al partido socialista internacional las palabras que De Maupassant puso en boca del *Neveu de l'Oncle Sosthène* para describir la esencia de la francmasonería francesa: «En lugar de destruirla organizáis la competencia; eso reduce los precios, nada más. Y luego, si no admitierais librepensadores entre vosotros, lo comprendería, pero admitís a todos. Tenéis católicos *en masse;* aun jefes del partido. Pío IX fue uno de los vuestros antes de llegar a Papa. Si llamáis ciudadela contra el clericalismo a una sociedad compuesta de esta manera, pienso que vuestra ciudadela es débil... ¡Oh, sí, sois embusteros! Si me decís que la masonería francesa es una fábrica de elecciones estaré de acuerdo con vosotros; no negaré que sirve como una máquina para la elección de candidatos de todas clases; convendré en que no tiene otra función más que transformar en tontos a los buenos; que los regimenta para enviarlos a las urnas como soldados al frente; y, si me decís que es útil porque hace de cada uno de sus miembros un agente electoral, gritaré: "¡está tan claro como el día!" Pero si sostenéis que sirve para aplacar el espíritu monárquico, me reiré en vuestras barbas.»[6]

chen Arbeiterpartei» (1875), de Karl Marx, *Neue Zeit*, año IX, vol. I, págs. 568 y sigs.

6 Traducido de Guy de Maupassant, *Mademoiselle Fifi*, París: Libr. Ollendorff, 1907, pág. 69.

De esta manera la aversión del partido se dirige, no contra los oponentes de sus opiniones respecto del orden mundial, primordialmente, sino contra los temidos rivales en el campo político, contra quienes compiten por el mismo fin: el poder. Por sobre todo, durante la agitación electoral promovida por los partidos socialistas cuando han alcanzado lo que llaman «madurez política» es cuando se manifiesta más plenamente esta característica. El partido ya no procura luchar contra sus adversarios, sino solo ganarles. Por esta razón observamos una reiteración continua, en los discursos socialistas, de una prédica que mal conviene a los principios socialistas, y que a menudo es falaz en los hechos. No son los nacionalistas —dicen—, sino que somos nosotros, los mejores patriotas; no los hombres del gobierno, sino nosotros, los mejores amigos de los modestos empleados públicos [en Italia] o de los campesinos [en Alemania]; etc. Evidentemente, entre los gremios de diverso matiz político, cuyo propósito primordial es conquistar el mayor número posible de nuevos miembros, la nota competitiva será destacada todavía más. Esto es especialmente aplicable a los llamados «gremios libres» de Alemania, organismos de filiación neutral que por principio tienen horror a toda definición respecto de opiniones políticas o concepciones del orden mundial, y que por eso solo son distinguibles por su nombre (fuera de algunas diferencias terminológicas insignificantes), de los gremios cristianos. Si estudiamos los discursos y los escritos polémicos dirigidos por los líderes de los gremios libres contra los líderes de los gremios cristianos, encontramos que esos discursos y esos escritos no contienen declaración alguna de principios ni exposiciones teóricas, sino simples críticas y acusaciones personales, y por sobre todo, acusaciones de traición a la causa de los trabajadores. Es evidente que ésos no son sino los medios vulgarmente empleados por los competidores que quieren quedarse con los clientes del otro.

Con esos métodos no solo sacrifica el partido su virginidad política, sino que entra en relaciones promiscuas con los elementos políticos más heterogéneos; relaciones que en muchos casos tienen consecuencias desastrosas y duraderas; se expone también al riesgo de perder su carácter esencial como partido. El término «partido» presupone que entre los componentes individuales de éste

debe existir una dirección armónica de voluntades hacia objetivos y metas prácticas idénticos. Si falta esto el partido se transforma en una mera «organización».

2. La democracia y la ley de hierro de la oligarquía

En tanto que la mayoría de las escuelas socialistas creen que en un futuro más o menos remoto será posible alcanzar un orden democrático auténtico, y mientras gran parte de quienes aceptan las opiniones políticas aristocráticas consideran que la democracia, aunque peligrosa para la sociedad, es al menos realizable, encontramos en el mundo científico la tendencia conservadora de quienes niegan resueltamente y para siempre que exista esa posibilidad. Como lo he demostrado en un capítulo anterior,[1] esta tendencia es particularmente intensa en Italia, donde la encabeza un hombre con significación, Gaetano Mosca. Este declara que no es posible un orden social muy desarrollado sin una «clase política», es decir, una clase políticamente dominante: la clase de una minoría. Quienes no creen en el dios de la democracia nunca se cansan de afirmar que ese dios es el fruto de una facultad infantil mítica y afirman que todas las frases que representan la idea del gobierno de las masas —términos tales como Estado, derechos cívicos, representación popular, nación— describen simplemente un principio legal, y no corresponden a hechos reales. Afirman que las luchas constantes entre la aristocracia y la democracia, si nos atenemos a la historia, nunca fueron sino luchas entre una antigua minoría que defendía su predominio real y una minoría nueva y ambiciosa dirigida a la conquista del poder, y que procuraba fundirse con la anterior, o destronarla y reemplazarla. Según estas teorías, estas luchas de clases no fueron más que luchas entre minorías sucesivamente dominantes. Las clases sociales que emprenden, ante nuestros ojos, batallas gigantescas sobre el escenario de la historia, batallas cuyas últimas causas hemos de encontrarlas en antagonismos

1 *Cf. supra*, vol. I, pág. 84.

económicos, podrían así ser comparables a dos grupos de bailarines que ejecutaran *chassé croisé* en una cuadrilla. La democracia tiene una preferencia típica por la solución autoritaria de cuestiones importantes. Ambiciona a un tiempo el esplendor y el poder. Cuando los ciudadanos ingleses conquistaron sus libertades, adoptaron por ambición máxima tener una aristocracia. Gladstone declaró que el amor del pueblo inglés por sus libertades era igualado solo por su amor a la nobleza. Del mismo modo cabría decir que es motivo de orgullo para los socialistas demostrarse capaces de mantener una disciplina que aunque es, en cierta medida, voluntaria, es asimismo índice de sumisión de la mayoría a las órdenes impartidas por la minoría o, al menos, al reglamento impuesto por la minoría en obediencia a las instrucciones de la mayoría. Vilfredo Pareto ha llegado a recomendar el socialismo como medio favorable para la creación de una nueva élite de la clase trabajadora, y considera que el coraje con que los líderes socialistas hacen frente a los ataques y la persecución es un signo de su vigor, y primera condición requerida para formar una nueva «clase política».[2] La *théorie de la circulation des élites*, de Pareto, ha de ser aceptada, sin embargo, con muchas reservas, pues en casi todos los casos no es un simple reemplazo de un grupo de élites por otro, sino un proceso continuo de mezcla, donde los antiguos elementos atraen, absorben y asimilan a los nuevos de manera incesante.

Este fenómeno quizás haya sido reconocido antes, en la medida que la *circulation des élites* ocurría dentro de los límites de una única gran clase social y en un plano político. En aquellos estados donde prevalece un gobierno representativo, la oposición constitucional no procura otra cosa que esa circulación. En Inglaterra, por ejemplo, la oposición tiene la misma estructura simple y resistente que el partido en cuyas manos están las riendas del gobierno; su programa es formulado con claridad y dirigido hacia fines puramente prácticos e inmediatos; su disciplina es total, y la conducen sujetos carentes de profundidad teórica pero dotados de talento estratégico; todas sus energías están encaminadas a derribar al gobierno, a tomar

2 Vilfredo Pareto, *Les Systèmes socialistes*, ed. cit., vol. I, págs. 62 y sigs.

las riendas del poder en sus propias manos, en tanto que en otros aspectos deja las cosas exactamente como están; en una palabra, procura sustituir una camarilla de las clases dominantes por otra. Tarde o temprano la competencia entre las diversas camarillas de las clases dominantes termina en una reconciliación que obedece a la tendencia instintiva de conservar el dominio sobre las masas compartiéndolo entre ellas. La opinión más generalizada sostiene que como resultado de la Revolución Francesa o, en todo caso, de la Tercera República, el antiguo orden fue totalmente suprimido —en el aspecto social— en Francia. Esta concepción es por completo errónea. En el presente año de gracia encontramos que la nobleza francesa está representada en los regimientos de caballería y en el servicio diplomático republicano en una medida desproporcionada con su fuerza numérica; y aunque en la cámara francesa no existe, como en Alemania, un partido declaradamente conservador de la nobleza, encontramos que de 584 diputados no menos de 61 pertenecen a la vieja aristocracia *(noblesse d'épée* y *noblesse de robe).*

Como ya hemos dicho, no es en modo alguno nueva la teoría de que un grupo social directivo sea absolutamente esencial. Gaetano Mosca, el más destacado de los sustentadores actuales de esta concepción sociológica y, con Vilfredo Pareto, su exponente más capaz y más autorizado, mientras disputa la prioridad con Pareto, reconoce como precursores a Hippolyte Taine y Ludwig Gumplowicz.[3] Un hecho menos conocido, pero no menos interesante, es que a los principales progenitores intelectuales de la teoría de Mosca hemos de encontrarlos entre los miembros de la escuela contra la cual estos autores dirigieron muy especialmente sus ataques; es decir, entre los pensadores socialistas, y en particular entre los primeros socialistas franceses. En su obra descubrimos el germen de una doctrina elaborada recientemente por Mosca y Pareto hasta hacer de ella un sistema sociológico. La escuela de Saint-Simon, mientras afirma que el concepto de clase dejará de caracterizarse alguna vez por atributos económicos, no concibe un futuro sin distin-

3 Gaetano Mosca, «Piccola Polemica», *Riforma Sociale,* año XIV, vol. XVII, fasc. 4.

ciones de clase. Los saint-simonianos soñaban con la creación de una nueva jerarquía, que habría de estar fundada, no sobre privilegios de cuna, sino sobre privilegios adquiridos. Esta clase congregaría a «los más vitales, los más inteligentes y los más fuertes: la personificación viviente del triple avance de la sociedad», seres «aptos para dirigirla hacia los horizontes más amplios».[4] A la cabeza de su estado socialista los saint-simonianos querían colocar a quienes llamaban *hommes généraux*, que serían capaces de indicar a cada persona su quantum de trabajo social, habida cuenta de sus aptitudes individuales especiales en esa materia; aquí es obvio que todo dependería de la discreción de esos superhombres.[5] Uno de los prosélitos más ardientes de Saint-Simon, abogado entusiasta de la *nouvelle dynastie*, obligado a defenderse de la acusación de que su doctrina abría las puertas al despotismo, no vaciló en declarar que la mayoría de los seres humanos debían obedecer las órdenes de los mejor dotados; afirmaba que debían hacerlo no solo por amor a Dios, sino también por egoísmo personal y en última instancia porque el hombre, aun cuando pudiera vivir en el aislamiento, siempre necesitaría alguna forma de apoyo exterior. La necesidad de impartir órdenes, por una parte, y la necesidad de cumplirlas, por la otra, tienen justificación metafísica. Esa autoridad solo sería «transformación política del amor que une a todos los hombres en Dios. ¿Acaso preferís la independencia patética que hoy aísla los sentimientos, las opiniones y los esfuerzos y que, bajo un nombre pomposo, no es más que egoísmo acompañado de todos los hábitos que engendra?»[6] El sistema saint-simoniano es autoritario y jerárquico, de cabo a rabo. Los discípulos de Saint-Simon no se sorprendieron ante el cesarismo de Napoleón III: casi todos ellos lo aceptaron con gozo, imaginando que encontrarían en él principios de socialización económica.

La escuela de Fourier fue aún más lejos. Con riqueza de detalles que rayaban en la pedantería y mostraban más

4 Traducido de E. Barrault, «La Hierarchie, in Religion Saint-Simonienne», Recueil et Prédications, Aux bureaux du *Globe*, París, 1832, vol. I, pág. 196.

5 *Œuvres de Saint-Simon et Enfantin*, vol. XLI, *Doctrines Saint-Simoniennes*, Exposition par Bozard, París: Leroux, 1877, pág. 275.

6 *Ibid.*

de un rasgo grotesco, Fourier elaboró un sistema vasto y complejo. Hoy no podemos disimular una sonrisa cuando estudiamos las tablas que trazó para describir su «jerarquía esférica», que consistía en un millar de grados y abarcaba todas las formas posibles de dominio, desde la «anarquía» hasta la «omniarquía», cada una de las cuales tenía sus *hautes dignités* especiales y sus propias *hautes fonctions.*[7] Sorel ha demostrado muy bien que el socialismo de los días anteriores a Louis Blanc estuvo íntimamente relacionado con la era napoleónica, de manera tal que las utopías de Saint-Simon y de Fourier no podían vivir y prosperar en otro terreno que no fuera el abonado por la idea de autoridad, a la cual el gran corso había dado nuevo esplendor.[8] Según Berth, todo el sistema de Fourier presupone la ubicuidad invisible, pero real e indispensable, del propio Fourier, pues solo él —el Napoleón, por así decirlo, del socialismo— sería capaz de activar y armonizar las diversas pasiones de la humanidad.[9] Los socialistas de la época siguiente, y sobre todo los socialistas revolucionarios, aunque no negaban la posibilidad de un gobierno democrático de la mayoría en un futuro lejano, rechazaban rotundamente que ese gobierno pudiera existir en el momento actual y concreto. Bakunin se oponía a toda participación de la clase trabajadora en las elecciones. Estaba convencido de que en una sociedad donde el pueblo, la masa de los asalariados, está bajo el dominio económico de una mayoría que consiste en poseedores, el más libre de los sistemas electorales no puede ser sino una ilusión. Quien habla de poder, habla de dominio, y todos los dominios presuponen la existencia de una masa dominada.[10] La democracia llega a ser considerada como el peor de todos los regímenes burgueses. Proudhon dijo que la república, que se nos presenta como la forma más elevada de democracia burguesa, posee en grado superlativo ese espíritu

7 Ferdinand Guillon, *Accord des Principes, Travail des Ecoles Sociétaires. Charles Fourier*, Paris: Libr. Phalanst., 1850, pág. 97.
8 Prefacio de Georges Sorel al trabajo de Ferdinand Pelloutier, *Histoire des Bourses du Travail*, ed. cit., págs. 7 y sigs.
9 Edouard Berth, «Marchands, intellectuels et politiques», *Mouvement Socialiste*, año IX, nº 192, pág. 385.
10 Traducido de Bakunin, *L'Empire Knouto-Germanique et la Révolution Sociale*, ed. cit., vol. II, pág. 126.

fanático, ese celo minucioso y autoritario (*zèle gouvernemental*) que cree que puede atreverse a todo con impunidad, y está siempre dispuesto a justificar sus actos despóticos con el pretexto conveniente de haberlos realizado para bien de la república y del interés general. Aun la revolución política no significa más que *un déplacement de l'autorité*.[11]

La única doctrina científica que puede enorgullecerse de formular una réplica efectiva a todas las teorías, antiguas o nuevas, que afirmaban la necesidad inmanente de la existencia perenne de la «clase política», es la doctrina marxista. En esta doctrina el Estado se identifica con la clase gobernante: identificación de la cual Bakunin, discípulo de Marx, extraía las consecuencias extremas. El Estado no es más que la comisión ejecutiva de la clase gobernante o, para citar la expresión de un neomarxista reciente, el Estado no es más que «un gremio creado para defender los intereses de quienes constituyen el poder».[12] Es evidente que esta teoría se parece mucho a la teoría conservadora de Gaetano Mosca. Este, partiendo de un estudio de los mismos síntomas, deduce en verdad una prognosis similar, pero calla las lamentaciones y las recriminaciones por un fenómeno que, a la luz de sus opiniones políticas generales, no solo considera inevitable, sino realmente ventajoso para la sociedad. Aristide Briand, en la época en que era miembro activo del partido socialista y antes de haber llegado a primer ministro del «Estado clasista», llevó la noción marxista del Estado a sus últimos límites, al recomendar a los obreros que abandonaran las luchas económicas aisladas y locales, para no disipar sus energías en huelgas parciales, y emprendieran unidos un ataque contra el Estado, en la forma de una huelga general, pues decía, «no puedes herir a la burguesía con tus armas si no atacas al Estado».[13]

Cuando la teoría marxista del Estado se une a la fe en la energía revolucionaria de la clase trabajadora, y en los efectos democráticos de la socialización de los medios

11 Proudhon, *Les Confessions d'un Révolutionnaire*, ed. cit., pág. 24.
12 Angelo Oliviero Olivetti, *Problema del socialismo contemporaneo*, Lugano: Cannoni, 1908, pág. 41.
13 Aristide Briand, *La Grève Générale et la Révolution*. Discurso publicado en 1907. París: Girard, pág. 7.

de producción, lleva lógicamente a la idea de un nuevo orden social que parecía utópico a la escuela de Mosca. De acuerdo con los marxistas, el modo capitalista de producción transforma a la gran mayoría de la población en proletarios, y así cava su propia fosa. En cuanto alcance la madurez, el proletariado tomará el poder político y transformará inmediatamente la propiedad privada en propiedad estatal. «De esta manera se eliminará a sí mismo, pues pondrá fin a todas las diferencias so iales y, en consecuencia, a todos los antagonismos de clase. En otras palabras, el proletariado anulará al Estado en lo que tiene de Estado. La sociedad capitalista, dividida en clases, tiene necesidad del Estado como organización de la clase gobernante, cuyo propósito es mantener el sistema capitalista de producción en su propio interés y para realizar la explotación permanente del proletariado. Por consiguiente, poner fin al Estado es sinónimo de poner fin a la existencia de la clase dominante.»[14] Pero la nueva sociedad colectivista, la sociedad sin clases, que se levantará sobre las ruinas del antiguo Estado, también necesitará elementos electivos. Cabe decir que con la adopción de las leyes preventivas formuladas por Rousseau en *Le contrat social*, y reproducidas después por los revolucionarios franceses en la *Déclaration des Droits de l'Homme*, sobre todo por la aplicación estricta del principio según el cual todas las funciones tendrán carácter revocable, la actividad de esos representantes podrá estar limitada dentro de márgenes rigurosos.[15] No es menos cierto que la riqueza social no puede ser administrada en forma satisfactoria sino mediante la creación de una burocracia numerosa. Todo esto nos conduce, por una lógica inevitable, a la negación categórica de la posibilidad de un Estado sin clases.

La administración de un capital inmensamente grande,

14 Friedrich Engels, *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, Berlín: Buchhandlung *Vorwärts*, 4, ed., 1891, pág. 40.

15 Muchos creyeron con Hobson («Boodle and Cant», ed. cit., págs. 587 y 590) que el estado socialista requerirá un número mayor de líderes, incluso líderes políticos, que ningún otro Estado que haya existido hasta ahora. Bernstein declara que el organismo administrativo de la sociedad socialista durante mucho tiempo diferirá muy poco del del Estado existente (Eduard Bernsten, *Zur Geschichte*..., ed. cit., pág. 212).

sobre todo cuando este capital es de propiedad colectiva, da a los administradores una influencia al menos igual a la que tenían los poseedores privados del capital. En consecuencia, las críticas anticipadas del orden social marxista se preguntan si el instinto que hoy lleva a los miembros de las clases pudientes a transmitir a sus hijos las riquezas que ellos (los padres) han amasado, no existiría también entre los administradores de la riqueza pública del Estado socialista, y si esos administradores no utilizarían su inmensa influencia para asegurar que sus hijos hereden las funciones por ellos desempeñadas.

La constitución de la nueva minoría dominante, además, estaría especialmente facilitada por la forma en que, según la concepción marxista de la revolución, ha de realizarse la transformación social. Marx sostiene que el período entre la destrucción de la sociedad capitalista y el establecimiento de la sociedad comunista estaría cubierto por un período de transición revolucionaria en el campo económico, al que correspondería un período de transición política, «cuando el Estado no pudiera ser sino la dictadura revolucionaria del proletariado».[16] Para enunciar esto con menos eufemismos, la dictadura estará entonces en manos de aquellos líderes lo bastante astutos y poderosos como para apoderarse del cetro del dominio en nombre del socialismo, arrebatándolo de las manos de la moribunda sociedad burguesa.

También el programa mínimo del partido republicano de Mazzini prefiguró una dictadura revolucionaria, y esto llevó a la ruptura entre la joven Italia y los elementos socialistas de los carbonarios. Filippo Buonarroti, el florentino, amigo y biógrafo de Gracchus Babeuf, hombre que desempeñó un papel heroico en la Revolución Francesa [17] y tuvo oportunidad de observar, al mismo tiempo, la forma en que los revolucionarios victoriosos conservaban la desigualdad y procuraban fundar una nueva aristocracia, resistió con todas sus fuerzas el plan de concentrar el poder de los carbonarios en las manos de un solo individuo. Entre las razones teóricas que adujo con-

16 Karl Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», *Waffenkammen des Sozialismus*, 10º vol. semestral, Francfort del Main, 1908, pág. 18.

17 Filippo Buonarroti, *Conspiration pour l'Egalité, dites de Babeuf*, Bruselas, 1828. *Cf.* esp. pág. 48.

tra esta concentración, la principal fue que la dictadura individual era solo una etapa en la marcha hacia la monarquía. Contra Mazzini y sus amigos Buonarroti objetaba que todos los cambios políticos que aquéllos procuraban, tenían un carácter puramente formal, solo perseguían la satisfacción de sus necesidades personales y, por sobre todo, adquirir y ejercer una autoridad sin restricciones. Por esta razón Buonarroti se opuso al alzamiento aislado que organizó Mazzini en 1833, y emitió un decreto secreto por el cual prohibía a sus camaradas entre los carbonarios que prestaran ayuda a los insurgentes, cuyo triunfo —decía— no puede dejar de dar origen a la creación de una nueva aristocracia ambiciosa. «La república ideal de Mazzini —escribió—, difiere de la monarquía solo en este aspecto: tiene una mínima dignidad y un máximo de jerarquía electiva.»[18]

Hay poca diferencia entre la dictadura individual y la dictadura de un grupo de oligarcas, en lo que a resultados prácticos se refiere. Hoy vemos que el concepto *dictadura* es la antítesis del concepto *democracia*. El intento de hacer que la dictadura sirva a los fines de la democracia es equivalente al esfuerzo por utilizar la guerra como medio más eficiente para la defensa de la paz, o emplear el alcohol en la lucha contra el alcoholismo.[19] Lo más probable es que el grupo social que haya conquistado el control de los instrumentos del poder colectivo haga todo lo que esté a su alcance para conservar ese dominio. Teofrasto advirtió hace mucho tiempo que los deseos más intensos de los hombres llegados al liderazgo en estados de gobierno popular, no eran tanto el adquirir riqueza personal como el establecimiento paulatino de su propia soberanía a expensas de la soberanía popular.[20] El peligro es inminente a menos que la revolución social reemplace a las clases dominantes visibles

18 Giuseppe Romano-Catania, *Filippo Buonarroti*, 2ª ed., Palermo: Sandron, 1902, págs. 211-12, 213, 218 y 228.

19 «Se repite continuamente el sueño del marqués Posa, de Schiller (en *Don Carlos*), quien procura hacer del absolutismo el instrumento de liberación; o el sueño del dulce abate Pierre (en *Rome*, de Zola), quien quiere utilizar a la Iglesia como una palanca para llegar al socialismo» (Kropotkin, *Die historische Rolle des Staates*, Berlín: Grunau, 1898, pág. 52).

20 Labruyère, *Caractères*, ed. cit., pág. 28.

y tangibles que hoy existen y actúan abiertamente, mediante una oligarquía demagógica clandestina, que persiga sus metas bajo un disfraz de igualdad.

La doctrina económica marxista y la filosofía marxista de la historia no pueden dejar de ejercer una gran atracción sobre los pensadores; pero los defectos del marxismo son evidentes en cuanto entramos al terreno práctico de la administración y la ley pública (para no hablar de los errores en el campo psicológico y aun en esferas más elementales). Dondequiera que la teoría socialista ha procurado dar garantías a la libertad personal, o se ha extraviado en lo nebuloso del anarquismo individualista, o ha formulado propuestas que (indudablemente contradictorias con las intenciones excelentes de sus autores) no podían dejar de esclavizar al individuo a la masa. He aquí un ejemplo: para lograr que la literatura de la sociedad socialista sea elevada y moral, y para excluir *a priori* todos los libros licenciosos, August Bebel propuso la designación de una comisión de expertos que decidiera cuáles cosas podían y cuáles cosas no podían ser impresas. A fin de obviar todo peligro de injusticia y asegurar la libertad de pensamiento y de expresión, Bebel agregaba que cada autor debía tener el derecho de apelar ante la colectividad.[21] Es innecesario señalar lo impracticable de este propósito, consistente en que los libros sobre los que se planteaba apelación, por voluminosos que fueran, debían ser impresos y distribuidos al público en general, con el objeto de que éste decidiera ¡si eran o no aptos para ser publicados!

El problema del socialismo no es solo un problema económico. En otras palabras, el socialismo no procura simplemente determinar en qué medida es posible realizar una distribución de la riqueza que sea al mismo tiempo justa y económicamente productiva. El socialismo es también un problema de administración, un problema de democracia, y esto no solo en las esferas técnica y administrativa, sino también en la esfera de la psicología. El problema individualista resulta el más difícil de todos, en ese complejo de cuestiones que el socialismo procura resolver. Rudolf Goldscheid, quien bus-

21 A. Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*, 34ª ed., Stuttgart: J. H. W. Dietz Nachf., 1903, pág. 423.

ca un renacimiento del movimiento socialista mediante el fortalecimiento de sus elementos más enérgicos, advierte con mucho acierto, hacia el peligro que enfrenta el socialismo, por brillante que sea su resolución de los problemas de la organización económica. Si el socialismo —dice— deja de estudiar el problema de los derechos individuales, el conocimiento individual y la voluntad individual, habrá de naufragar, por su comprensión defectuosa del significado de la libertad para la ulterior evolución de nuestra especie: sufrirá un derrumbe no menos desastroso que el de las primeras concepciones de reforma mundial: cegadas por el esplendor de su visión, éstas ignoraron las fuentes luminosas individuales que se combinan para producirlo.[22]

El joven partido laborista alemán aún no había logrado desprenderse de la democracia burguesa, ni a costa de cruentas luchas, cuando uno de sus más sinceros amigos llamó la atención hacia ciertos peligros urgentes. En una carta abierta a la comisión de Leipzig de la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, Rodbertus escribe: «Os estáis apartando de un partido político porque, como suponéis con razón, este partido político no representa en forma adecuada vuestros intereses sociales; pero hacéis esto para fundar un nuevo partido político. ¿Quién os dará garantías contra el peligro de que en este nuevo partido los adversarios de vuestra clase *(die anti-sozialen Elemente)* conquisten algún día el cetro?»[23] En esta observación Rodbertus toca la esencia misma del partido político. Un análisis de los elementos que entran en la composición de un partido demostrará la justicia perfecta de su crítica. Un partido no es una unidad social ni una unidad económica: está basado sobre su programa; en teoría, este programa puede ser la expresión de los intereses de una clase particular. En la práctica, no obstante, cualquiera puede afiliarse a un partido, coincidan o no sus intereses con los principios enunciados en el programa partidario. El partido socialista, por ejemplo, es el representante ideológico del proletariado. Esto, sin embargo, no lo transforma en un organismo de clase.

22 Rudolf Goldscheid, *Grundlinien zu einer Kritik de Willenskraft*, Viena y Leipzig: W. Braumüller, 1905, pág. 143.
23 Rodbertus, «Offener Brief...», en *Politische Reden u. Schriften* de F. Lassalle, ed. cit., vol. II, pág. 15.

Desde el punto de vista social es una mezcla de clases, compuesta de elementos que cumplen diversas funciones en el proceso económico; pero puesto que el programa tiene un origen clasista, el partido adquiere una ostensible unidad social. Todo socialista en cuanto tal, cualquiera sea su posición económica en la vida privada, admite en teoría la preeminencia absoluta de una gran clase: el proletariado. Aquellos afiliados al partido que no son proletarios, y los que solo son proletarios parciales, «adoptan los puntos de vista de la clase trabajadora, y reconocen que esta clase predomina».[24] Cabe presuponer tácitamente que aquellos miembros de un partido que no pertenecen a la clase que ese partido representa, renunciarán a sus intereses personales cuando éstos choquen con los intereses de la clase proletaria. En principio, los elementos heterogéneos se subordinarán a la «idea» de una clase a la que ellos no pertenecen. Hasta aquí, la teoría. En la práctica, la aceptación del programa no es suficiente para abolir el conflicto de intereses entre el capital y el trabajo. Entre los miembros que pertenecen a estratos sociales más altos, afiliados a la organización política de la clase trabajadora, habrá algunos que querrán saber, cuando llegue la ocasión, cómo sacrificarse; que serán capaces de despojarse de la clase. La mayoría de esas personas, no obstante, a pesar de su comunión exterior de ideas con el proletariado, continuará cultivando intereses económicos opuestos a los de éste. Hay, en realidad, un conflicto de intereses, y la decisión en este conflicto estará determinada por la relación de los intereses respectivos con las necesidades principales de la vida. En consecuencia, no es imposible que pueda surgir un conflicto económico entre los miembros burgueses y los miembros proletarios del partido, y a medida que este conflicto se extienda culminará en disensiones políticas. Los antagonismos económicos estorban a la superestructura ideológica. El programa se transforma en letra muerta, y bajo el estandarte del «socialismo», y en el seno del partido, se desencadena una verdadera lucha de clases. Sabemos por experiencia que en su conducta hacia otras personas en sus ocupaciones, los socialistas

24 Eduard Bernstein, «Wird die Sozialdemokratie Volkspartei?», *Sozial. Monatshefte*, agosto, 1905, pág. 670

burgueses no siempre subordinan los intereses propios a los de su clase adoptiva. Cuando el partido incorpora entre sus miembros a dueños de fábricas y talleres, cabe advertir que éstos, a pesar de su buena voluntad personal y de la presión ejercida sobre ellos por el partido, tienen el mismo conflicto económico con sus empleados que el de aquellos empleadores cuyas convicciones armonizan con su status económico, y que no piensan como socialistas sino como burgueses.

Pero existe también otro peligro: el liderazgo del partido socialista puede caer en manos de personas cuyas tendencias prácticas se opongan al programa de la clase trabajadora, de manera tal que el movimiento laborista sea utilizado al servicio de intereses opuestos por completo a los del proletariado. Este peligro es bien notorio en aquellos países donde el partido de la clase trabajadora no puede prescindir de la ayuda y orientación de capitalistas que no dependen del partido; lo es menos allí donde el partido no tiene necesidad de esos elementos, o donde puede abstenerse de admitirlos en su liderazgo.

Cuando los líderes, ya sea provenientes de la burguesía o de la clase trabajadora, se vinculan como empleados al organismo partidario, su interés económico coincide, por lo general, con el interés del partido. Sin embargo, esto sirve para eliminar solo en uno de sus aspectos el peligro; otro aspecto, más grave porque es más general, depende de la oposición que surge inevitablemente entre los líderes y la masa, cuando el partido aumenta su fuerza. Considerado como una entidad, como una pieza de mecanismo, el partido no es forzosamente identificable con la totalidad de sus miembros, ni mucho menos con la clase a la que pertenecen. El partido fue creado como un medio para lograr un fin. No obstante, por haberse transformado en un fin en sí mismo, con metas e intereses propios, experimenta un distanciamiento de la clase que representa, desde un punto de vista teleológico. En un partido no es fácil que los intereses de las masas que se han combinado para constituirlo coincidan con los intereses de la burocracia que lo representa. Los intereses del organismo de empleados son siempre conservadores, y en una situación política dada estos intereses pueden dictar una política defensiva y aun reaccionaria cuando los intereses de la clase trabajadora reclaman una polí-

tica audaz y agresiva; en otros casos, aunque raros, los papeles pueden estar cambiados. Por una ley social universalmente aplicable, todo órgano de la colectividad, nacido por la necesidad de la división del trabajo, crea para sí mismo, tan pronto se consolida, intereses que le son peculiares. La existencia de estos intereses especiales supone un conflicto forzoso con los intereses de la colectividad. Pero no solo eso; los estratos sociales que desempeñan funciones peculiares tienden a aislarse, a producir órganos aptos para la defensa de sus propios intereses. A la larga tienden a transformarse en clases diferenciadas.

Los fenómenos sociológicos cuyas características generales hemos analizado en este capítulo y en los precedentes, muestran muchos puntos vulnerables para los adversarios científicos de la democracia. Estos fenómenos parecerían demostrar, indiscutiblemente, que la sociedad no puede existir sin una clase «dominante» o «política», y que si bien los elementos de la clase gobernante están sujetos a una renovación parcial frecuente, constituyen, sin embargo, el único factor de eficacia perdurable en la historia del desarrollo humano. Según esta perspectiva el gobierno, o mejor dicho el Estado, no puede ser sino la organización de una minoría. El propósito de esta minoría es imponer al resto de la sociedad un «orden legal», que es el fruto de las exigencias del dominio y de la explotación de la masa de ilotas por parte de la minoría gobernante, y que jamás podrá representar en forma auténtica a la mayoría; esta última es así permanentemente incapaz de autogobierno. Aun cuando el descontento de las masas culminara en el intento triunfante de despojar del poder a la burguesía, esto ocurre solo en apariencia, según lo afirma Mosca; es forzoso que surja siempre de las masas una nueva minoría organizada que se eleve al rango de clase gobernante.[25] Así la mayoría de los seres humanos están predestinados por la trágica ne-

25 Gaetano Mosca, *Elemente de scienza política*, ed. cit., pág. 62. Entre los socialistas hay algunos —raros por cierto— que no niegan la verdad de este axioma. Uno de ellos es el profesor de filosofía y diputado socialista de la cámara alta sueca, Gustaf F. Steffen, quien declara: «Aun después de la victoria seguirán existiendo los conductores y los conducidos en la vida política» (Steffen, *Die Demokratie in England*, Jena: Diederichs, 1911, pág. 59).

cesidad de someterse al dominio de una pequeña minoría, a una condición de tutela permanente, y deben avenirse a constituir el pedestal de una oligarquía.

El principio de que una clase dominante sucede inevitablemente a otra (y la ley deducida de este principio, según la cual esa oligarquía es, por así decirlo, una forma preordenada de la vida común de grandes conglomerados sociales), lejos de chocar con la concepción materialista de la historia o reemplazarla, completa esa concepción y la refuerza. No hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de luchas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores. La existencia de una clase política no contradice el contenido esencial del marxismo, no considerado como dogma económico sino como filosofía de la historia; pues en cada caso particular el dominio de una clase política surge como resultado de las relaciones entre las diferentes fuerzas sociales que compiten por la supremacía, si consideramos, por supuesto, dinámica y no cuantitativamente a esas fuerzas.

El socialista ruso Alexandre Herzen, cuyo mejor título permanente de significación aparece en el interés psicológico de sus escritos, declara que desde el día en que el hombre se volvió cómplice de la propiedad y su vida una lucha continua por el dinero, los grupos políticos del mundo burgués sufrieron una división en dos campos: los propietarios, que conservan tenazmente sus millones, y los desposeídos, que serían felices si pudieran despojar a aquéllos, pero que carecen de poder para hacerlo. Así, la evolución histórica representa simplemente una serie ininterrumpida de oposiciones (en el sentido parlamentario de este término), «que llegan al poder una tras otra, y pasan de la esfera de la envidia a la esfera de la avaricia».[26]

De esta manera la revolución social no produciría cambio real alguno en la estructura interna de la masa. Pueden triunfar los socialistas, pero no el socialismo, que perecerá en el momento en que sus adherentes triunfen. Es-

26 Alexandre Herzen, *Erinnerungen*, traducción alemana de Otto Buck, Berlín: Wiegandt u. Grieben, 1907, vol. II, pág. 150.

tamos tentados de hablar de este proceso como una tragicomedia donde las masas se conforman con dedicar todas sus energías a lograr un cambio de amos. A los obreros solo les queda el honor «de participar en el reclutamiento del gobierno».[27] El resultado parece bastante malo, especialmente si tomamos en consideración el hecho psicológico de que aun el más puro de los idealistas que llega al poder por pocos años, es incapaz de eludir la corrupción que el ejercicio del poder lleva consigo. En Francia, en círculos de la clase trabajadora, la frase es corriente: *homme élu, homme foutu*. La revolución social, como la revolución política, es equivalente a una oposición mediante la cual, como lo expresa el proverbio italiano: *Si cambia il maestro di cappella, ma la musica è sempre quella.*[28]

Fourier define la sociedad moderna como un mecanismo donde prevalece la licencia individual más extrema, sin dar ninguna garantía al individuo contra la usurpación de la masa, o a la masa contra la usurpación del individuo.[29] La historia parece enseñarnos que ningún movimiento popular, por enérgico y vigoroso que sea, puede producir cambios profundos y permanentes en el organismo social del mundo civilizado. Los elementos preponderantes del movimiento, los hombres que lo conducen y lo alimentan, terminan por experimentar un distanciamiento gradual de las masas, y son atraídos hacia la órbita de la «clase política». Quizás aporten a esta clase cierto número de «ideas nuevas», pero también la dotan de mayor energía creadora y la enriquecen de inteligencia práctica, con lo cual dan a la clase gobernante una juventud siempre renovada. La «clase política» (para seguir empleando la adecuada frase de Mosca) tiene sin duda un sentido muy afinado de sus posibilidades y de sus medios de defensa. Despliega una notable fuerza de atracción y una capacidad potente de absorción; es raro que ésta no ejerza influencia aun sobre el más hostil e irreconciliable de sus adversarios. Desde el punto de vista histórico, los antirrománticos tienen mucha razón

27 Félicien Challaye, *Syndicalisme révolutionnaire et Syndicalisme réformiste*, París: Alcan, 1909, pág. 16.
28 Cambia el director, pero la música es la misma.
29 Charles Fourier, *De l'anarchie industrielle et scientifique*, París: Libr. Phalanst., 1847, pág. 40.

cuando resumen su escepticismo en términos tan cáusticos como éstos: «¿Qué es una revolución? Las personas disparan tiros en una calle; eso rompe muchas ventanas, los únicos que sacan ventajas son los vidrieros. El viento barre el humo. Los que están arriba empujan hacia abajo a los demás... ¡Vale la pena padecer para sacar tantos buenos adoquines del pavimento que de otro modo sería muy difícil moverl» [30] O podríamos decir, siguiendo a la canción *Madame Angot:* «¡No vale la pena molestarse en cambiar el gobiernol» En Francia, el medio clásico de las teorías y experimentos sociales, ese pesimismo ha llegado a enraizar de la manera más profunda.[31]

30 Traducido de Théophile Gautier, *Les Jeunes-France,* París: Charpentier, 1878, pág. XV.

31 La desilusión de los franceses en lo que a la democracia se refiere se remonta a la Revolución. Guizot declaraba que ese experimento terrible era suficiente «para provocar un rechazo eterno en el mundo que persigue la libertad, y para marchitar las más nobles esperanzas de la especie humana en su origen». (Traducido de F. Guizot, *Du Gouvernement de la France,* ed. cit., pág. 165.)

3. La vida partidaria en tiempo de guerra

Nunca es más fuerte el poder del Estado, y nunca son menos eficaces las fuerzas de los partidos políticos de la oposición, que ante la declaración de una guerra. Esta guerra deplorable llega como una tormenta nocturna, cuando todos, cansados por el trabajo del día, han caído rendidos en un apacible y bien merecido sueño; estalla en todo el mundo con violencia sin precedentes, y con completa falta de respeto por la vida humana y las creaciones eternas del arte, al punto de poner en peligro las piedras angulares de una civilización que tiene más de mil años. Una de las piedras angulares del materialismo histórico es que las clases trabajadoras de todo el mundo están unidas, como por eslabones de hierro, a través de la comunidad perfecta de intereses económico-sociales que poseen, frente a la burguesía; esta comunidad de intereses origina una estratificación horizontal de clases que atraviesa y reemplaza la estratificación vertical de las naciones y las razas. En realidad, la mayor diferencia en la concepción de las clases económico-sociales y de las nacionalidades ético-lingüísticas que profesan los adherentes respectivos de las teorías nacionalistas y de las teorías del materialismo histórico, es la siguiente: los primeros proponen la hipótesis de que el concepto de «nación» predomina moral y efectivamente sobre el concepto de «clase», en tanto que los últimos consideran que el concepto y la realidad de la «nación» están subordinados al concepto de «clase». En verdad, los marxistas creían que la conciencia de clase estaba impresa sobre la mentalidad del proletariado imbuido de teorías socialistas. La guerra desbarató esta teoría con un único y terrible golpe. El partido socialista alemán, el sector más fuerte, más rico y mejor organizado de la Internacional de la clase trabajadora, espíritu rector durante los últimos treinta años de esa Internacional, repentina y enfáticamente declara su

solidaridad total con el emperador de Alemania. No conocemos un solo caso, entre toda la masa proletaria, de rebelión moral contra la lucha que enrola a los socialistas para combatir en favor del imperialismo alemán, y los enfrenta con los camaradas de otros países. Indiscutiblemente, la táctica de los socialistas alemanes obedeció en gran parte a las tendencias oligárquicas que se manifiestan en los partidos políticos modernos, pues estos partidos, aun cuando tengan fines revolucionarios —y en realidad por esa misma causa, es decir, porque hacen la guerra contra el sistema estatal existente y quieren reemplazarlo por otro— tienen necesidad de una vasta organización, cuya fuerza capital esté en una burocracia fidedigna y estable, con miembros bien pagados, y que tenga a su disposición arcas bien colmadas y un poderoso sistema periodístico.[1] Esta organización constituye un Estado dentro del Estado. Hoy las fuerzas partidarias, por bien desarrolladas que estén, siempre son inferiores y están subordinadas a las del gobierno, y esto es especialmente cierto en un país como Alemania. En consecuencia, uno de los principios cardinales que gobiernan la política del partido socialista es no dirigir jamás ataques al gobierno, más allá de los límites impuestos por la desigualdad entre las fuerzas respectivas de los combatientes. En otras palabras, la vida partidaria, cuya preservación ha llegado a ser paulatinamente el objetivo supremo de los partidos de acción política, no debe ser puesta en peligro. El resultado es que la forma externa del partido, su organización burocrática, llega a predominar sobre su espíritu, su contenido doctrinario y teórico, al que sacrifica cuando tiende a crear un conflicto inoportuno con el enemigo. La consecuencia de esta evolución regresiva es que el partido no aparece ya como un medio para alcanzar un fin, sino que gradualmente se convierte en un fin y se vuelve incapaz de resistir el ejercicio arbitrario del poder por el Estado, cuando este poder está inspirado por una voluntad enérgica.

Inevitablemente, un partido no puede soportar una prue-

1 Al terminar el año 1913 la tesorería central de los gremios socialistas alemanes tenía propiedades por valor de 88.069.295 marcos (4.400.000 libras), en tanto que los gremios locales independientes poseían 3.152.636 marcos (150.000 libras). Una rebelión contra el gobierno y su política exterior hubiera puesto en peligro estos fondos.

ba tan terrible como es la de sostener su fe en los principios cuando el Estado, decidido por la guerra y resuelto a aplastar a quienquiera que se cruce en su camino, amenaza al partido, en caso de desobediencia, con la disolución de sus filiales, el secuestro de sus fondos y la ejecución de sus mejores hombres. El partido cede, abjura al punto de su espíritu internacionalista e impelido por el instinto de conservación se transforma en un partido patriótico. La guerra mundial de 1914 ha constituido la confirmación más efectiva de lo que el autor escribió en la primera edición de este libro, con respecto al futuro de los partidos socialistas.

Esta tendencia natural del partido político moderno se robustece, en el caso particular que consideramos, por la decisión de los socialistas alemanes de apoyar a su gobierno en todo sentido, por su miedo y aversión al zarismo. Esta aversión invencible, sobre la que se basa el acuerdo general con que toda la democracia alemana aceptó la guerra, proviene no solo del prejuicio tonto de que los eslavos pertenecen a una raza inferior, sino que es también la consecuencia de una teoría histórica especial, sustentada por Marx. Este consideraba a Rusia, en realidad, como responsable de «la reacción» dondequiera que ésta se manifestara. En particular, estimaba que el régimen militarista de los nobles prusianos, que aborrecía ardientemente, no era más que la vanguardia de la autocracia rusa. Agregó que el medio más infalible para destruir el predominio de los *junkers* alemanes era aplastar a Rusia, sin cuyo apoyo sería imposible el gobierno de la reacción prusiana. Esta convicción marxista ha llegado a ser un dogma partidario, profundamente enraizado en la mente de todo miembro, y difundido en cientos de escritos. Los socialistas alemanes que obedecieron con entusiasmo la movilización dispuesta por el emperador, creían estar cumpliendo un deber sagrado, desde el punto de vista no solo patriótico sino también democrático: a su modo de ver, aceleraban así su propia liberación final. Este estado mental inspiró los principales discursos pronunciados por los socialistas alemanes, y también sus artículos más autorizados, cuando Guillermo II declaró la guerra al zar.

Además, no armoniza muy bien con el principio teórico del materialismo histórico la actitud defendida por los

propios socialistas como absolutamente esencial para el proletariado alemán. En sustancia, lo que afirmaron los socialistas alemanes fue que, en el caso de una derrota del Estado al cual pertenecían, los proletarios habrían de sufrir forzosamente, y en gran medida, desocupación y pobreza; en consecuencia el interés supremo —que debía ser también la meta suprema de sus representantes— era evitar esta eventualidad; por eso su deber primero y principal era ayudar al ejército alemán por todos sus medios en la ardua tarea de derrotar al enemigo. Ahora bien, no falta claridad práctica en la opinión que fundamenta este razonamiento. Puesto que el proletariado es parte integral del Estado, no puede sino sufrir cuando el Estado pasa por malos momentos. Por sobre todo, la masa obrera depende del grado en que florecen la industria y el comercio. Es indudable que la condición más próspera de la industria fabril no da a los obreros una garantía absoluta de que ganarán buenos jornales y podrán disfrutar de un nivel de vida más alto, pues no hay pruebas de que la curva de los salarios seguirá siempre a la de los beneficios de la industria.
Lo cierto es, en realidad, que después de 1870 el desarrollo de la industria alemana fue rápido y extenso, mientras que la situación de los obreros alemanes siguió estacionaria por casi dos décadas; pero si bien los obreros y los fabricantes no están siempre en pie de igualdad en la cuestión de la buena fortuna, no cabe duda de que cuando llegan los malos tiempos ambos tienen que compartir las mismas angustias. Si se estanca la industria manufacturera todo aumento de salarios es excluido *a priori*. No obstante, aunque este aspecto de comunidad de intereses en la esfera nacional entre la burguesía y el proletariado tiene una base real, resulta sin lugar a dudas totalmente antagónico respecto del *idealismo* de clase —es decir, de la solidaridad fraterna que niega la solidaridad nacional, para afirmar con entusiasmo una solidaridad internacional del proletariado, que persigue una emancipación rápida de la clase— y por otra parte mina el verdadero *concepto* de clase. En realidad, la posición teórica adoptada por los socialistas alemanes, e imitada con más o menos fe por sus camaradas de otros países, ha sido dictada por un criterio totalmente diferente del que constituye la base del materialismo

histórico. Esta doctrina presupone la existencia de una clase trabajadora única e indivisible por naturaleza, en tanto que el concepto nacionalista parte de la sola existencia de un proletariado nacional, que se encuentra dentro de un Estado dado, vive dentro de fronteras geográficas bien definidas, y está sujeto a todas las influencias de la fuerza o el destino. En rigor, el concepto democrático social de clase (como se manifiesta bajo la presión de la guerra en la mayoría de los socialistas alemanes) constituye la negación del concepto marxista, en la medida que aquél desmiente a éste y, en lugar de ser el instrumento de liberación mundial imaginado por los teorizadores internacionalistas, se transforma en instrumento de cooperación patriótica, social y militar. El materialismo histórico procuraba lograr la solidaridad de la especie humana bajo la guía del proletariado revolucionario, mediante la eliminación de la burguesía y de los gobiernos nacionales. El concepto social democrático de clase procura la expansión de la patria y la prosperidad de la burguesía y del proletariado propios de ese país, mediante la ruina del proletariado y la burguesía de otros países.

Entre estas dos concepciones hay, en realidad, tanta distancia que los intentos más juiciosos por salvarla resultarán en definitiva inútiles. Si bien la guerra no ha demostrado la falacia de la teoría de que las clases trabajadoras de los diversos países, consideradas en su conjunto, tienen intereses comunes en oposición a los intereses de las diversas burguesías nacionales, también consideradas como una sola, al menos ha demostrado la inexistencia de la supuesta reacción que este fenómeno tenía que haber ejercido sobre la mentalidad y, en consecuencia, sobre la actividad del proletariado, al que una larga propaganda socialista había tratado de adoctrinar en los principios marxistas. Pero mientras los socialistas alemanes defendían su derecho a dejarse llevar por intereses estrictamente económicos, y a hacer causa común con quienes hasta entonces habían sido sus peores enemigos, tuvieron el mal gusto de negar este derecho a sus camaradas extranjeros. Paul Lensch, miembro socialista del Reichstag, editor del ultramarxista *Leipziger Volkszeitung*, con una seriedad digna de mejor causa sostuvo las notables afirmaciones siguientes: la victoria de Alemania es necesaria

para la destrucción del militarismo, que resultará superfluo tan pronto como los enemigos de Alemania hayan sido definitivamente vencidos; en tanto que su derrota proporcionará de suyo al militarismo nuevas excusas (pues Alemania se verá obligada a tomarse su venganza); para el proletariado alemán la derrota de Alemania será equivalente a una catástrofe económica, a la pérdida de los medios más esenciales de subsistencia, y a la ruina de los frutos de muchos años de trabajo; en tanto que para el proletariado inglés las consecuencias de la derrota de Inglaterra serán indudablemente muy beneficiosas, pues llevarán a una difusión rápida de las ideas socialistas, a la distribución de los monopolios, y a «la desaparición del estúpido orgullo que caracteriza a la raza inglesa».[2] Según este profundo pensador, las mismas causas producirían diferentes efectos en Inglaterra y Francia, por una parte, y en Alemania por la otra. Para Alemania habría que evitar la derrota a toda costa, pues sus resultados serían desastrosos, en tanto que en el caso de Inglaterra y Francia ¡no podrían dejar de ser saludables!

En general, cabe decir que la guerra ha acentuado aún más el carácter oligárquico del liderazgo partidario. En ningún país (excluida, por supuesto, Italia, que gozó de diez meses para deliberar y madurar su decisión) fue la masa partidaria factor activo en la adopción de una política que interesaba a todos y cada uno de sus miembros; en ningún país, salvo Italia, la gran cuestión de la actitud de los partidos, en relación con el problema de la paz o la guerra, fue planteada a todos los miembros; en todas partes la decisión suprema estuvo en manos de los líderes, y las masas simplemente debieron aceptar un hecho consumado. En casi todos los casos la mayoría de los líderes estableció su supremacía absoluta sobre la minoría mediante la llamada disciplina partidaria, que obliga a la minoría a aceptar la voluntad de la mayoría. Esto explica la unanimidad casi increíble con que, en el Reichstag, en aquella sesión memorable de agosto, el grupo parlamentario socialista votó en favor de las partidas de créditos de guerra. En la sesión secreta del grupo, en la víspera de la sesión oficial, los adversarios de la gue-

2 Paul Lensch, *Die deutsche Sozialdemokratie u. der Weltkrieg*, Berlín: Buchhandlung *Vorwärts*, 1915, págs. 20, 42 y 58.

rra estaban en minoría, y por eso fueron obligados, al día siguiente, por las exigencias de la disciplina partidaria, a confundirse públicamente con la mayoría, y a dar un vóto que contrariaba sus más sinceras convicciones. Esto significa decir que la vida partidaria supone extraños sacrificios morales e intelectuales.

Además, no fueron pocos los líderes partidarios que consideraron a la guerra como un medio útil de propaganda para atraer a nuevos afiliados. Esto se aplica sobre todo al partido socialista, ávido de eliminar las barreras que lo separan de muchos simpatizantes entre las clases de obreros manuales, operarios y comerciantes, reacios a afiliarse a un partido que profesa un ideario internacionalista. En una gran sesión pública que tuvo lugar en Stuttgart el 22 de febrero de 1915, Heymann, diputado de la dieta de Würtemberg y uno de los líderes más conocidos del partido socialista en esa provincia, declaró triunfante: «Fueron muchos los que deseaban ardientemente adherirse a nuestro partido; pero había un obstáculo. ¡Pues bien, ese obstáculo ya no existe!» [3] A no dudarlo, los principios resultan a menudo un escollo para un partido cuyo deseo principal es aumentar el número de sus afiliados; y soslayar los principios inconvenientes puede redundar en ventajas electorales, aunque a costa del honor. Los líderes son los primeros en favorecer esa tendencia, pues cuanto más se ensanchen las bases de su partido, tanto mayor es su propio poder individual. En realidad, el poder individual de los líderes experimenta un aumento inmensurable en el momento en que la mayoría de los miembros de todos los partidos están bajo las armas, y por esta razón pueden ser considerados como inexistentes políticamente, pues son incapaces de ejercer influencia alguna sobre la comisión ejecutiva del partido al que pertenecen. En el continente, aun aquellos miembros que no están bajo banderas se ven privados de todo poder de fiscalizar a sus líderes, por la supresión de la libertad de prensa y de asociación y del derecho a celebrar reuniones públicas. Dondequiera que prevalece la ley marcial, el líder es omnipotente.

3 *Zwei Reden*, de Hildebrand y W. Heine, Stuttgart: Dietz, 1915, pág. 44.

4. Consideraciones finales

A prendre le terme dans la rigueur de l'acception il n'a jamais existé de veritable democratie, et il n'en existera jamais. Il est contre l'ordre naturel que le grand nombre gouverne, et que le petit soit gouverné. — J. J. ROUSSEAU, *El contrato social.*

El liderazgo es un fenómeno necesario en toda forma de vida social. En consecuencia, no es tarea científica inquirir si este fenómeno es bueno o malo, o más bien bueno que malo. Pero tiene gran valor científico demostrar que todo sistema de liderazgo es incompatible con los postulados más esenciales de la democracia. Hoy sabemos que la ley de la necesidad histórica de la oligarquía se basa fundamentalmente sobre una serie de hechos experimentados. Como todas las otras leyes científicas, las leyes sociológicas provienen de observaciones empíricas. No obstante, para privar a nuestro axioma de su carácter puramente descriptivo, y para conferirle ese status de explicación analítica que puede transformar una fórmula en una ley, no basta contemplar aquellos fenómenos que pueden ser empíricamente establecidos con una perspectiva unitaria; también debemos estudiar las causas determinantes de esos fenómenos: ésa ha sido nuestra tarea. Ahora bien, si dejamos de lado la tendencia de los líderes a organizarse y a consolidar sus intereses, como así también la gratitud de los conducidos hacia sus conductores, y la inmovilidad y pasividad general de las masas, llegamos a la conclusión de que la causa principal de la oligarquía en los partidos democráticos habrá de encontrarse en la indispensabilidad técnica del liderazgo.

El proceso que comenzó como consecuencia de la diferenciación de funciones dentro del partido se completa con un complejo de cualidades adquiridas por los líderes al desprenderse de la masa. En un principio los líderes sur-

gen ESPONTÁNEAMENTE; sus funciones son ACCESORIAS y GRATUITAS. Pronto, sin embargo, se hacen líderes PROFESIONALES, y en esta segunda etapa del desarrollo son ESTABLES e INAMOVIBLES.

Esto significa que la explicación del fenómeno oligárquico que así ocurre es en parte PSICOLÓGICA; la oligarquía proviene de las transformaciones psíquicas que las personalidades directoras del partido experimentan en el curso de sus vidas; pero la oligarquía depende en mayor medida aún de lo que podríamos llamar PSICOLOGÍA PROPIA DE LA ORGANIZACIÓN, es decir, de las necesidades tácticas y técnicas que resultan de la consolidación de todo conglomerado político disciplinado. Reducida a su expresión más concisa, la ley sociológica fundamental de los partidos políticos (el término «político» toma aquí el significado más amplio) es formulable en los siguientes términos: «La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía.»

Toda organización partidaria representa un poder oligárquico fundado sobre una base democrática. En todas partes encontramos electores y elegidos. También encontramos en todas partes que el poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado. La estructura oligárquica de la construcción ahoga el principio democrático básico. LO QUE ES aplasta a LO QUE DEBE SER. Para las masas esta diferencia esencial entre la realidad y lo ideal sigue siendo un misterio. Los socialistas acarician a menudo una convicción sincera de que la nueva élite de políticos sea más fiel que la anterior. La noción de la representación de intereses populares, noción a la que se aferra con tanta tenacidad y confianza la gran mayoría de los demócratas, y en especial las masas de la clase trabajadora de los países de habla alemana, es una ilusión nacida de una iluminación falsa: es un espejismo. En una de las páginas más deliciosas de su análisis del moderno quijotismo, Alphonse Daudet nos demuestra como el *brave commandant* Bravida, que nunca se apartó de Tarascón, llega paulatinamente a convencerse, bajo la influencia del ardiente sol meridional, de que estuvo en Shanghai y vivió toda clase de aventuras

heroicas.[1] Del mismo modo, el proletariado moderno, bajo la influencia pertinaz de personas locuaces y convincentes, intelectualmente superiores a la masa, termina por creer que yendo a las urnas y confiando su causa social y económica a un delegado asegurará su participación directa en el poder.

La formación de oligarquías dentro de diversas especies de democracia es consecuencia de una necesidad orgánica, y por eso afecta a todas las organizaciones, ya sean socialistas o aun anarquistas. Hace ya tiempo que Haller advirtió que en toda forma de vida social la propia Naturaleza creaba relaciones de dominio y de dependencia.[2] La supremacía de los líderes en los partidos democráticos y revolucionarios ha de ser tomada en cuenta en toda situación histórica presente o futura, aun cuando pocas mentes excepcionales tengan plena conciencia de su existencia. La masa no gobernará nunca, salvo *in abstracto*. En consecuencia, la cuestión que tenemos que analizar no es si la democracia ideal es factible, sino más bien hasta qué punto y en qué grado es deseable, posible y realizable en algún momento dado. En ese problema, así planteado, reside para nosotros lo fundamental de la política como ciencia. Quien no lo perciba debe ser tan ciego o fanático —al decir de Sombart— como para no comprender que la corriente democrática efectúa progresos innegables todos los días, y también tan carente de experiencia y de sentido crítico como para ser incapaz de aceptar que todo orden y toda civilización deben mostrar rasgos aristocráticos.[3] El gran error del socialismo, error cometido como consecuencia de su falta de conocimientos psicológicos adecuados, lo encontraremos en su combinación de pesimismo respecto del presente, y optimismo rosado y confianza ilimitada respecto del futuro. Una concepción realista de la condición mental de las masas muestra incuestionablemente que aunque admitiéramos la posibilidad de avance moral de la humanidad, los materiales humanos de cuyo uso no pueden prescindir los políticos

1 Alphonse Daudet, *Tartarin de Tarascon*, Paris: Marpon et Flammarion, 1887, pág. 40.

2 Ludwig von Haller, *Restauration der Staatswissenschaften*, Winterthur, 1816, vol. I, págs. 304 y sigs.

3 Werner Sombart, *Dennochl*, ed. cit., pág. 90. *Cf.* también F. S. Merlino, *Pro e contro il Socialismo*, ed. cit., págs. 282 y sigs.

y los filósofos, en sus planes de reconstrucción social, no justifican, por su naturaleza, un optimismo excesivo. Dentro de los límites temporales en que resulta posible formular previsiones humanas, el optimismo seguirá siendo privilegio exclusivo de pensadores utópicos.

Los partidos socialistas, como los gremios, son formas vivientes de vida social. Como tales reaccionan con máxima energía contra todo intento de analizar su estructura o su naturaleza, como si fuera un método de vivisección. Cuando la ciencia llega a resultados que contrarían su ideología apriorística, se rebelan con todas sus fuerzas. Sin embargo, su defensa es muy débil. Aquellos representantes de esas organizaciones, cuya honestidad científica y buena fe personal les impiden negar abiertamente la existencia de tendencias oligárquicas en toda forma de democracia, se esfuerzan por explicar estas tendencias como consecuencia de una especie de atavismo en la mentalidad de las masas, característica de la juventud del movimiento. Las masas —nos aseguran— aún están infectadas por el virus oligárquico, simplemente por haber vivido la opresión durante largos siglos de esclavitud, y no haber disfrutado nunca de existencia autónoma. El régimen socialista, sin embargo, pronto les devolverá la salud, y les dará la capacidad necesaria para el autogobierno. Nada podría ser más anticientífico que la suposición de que tan pronto como los socialistas hayan logrado conquistar el poder gubernamental, ello bastará para que las masas ejerzan una pequeña fiscalización sobre sus conductores, a fin de lograr que los intereses de éstos coincidan perfectamente con los de los conducidos. Esta idea es comparable con la opinión de Jules Guesde, no menos anticientífica que antimarxista (aunque Guesde se dice marxista), de que mientras la cristiandad ha hecho de Dios un hombre, el socialismo hará del hombre un dios.[4]

La inmadurez objetiva de la masa no es un fenómeno meramente transitorio que desaparecerá con el progreso de la democratización *au lendemain du socialisme*. Por lo contrario, proviene de la misma naturaleza de la masa como tal, pues ésta, aun organizada, sufre de una incompetencia incurable para la solución de los diversos problemas que la aquejan (la masa es, en sí misma, amor-

4 Jules Guesde, *Le problème et la solution*, París: Libr. du Parti Socialiste, pág. 17.

fa y necesita división del trabajo, especialización y orientación). «La especie humana precisa ser gobernada, y lo será. Estoy avergonzado de mi especie», escribió Proudhon desde su prisión en 1850.[5] El hombre como individuo está por naturaleza predestinado a ser guiado, y para serlo en la proporción que las funciones de la vida experimentan divisiones y subdivisiones. En grado mucho mayor necesita guía el grupo social. Sería erróneo extraer de esta cadena de razonamiento y de estas convicciones científicas la conclusión de que debemos renunciar a todo esfuerzo por fijar los límites a los poderes ejercidos sobre el individuo por las oligarquías (el Estado, la clase dominante, el partido, etc.). Sería un error abandonar la empresa desesperada de esforzarse por descubrir un orden social que haga posible la realización completa de la idea de la soberanía popular. En esta obra, tal como el autor lo dijo al comienzo, el propósito no ha sido señalar nuevos rumbos; pero pareció necesario insistir bastante en el aspecto pesimista de la democracia que nos ha sido impuesto por el estudio histórico. Debíamos preguntarnos si la democracia ha de seguir siendo puramente ideal, y dentro de qué límites, sin poseer otro valor que el del criterio moral que hace posible apreciar los grados variables de esa oligarquía inmanente en todo régimen social. En otras palabras, hemos debido preguntarnos si la democracia es un ideal que no podemos tener esperanzas de realizar en la práctica, y en qué medida. Otro propósito de este trabajo ha sido demoler algunas de las ilusiones democráticas verosímiles y superficiales que perturban la ciencia y desorientan a las masas. Por último, el autor quiso arrojar luz sobre ciertas tendencias sociológicas que se oponen al reinado de la democracia, y en mayor grado aún al reinado del socialismo.

No es mi intención negar que todo movimiento revolucionario de la clase trabajadora y todo movimiento inspirado sinceramente en un espíritu democrático, puedan tener cierto valor como contribuciones al debilitamiento de las tendencias oligárquicas. El campesino de la fábula dice a sus hijos en el lecho de muerte que hay un tesoro escondido en el campo. Después de la muerte del anciano

5 Charles Gide y Charles Rist, *Histoire des doctrines économiques depuis les physiocrates jusqu'à nos jours*, Paris: Larose et Tenin, 1909, pág. 709.

los hijos escarban por todos lados para descubrir el tesoro; no lo encuentran, pero su labor infatigable mejora la tierra y les proporciona relativo bienestar. El tesoro de la fábula bien podría simbolizar a la democracia. La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada; pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático. Hemos visto, en realidad, que en el seno del partido de la clase trabajadora democrática florecen las mismas tendencias para cuyo exterminio se constituyó el partido. Gracias a la diversidad y al valor desigual de los elementos partidarios, estas tendencias suelen dar origen a manifestaciones que lindan con la tiranía. Hemos visto que el reemplazo del legalismo tradicional de los poderes reales por la brutal norma plebiscitaria de los *parvenus* bonapartistas no dio a estas tendencias ninguna superioridad moral ni estética. La evolución histórica se burla de todas las medidas profilácticas adoptadas para prevenir la oligarquía. Si hubiera leyes sancionadas para fiscalizar el dominio de los líderes, serían las leyes las que se debilitarían paulatinamente, y no los líderes. A veces, no obstante, los principios democráticos traen consigo, si no una cura, al menos un paliativo para el mal de la oligarquía. Cuando Victor Considérant formuló su socialismo «democrático-pacifista» declaró que el socialismo no significaba el gobierno de la sociedad por las clases inferiores de la población, sino el gobierno y la organización de la sociedad en el interés de todos, por intermedio de un grupo de ciudadanos; y agregó que la importancia numérica de este grupo debía aumentar *pari passu* con el desarrollo social.[6] Esta última observación nos llama la atención hacia un punto de importancia capital. En realidad, es una característica general de la democracia, y por eso también del movimiento laborista, estimular y fortalecer en el individuo las aptitudes intelectuales de crítica y gobierno. Hemos visto cómo la burocratización progresiva de los organismos democráticos tiende a neutralizar los efectos benéficos de esa crítica y esa fiscalización. Lo cierto es, empero, que el movimiento laborista, en virtud de los pos-

6 Victor Considérant, *Principes du Socialisme. Manifeste de la Démocratie au XIX^e Siècle*, París: Libr. Phalanst., 1847, pág. 53.

tulados teóricos que proclama, puede dar nacimiento (en oposición a la voluntad de los líderes) a un cierto número de espíritus libres que movidos por principios, por el instinto, o por ambas cosas a la vez, deseen revisar la base sobre la cual se afirma la autoridad. Apremiados por sus convicciones o su temperamento estos espíritus libres nunca se cansan de formular un eterno «¿por qué?» acerca de toda institución humana. Esta predisposición hacia el libre examen, en la cual no podemos dejar de reconocer uno de los factores más preciosos de la civilización, aumentará gradualmente en la proporción que experimente un avance el status económico de las masas, se haga más estable, y en la misma proporción en que tengan acceso más efectivo a las conquistas de la civilización. Una educación más amplia supone una mayor capacidad para ejercer la fiscalización. ¿Acaso no vemos cada día que entre las personas de fortuna la autoridad del conductor sobre el conducido, por grande que sea, nunca es tan ilimitada como en el caso de los conductores de los pobres? Inmersos en la masa, los pobres son impotentes y se encuentran desarmados frente a sus líderes. Su inferioridad intelectual y cultural les hace imposible comprender qué es lo que el líder persigue, o apreciar por adelantado la importancia de sus actos. En consecuencia, la gran tarea de educación social es elevar el nivel intelectual de las masas para que puedan, dentro de los límites de lo posible, contrarrestar las tendencias oligárquicas del movimiento de la clase trabajadora.

Ante la incompetencia perpetua de las masas, tenemos que reconocer la existencia de dos principios reguladores:

1. La tendencia *ideológica* de la democracia hacia la crítica y la fiscalización.
2. La tendencia opuesta *efectiva* de la democracia hacia la creación de partidos cada vez más complejos y diferenciados; es decir, cada vez más basados sobre la competencia de los menos.

Para el idealista, el análisis de las formas de democracia contemporánea no puede dejar de ser una fuente de amargas decepciones y profundo desaliento. Quizá los únicos que estén en condiciones de formular un juicio justo acerca de la democracia sean quienes, sin caer en un diletantismo sentimental, reconozcan que todos los ideales científicos y humanos tienen valores relativos. Si

queremos estimar el valor de la democracia debemos compararla con su antítesis: la aristocracia pura. Los defectos propios de la democracia son evidentes. No es menos cierto que tenemos que elegir la democracia como el mal menor en cuanto a forma de vida social. El gobierno ideal, sería, sin duda, el de una aristocracia de personas moralmente buenas y técnicamente eficientes. ¿Pero dónde hemos de descubrir esa aristocracia? Algunas veces —pero raras— surgirá como fruto de una selección deliberada; pero jamás la encontraremos donde siga rigiendo el principio hereditario. Así la monarquía, en su prístina pureza, ha de ser considerada como la encarnación de lo imperfecto, como el más incurable de los males; desde el punto de vista moral, es inferior aun a la dictadura demagógica más recalcitrante, pues el organismo corrupto de ésta al menos contiene un principio saludable en cuya acción podemos seguir basando nuestras esperanzas de recuperación social. Cabe decir, por ello, que cuanto más compruebe la humanidad las ventajas que tiene la democracia, aunque imperfecta, sobre la mejor de las aristocracias, tanto menos probable es que el reconocimiento de los defectos de aquélla provoque un retorno a la aristocracia. Aparte de ciertas diferencias formales, y de las cualidades adquiribles únicamente por una buena educación y herencia (cualidades en las cuales la aristocracia tendrá siempre ventajas sobre la democracia, ya que esta última las descuida o falsifica hasta el punto de la caricatura, en su afán por imitarlas), los defectos de la democracia residirán en su incapacidad para librarse de su escoria aristocrática. En cambio, bastará un examen sereno y franco de los peligros oligárquicos de la democracia para reducir al mínimo esos peligros, aunque nunca puedan ser totalmente eliminados.

Las corrientes democráticas de la historia parecen ondas sucesivas, que rompen sobre la misma playa y se renuevan constantemente. Este espectáculo constante es a un tiempo alentador y depresivo: cuando las democracias han conquistado ciertas etapas de desarrollo experimentan una transformación gradual, adaptándose al espíritu aristocrático, y en muchos casos también a formas aristocráticas contra las cuales lucharon al principio con tanto fervor. Aparecen entonces nuevos acusadores denunciando a los traidores; después de una era de combates gloriosos y de

poder sin gloria, terminan por fundirse con la vieja clase dominante; tras lo cual soportan, una vez más, el ataque de nuevos adversarios que apelan al nombre de la democracia. Es probable que este juego cruel continúe indefinidamente.

Indice

Tercera Parte. El ejercicio del poder y su influencia psicológica sobre los líderes

9 1. Metamorfosis psicológica de los líderes
17 2. Ideología bonapartista
26 3. Identificación del partido con el líder (*Le Parti c'est moi*)

Cuarta Parte. Análisis social del liderazgo

33 1. Introducción. La lucha de clases y su influencia desintegradora sobre la burguesía
45 2. Análisis de los elementos burgueses en el liderazgo socialista
62 3. Cambios sociales que son consecuencia de la organización
82 4. La necesidad de diferenciación de la clase trabajadora
90 5. Líderes laboristas de origen proletario
109 6. La necesidad de intelectuales en los partidos de la clase trabajadora

Quinta Parte. Intentos por restringir la influencia de los líderes

125 1. El referéndum
130 2. El postulado del renunciamiento
136 3. El sindicalismo como profilaxis
145 4. El anarquismo como profilaxis

Sexta Parte. Síntesis: Las tendencias oligárquicas de la organización

153 1. Las bases conservadoras de la organización
164 2. La democracia y la ley de hierro de la oligarquía
181 3. La vida partidaria en tiempo de guerra
188 4. Consideraciones finales

Este libro, compuesto en *Caledonia 10*, se terminó de imprimir el 20 de Febrero de 1973 en los Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires.

Industria argentina. Made in Argentina.